This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

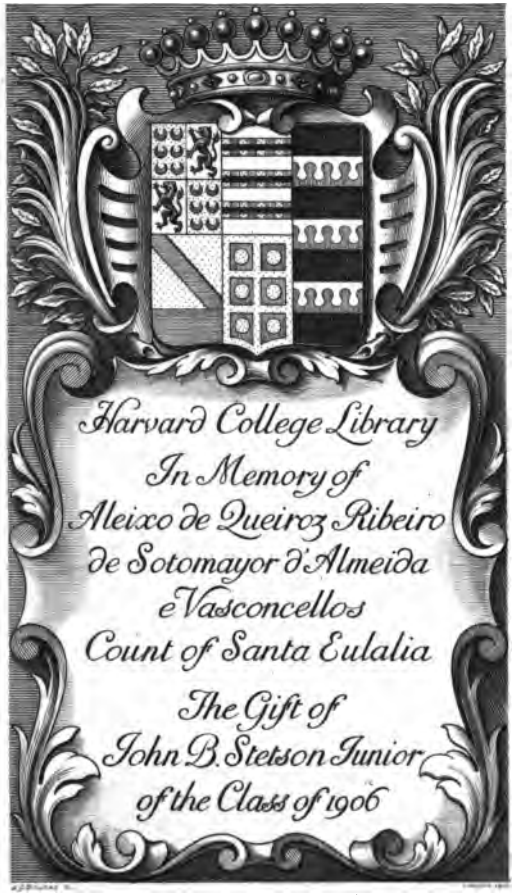
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5137.15.50


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

CÁRLOS ROJO

EL NOVENTA

(SOCIOLOJÍA ARJENTINA)

La conquista de las prácticas liberales se obtiene, no por la revolucion, sino por la evolucion.

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1892

EL NOVENTA

CÁRLOS ROJO

EL NOVENTA

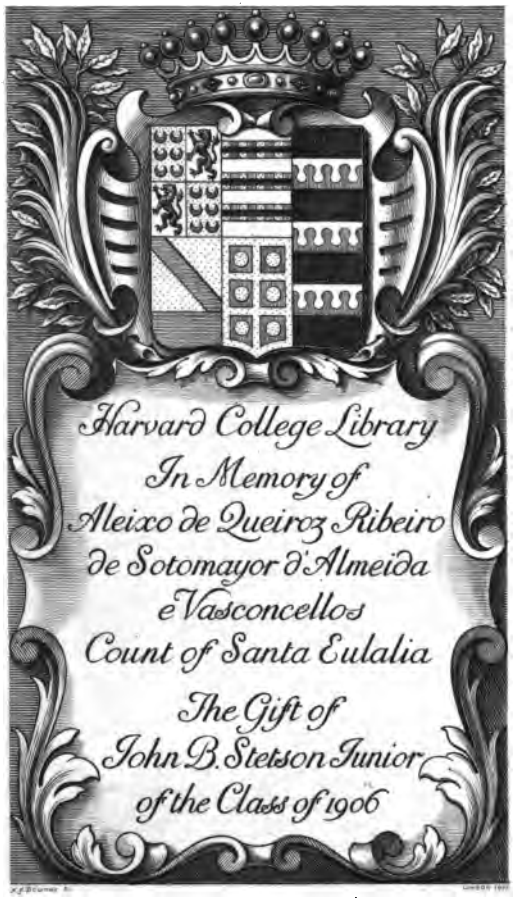
(SOCIOLOJÍA ARJENTINA)

La conquista de las prácticas liberales se obtiene, no por la revolucion, sino por la evolucion.

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1892

SA 5137.15.50


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

CÁRLOS ROJO

EL NOVENTA

(SOCIOLOJÍA ARJENTINA)

La conquista de las prácticas liberales se obtiene, no por la revolucion, sino por la evolucion.

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1892

EL NOVENTA

CÁRLOS ROJO

EL NOVENTA

(SOCIOLOJÍA ARJENTINA)

La conquista de las prácticas liberales se obtiene, no por la revolucion, sino por la evolucion.

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1892

SA 5137.15.50

HARVARD COLLEGE LIBRARY
COUNT OF SANTA EULALIA
COLLECTION
GIFT OF
JOHN B. STETSON, Jr.

FEB 1 1932

I

« Desde el momento en que
« puede hacerse una jeneraliza-
« cion, y que sobre esta jenera-
« lizacion se puede basar una
« interpretacion, hai ya, o pue-
« de haber ciencia social. »

(HERBERT SPENCER).

Me propongo estudiar y apreciar las causas que produjeron la gran catástrofe arjentina del año 1890; catástrofe vulgarmente llamada *la crísis*.

Desde luego, la denominacion dada al suceso es completamente impropia; pues se llama *crísis* el punto en que empieza una

reaccion cualquiera, y no la reaccion misma, ni menos la cosa en que se produce.

La palabra *crísis*, de oríjen griego, fué empleada orijinariamente en medicina. Segun Hipócrates, la enfermedad, el ser malhechor, ataca el cuerpo; la naturaleza con su accion reparadora, acude en defensa del paciente; la pugna entre uno y otra se establece; y, si la lucha se pronuncia en favor del enfermo, la enfermedad ha hecho crisis.

Con Galeno y la escuela de Cos, vino despues la doctrina de *los dias críticos*, de *las falsas crísis* y de los *fenómenos críticos*; y, en los tiempos modernos, aunque estas doctrinas han sido profundamente modificadas y despojadas de sus alegorías, no por eso la palabra crisis ha dejado de significar la evolucion del mal, y no el mal mismo.

De ahí el uso de este término se ha estendido a las cuestiones sociales y económicas, perdiendo, al parecer, su verdadero signifi-

cado, y aplicándose ya no solo al accidente, sino tambien al mal mismo.

Este abuso se debe esclusivamente a la falta de términos apropiados para espresar las diferentes perturbaciones que pueden afectar la vida de las sociedades. Una prueba de ello, es la diversidad de calificaciones con que los escritores han denominado la perturbacion arjentina de que voi a ocuparme: *efectos del unicato, obstruccion*, *incondicionalismo, abuso de emisiones*, *empapelamiento, abuso del crédito*, *negotium*, *inflation, krach*, etc.

Esta deficiencia de nomenclutura es comun a todas las ciencias embrionarias. Todas ellas, en efecto, han tenido y tendrán que ir paulatinamente inventando o apropiándose denominaciones, que, con mas o menos precision, definan los fenómenos sometidos a su respectivo criterio.

Conforme con el uso establecido, seguiré

llamando *crísis* a la catástrofe arjentina de 1890; bien que la palabra sea demasiado vaga y deficiente para indicar, como debiera, las diferentes faces que presentó el suceso en el órden económico, político y social.

Al emprender esta tarea, no desconozco las grandes dificultades que lleva en sí; y, entre ellas, tengo por mui principal la opinion, universalmente recibida, de que el juicio de los contemporáneos es, por regla jeneral, poco imparcial y menos justo.

Pero, aun cuando tan próximo al suceso, siento mi ánimo enteramente libre de las pasiones y aun de las meras influencias que perturban las opiniones militantes; y creo, ademas, que la verdad histórica ganará siempre, cuando vaya nutrida de todos aquellos datos que solamente un contemporáneo puede poseer en su múltiple diversidad.

Viendo que el espíritu de partido, aun pasado el primer momento de la catástrofe,

continúa presentando el suceso del modo que a cada cual le conviene, me ha parecido bien y bueno estudiarlo tranquila y razonadamente para servir los intereses jenerales del país, tan comprometidos cuando el hecho, como perjudicados, sin duda, por la manera apasionada con que lo tratan los escritores políticos.

El único interés que me induce a tratar este asunto, debe ser, pues, una garantia de mi sincera y firme imparcialidad.

No voi, por tanto, a escribir por espíritu de partido, sino mas bien, movido por ese precioso instinto humano de la causalidad, que nos impulsa incesantemente de razon en razon, de lo conocido a lo conocible, y al cual las ciencias deben su progreso.

Este sentimiento, débil e incierto en el hombre inculto, adquiere vigor en el hombre que una vez ha mordido de la ciencia; y hasta llega a tomar proporciones dominantes,

que acallan los demas instintos y aun los dictados de la prudencia.

Obedeciendo a esta natural inclinacion; todos, todos, cada uno a su manera, tratamos, desde el primer momento, de darnos cuenta de las causas de la calamidad que cayó sobre la República.

Los diversos modos corrientes de esplicar la crísis, pueden clasificarse así: algunos la atribuyen al aumento exajerado del presupuesto; otros, a la completa desorganizacion monetaria; quienes, como Leon Say y Leroy Beaulieu, al abuso del crédito interior y esterior; y quienes, en fin, han echado todo el peso del derrumbe sobre las espaldas de un hombre público, del cual se ha dicho, por otro lado, que descollaba por sus cualidades negativas.

Todas estas esplicaciones, y muchas otras que sería largo enumerar, pueden ser ciertas desde el punto de mira del observador, o se-

gun el interés que lo domina: pero ninguna de ellas alcanza a esponer la causa jenerado-ra; y de las espuestas, algunas, en vez de causas, son simples consecuencias de la per-turbacion.

Sus autores han padecido un fenómeno de óptica; lo mismo que cuando varias personas miran las diferentes faces de un prisma, y se dan cuenta de los diversos colores percibi-dos, sin alcanzar el misterio de la descompo-sicion de la luz blanca que los produce.

Sabido es que eso sucede; porque, para penetrar ese misterio aparente, se necesita algo mas que la simple voluntad de ver: se necesita poseer una serie de conocimientos sobre la refraccion de los cristales y la com-posicion y descomposicion de la luz; conoci-mientos acumulados por el trabajo secular de la elaboracion cientifica; en una palabra, se necesita poseer la ciencia física para po-der deducir la lei natural de aquel fenómeno.

En este caso sucede lo que con un enfermo, del cual se dirá sucesivamente que tiene dolor de cabeza, delirio, fiebre, vómitos, etc.; pero cuyo estado verdadero no se caracterizará, hasta que se diga que padece de *una meninjitis*; enfermedad de la que todas esas manifestaciones no son mas que sintomas.

Para caracterizar el tan complejo fenómeno de *la crisis*, es preciso, pues, apreciar conjuntamente todas las perturbaciones que se han observado, sea en el órden económico, en las finanzas o en la pública moral; y para hacer correctamente la apreciacion, es necesario pedir sus luces a la Sociolojía o Ciencia Política, que comprende todos los fenómenos de esa naturaleza.

Esto es lo que no se ha hecho hasta ahora con respecto de la crisis arjentina; y esto es lo que nosotros pretendemos ensayar en el presente estudio, sin desconocer las dificultades que se encuentran al pisar en el campo

de esta ciencia incipiente aun, que comprende a todas las ciencias y que las excede en delicadeza y complexidad.

Hasta ahora el estudio de las perturbaciones del organismo social, se ha hecho mas o menos empíricamente, a la manera en que procede el vulgo con las alteraciones del organismo humano: a lo mas, suele reducirse a la interpretacion de los fenómenos económicos o políticos, que apenas constituyen uno de sus aspectos.

Ese trabajo empírico se reduce a tomar nota de ciertos hechos o circunstancias, sin acompañarlos con la filosofía que los caracteriza, y sin estimarlos en sus íntimas relaciones de constancia, de sucesion y de coexistencia; único modo de deducir la verdadera lei natural de su produccion.

Por otra parte, mas que el cúmulo de los asuntos, la inaudita rapidez de la vida arjentina bajo sus múltiples formas de pueblos

nuevos que todo lo improvisan, no permite a nuestros hombres públicos penetrar en las profundidades de los fenómenos que se suceden, ni determinar su oríjen, tendencias o conexiones, a fin de buscar las reglas que debieran rejirlos.

El conocimiento de la lejislacion apénas si nos pone delante de los complejos fenómenos de la ciencia social, pero sin desvelarnoslos. Las fórmulas abstractas de los Códigos no están siempre y en todo en relacion con la realidad: en toda lei hai alguna parte en que su autor o fué ciego o se quedó mudo. En eso se parecen a ciertos vocabularios impresos para el fácil ejercicio de la medicina; en los cuales, se ven alineadas en órden alfabético las enfermedades y los remedios, sin agregar una palabra sobre la naturaleza íntima del mal o sobre las propiedades conocidas del remedio.

La historia misma, que, como dice Jou-

ffroy, estaría destinada a desaparecer, si la sociolojía llegase a constituirse, es deficiente en la aplicacion de sus analojías. No da de los hechos sino simples impresiones, como las de la linterna májica, despojadas del exámen analítico, y, sobre todo, de ese gran trabajo de coleccion de fenómenos, de su abstraccion y estudio en sus conexiones y coexistencias que nos da la verdad de las leyes de la vida social.

A la historia le falta todavía el carácter de ciencia: apenas sí, en el curso de sus narraciones, nos da una que otra lei social puramente empírica, que, a vuelta de capítulo, se ve desprestijiada por nuevos hechos que, segun ella, deberían mas bien confirmarla.

Ella no anota sino el carácter esterno de las cosas: de modo que, al hacer sus clasificaciones, resultan, a veces, disparates como aquel de que la antigua Roma era una forma republicana de Gobierno, cuando no hai

verdadera república con esclavitud y sin una perfecta igualdad civil, como no podía haberla en aquel pueblo formado por una oligarquía de pequeños déspotas que monopolizaban el derecho político de sus esclavos y familia, sobre quienes tenían poder de vida y muerte.

La historia, como dice Degreef, se complace preferentemente en la descripcion conmovedora de las espediciones militares; en las biografías de los hombres célebres; en las bruscas revoluciones, en que no distingue las razones lejanas y profundas.

Sus relaciones se resúmen en la vida de algunos hombres ilustres, y no penetran mas allá de la superficie visible de los acontecimientos: diríase que a la historia le falta todavía el microscopio, ese poderoso medio de exámen moderno.

Por otra parte, en el curso de sus narraciones, no se ve jeneralmente otra cosa que

la accion de los grandes hombres, dejando de analizar el conjunto de factores que dan nacimiento a aquellos, como a los hechos de que se les pinta esclusivos autores.

Para esta clase de espíritus, la historia, en el fondo, no es mas que la historia de los grandes hombres que han hecho sentir su actividad: concepcion bien atrasadísima, por cierto, pues, adolece del defecto primitivo de la intelijencia humana que, en sus albores, daba a todas las cosas una esplicacion antropomorfa.

Los grandes hombres que sobresalen en el curso de los acontecimientos, no pueden estudiarse sino en el engarce natural del agregado inmenso de los factores sociales que le dan nacimiento como un producto propio.

Desde luego, ellos son un producto de la jeneracion en que aparecen; pues, no es posible admitir que puedan surjir independientemente del medio, como no es presumible que

pueda nacer un San Martin dentro de una tribu de canibales, « cuyos coros, en presencia de un festin de carne humana, se parecen a un gruñido rítmico »; y, por tanto, es imposible concebirlos aislados de ese conjunto de influencias complejas de la raza en que han nacido, como es imposible concebir los acontecimientos, de que aparecen autores, independientemente del enorme agregado de fuerzas amasadas en las ideas, en los sentimientos, en las costumbres, en las instituciones, en las ciencias y en las artes de la época en que actúan.

Si bien es cierto que el grande hombre puede imprimir un nuevo rumbo a las actividades sociales; es tambien cierto que no puede desconocerse que, antes de su aparicion, existía una organizacion social que ha sido su base y ha entrado en accion en los desenvolvimientos ulteriores.

Esta base o factor del estado social, es tan

importante y decisiva, que, cuando sus tendencias no concuerdan con los impulsos que el gran hombre intenta imprimirle, el mismo grande hombre, es eliminado de la escena, y perece como una planta exótica que no encuentra los medios de fructiferar en el suelo en que implanta sus raices. Algo de eso sucedió tal vez entre nosotros, con Rivadavia.

Por el contrario, cuando el factor del medio social, del cual surje el grande hombre, condice con sus tendencias, el acontecimiento histórico se realiza. El talento de los mas hábiles políticos no suele consistir sino en la oportunidad para seguir las indicaciones del medio social, y poner así su poderosa cooperacion al servicio de sus ambiciones o sus propósitos. Uno de nuestros hombres públicos, cuya habilidad política es proverbial, al ponderársele su éxito en el 80, respondió con una frase que encerraba esa gran verdad:

« yo no hice sino seguir una corriente que se levantaba del interior ».

En esta concordancia de las condiciones del medio y de los propósitos del grande hombre, es donde debe buscarse el factor de numerosos acontecimientos históricos, pues, como se ha dicho, con mucho acierto, el mismo jénio estratéjico de Moltke no hubiera triunfado en la gran guerra, si no hubiera tenido detrás una nacion de cerca de cuarenta millones de hombres, para suministrarle soldados; y si esos soldados no hubieran tenido un cuerpo vigoroso, con carácter resuelto y un natural dócil, y si no hubiesen sido capaces de ejecutar sus órdenes con intelijencia.

No se puede, por tanto, como lo pretenden jeneralmente los historiadores, separar la jénesis del grande hombre del conjunto de influencias que forman el medio en el cual aparece. Como dice Spencer: « Si una persona se maravillase de la potencia de un grano de

fulminato, que dispara un cañonazo, lanza la bala, y echa a pique el buque que toca; si esta persona se estendiera sobre las milagrosas virtudes del fulminato, sin tener en cuenta la carga de pólvora, la bala, el cañon, y el enorme agregado de trabajos, mediante los cuales todas esas cosas, con el fulminato y todo, han sido producidas, encontrariamos su interpretacion poco racional. Y sin embargo, si se la compara en punto a racionalidad, lo es tanto como esa interpretacion de los fenómenos sociales, en la cual se insiste sobre la importancia de los cambios cumplidos por el grande hombre, ignorando la vasta acumulacion de fuerza latente que le dá salida y la incomensurable acumulacion de antecedentes, a los cuales entrambos deben su manifestacion. »

Es tan inconsistente pintar a los grandes hombres, como los hace jeneralmente la historia, con absoluta independencia del con-

junto de circunstancias que los rodean, desconociendo la necesaria relacion de causa a efecto que existe entre unos y otros, como sería suponer la espuma de todo punto independiente de la ola que la produce.

A esta deficiencia de los datos históricos como elementos en la investigacion sociolójica, se agrega la deficiencia del derecho constitucional, que entra como una parte principal en el bagaje de nuestros hombres públicos, y a cuya luz se analizan ordinariamente los fenómenos sociales.

Como es sabido, segun la lei de Augusto Comte, cada una de nuestras concepciones principales sobre las cosas, como nuestra concepcion sobre el gobierno de las sociedades, ha pasado sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teolójico o ficticio; el estado metafísico ó abstracto, y el estado científico o positivo.

Y, fuerza es decirlo, nuestros conocimien-

tos sobre la política se encuentran retardados todavía en el período del derecho constitucional, que es el estado metafísico o abstracto del gobierno de los pueblos.

La política no ha recorrido sino las dos primeras faces; le falta todavia entrar en la tercera.

La primera, fué aquella en que florecieron las teocracias antiguas y modernas, con todas sus castas y privilejios.

En esa faz, todo poder venía de Dios, y toda la teoría política del Gobierno se reducía al mas ciego providencialismo. El método científico de investigacion, diré así, se encerraba en la revelacion; y las nociones del gobierno como las leyes del órden social, estaban contenidas en los libros sagrados, en las leyendas de los santos, en los mitos relijiosos, en los comentarios de los padres y en las decisiones de los concilios, que encerraban la palabra de Dios revelada.

La humanidad tenía, de antemano, prevista su marcha en el libro misterioso de los destinos. A los poderes no les correspondía sino conformar su conducta con los irrevocables decretos de la Providencia. La justicia, de carácter absoluto y eterno, distribuía desde lo alto de los cielos sus golpes inexorables, tambien de carácter absoluto y eterno.

Los reyes, depositarios del poder divino en la tierra, eran el órgano temporal de la Providencia, el instrumento vivo de la justicia de Dios. «Todo derecho para el establecimiento de las leyes, residía en sus personas; su voluntad era el derecho, y todo lo que les agradaba tenía fuerza de lei».

Sin embargo, llegó un dia en que la razon, ayudada de la poderosa herramienta del libre exámen, derrumbó el edificio político de la soberanía divina, y fundó, en su lugar, el de la soberanía popular.

El poder de oríjen divino, pasó a ser el poder de oríjen popular.

La revelacion divina, como método político, fué reemplazado por la revelacion de la razon.

Los libros sagrados, por los códigos.

El dogma teocrático fué sustituido por el dogma metafísico.

Se dió un paso inmenso, es cierto; pero siempre la política quedó clavada en el círculo de las abstracciones absolutas y metafísicas, sin atreverse a dar un paso mas y penetrar en su tercer período, en el período positivo o científico, en el periodo que llamaremos de la soberanía de la percepcion, ayudada por la razon.

En esta era metafísica de la política, por el procedimiento de la intuicion, se hizo del hombre un ser ideal, un *santo*, que estaba tan distante de la realidad, como lo está la aspiracion del hecho; se le supuso revestido

de las mas altas cualidades impulsivas y afectivas, y sobre ese ser imajinario, como sobre una base sólida, se formó el grupo social, y se establecieron las leyes del funcionamiento y la actividad de los organismos políticos. De ahí el eterno conflicto entre las formas de la actividad realizada y las formas de la actividad estatuida. Como dice Bluntschli: «se imajina un tipo abstracto del Estado, y de ahí se saca un serie de consecuencias lógicas, sin cuidarse del Estado real, ni de los hechos». Este método, basado en la mas pura ideolojía, y que ya está proscripto del dominio de las investigaciones científicas, es el que se ha empleado hasta ahora para echar las bases del funcionamiento de los pueblos. Es el que hemos empleado nosotros, y casi todos los pueblos hispanoamericanos, y el que nos ha llevado a los desastrosos resultados que caracterizan la marcha de estos países. La ideolojía de la li-

bertad y de la igualdad, que se derivan de él, ha sido para nosotros fuente perenne de inmensos males. Impotentes para formar un órden de cosas; atacando siempre el órden existente, estos principios abstractos y absolutos, no han servido mas que para convertirse, en manos del fanatismo político, que les da una fuerza inmensa de destruccion, en instrumentos de desquicio y de ruina. La ideolojía, los sistemas concebidos á manera de los ideólogos, han sído hasta ahora la desgracia de la América del Sud.

La medicina, que es una de las ciencias que mas marcadamente ha pasado por los tres períodos sucesivos del estado teolójico, empírico y positivo o científico, nos va a dar una idea neta del atraso en que se encuentra la política, que no ha salido todavía de su estado empírico o metafísico.

En su primer período, la medicina era completamente teolójica: las enfermedades

eran señales de la cólera divina que se aplacaba con ofrendas o penitencias.

En su segundo período, la medicina, bajo la influencia de la filosofía, se hizo metafísica, y surjieron los mil sistemas médicos, elaborados a golpes de lójica y segun principios ideales, como el de Broussais, por ejemplo, que forzaban a todas las enfermedades a encerrarse en sus cuadros abstractos, y a todos los enfermos a sufrir tratamientos *racionales*, como el de las sangrías, a pesar de las protestas de la naturaleza y de la vida del paciente. Y ¿qué se diría hoi de los médicos, sino que eran verdaderos locos, si siguiendo ese sistema metafísico de otras épocas, se les ocurriera establecer de un modo absoluto que las pulsaciones del corazon del hombre no debían ser sino setenta y cinco? Que, al encontrarse con un individuo cuyo pulso solo latiera cincuenta veces por minuto como el de Napoleon I, la intransi-

jencia de las verdades abstractas, haría que se lo considerase fuera de la lei vital; y en consecuencia, se le sometería a un tratamiento encaminado a acelerar los latidos cardíacos hasta hacerlos alcanzar el número establecido por la lei absoluta y empírica; procediendo, por tanto, contra la realidad, que nos muestra cómo la organizacion humana, y aun tratándose de las mas maravillosas, puede subsistir en pugna con las concepciones abstractas. Al pasar la medicina a su estado científico o positivo actual, la observacion ha fijado en setenta y cinco el número de pulsaciones del corazon del hombre; pero como una verdad jeneral, que, al contrario de la verdad absoluta, no excluye la verdad particular.

El derecho constitucional, que es la pauta de que nos servimos para regular la vida política, está en relacion al cuerpo social, en la misma situacion que la fisiolojia con respecto

al cuerpo humano: el uno contiene las leyes de la actividad social y la otra las leyes de la actividad individual; y así como estas se han formado por el estudio del hombre concreto, no es presumible que aquellas puedan resultar de la contemplacion de una entidad ideal.

En la América latina, sobre todo, compuesta de pueblos nuevos, formados de elementos tan diferentes y bajo influencias tan diversas, es donde mas erradamente se ha empleado el método empírico, pretendiendo encuadrar la organizacion política de esos pueblos en fórmulas de otros paises que no tienen con ellos puntos de semejanza.

Nosotros, particularmente, hemos padecido y seguimos padeciendo la monomanía de imitar a los Estados Unidos; sin considerar que no debe forzarse a los pueblos a tomar una forma antojadiza de organizacion, en vez de modificarla mas o menos segun las

condiciones de su existencia anterior; y hemos olvidado que estas condiciones de existencia son el resultado de un organismo propio, que era indispensable consultar.

« La naturaleza humana, indefinidamente modificable, no puede serlo, sin embargo, sino de una manera lenta y por consiguiente, todas las leyes, todas las instituciones, todos los sistemas que pretenden un mejoramiento considerable a corto plazo, carecerán infaliblemente de base. Recorramos los programas de todas las sociedades; sectas y escuelas, desde los convencionales franceses, discípulos de Rousseau, hasta los miembros de la *Alianza del Reino Unido*; desde los partidarios de la propaganda ultramontana, hasta los abogados de una educacion puramente láica; y en todos ellos encontraremos un laso comun. En todos reina la conviccion espresamente manifestada en estos dias y reputada como innegable de que basta adoptar

tal o cual sistema de enseñanza o de pedagojía, tal o cual modo de represion o de educacion, para mejorar de un modo considerable el estado social. Los unos dicen: «es indispensable formar de una manera del todo nueva al pueblo que se desee hacer libre», teoría que supone ser cosa fácil la renovacion de un pueblo.

«Otra supersticion, de la cual se ha encargado la estadística de hacer justicia, es la de que los libros de clase puedan dar por resultado instantáneo la buena conducta; en lo que nadie creería. Si no fuera por las preocupaciones que reinan en este punto, todo el mundo notaría lo poco que en definitiva influye la instruccion sobre la conducta; pues se observaría que el mercader y el fabricante que engañan con sus mercaderías, que el quebrado fraudulento, que los fundadores de compañías quiméricas, y los individuos que intervienen en las cuentas de los ferro-carri-

les y los prospectos financieros, difieren solo en la forma, pues en el fondo en nada se distinguen de la pillería del ignorante.

« Sin la conviccion tácita que nos ocupa, los hechos notorios que normalmente se imponen a nuestra atencion impedirían la renovacion de utopías que reaparecen periódicamente en cada nuevo cambio político, desde las constituciones creadas en el papel por el abate Sieyes, hasta el último programa político de Luis Blanc; desde las ajitaciones en favor del voto en escrutinio secreto, hasta las que tienen por objeto la creacion de una República. La Francia no deja de demostrar al mundo, desde hace tres jeneraciones, que si hai una cosa imposible, es alterar los caracteres esenciales de un organismo social por medios revolucionarios. Por grande que parezca durante cierto tiempo la transformacion, el tipo primitivo reaparece siempre bajo el disfraz con que se le cubre. De un

gobierno libre nominalmente, sale un nuevo despotismo, que no difiere del antiguo, sino en que se ha encargado a hombres nuevos pronunciar el mismo credo. Por lo demás, identidad perfecta en cuanto a la firme voluntad de aplastar toda resistencia, y en cuanto a la eleccion de medios para dicho fin. Si a veces se obtiene la libertad, es para entregarla incontinenti a un autócrata confeso, a menos que no se la deje caer, como lo hemos visto en este mismo año, en manos de un hombre que quiere del despotismo la realidad, pero no el nombre. Y aun exajeramos la diferencia, pues la organizacion reguladora que se ramifica en toda la sociedad francesa, no se ha modificado en lo mas mínimo respecto a las metamórfosis sufridas por el gobierno central. El sistema burocrático persiste igualmente bajo todos los rejímenes, lo mismo bajo el réjimen imperial, que el constitucional o republicano. Como lo ha

dicho el duque Audiffret Pasquier: « Los imperios caen, los ministerios pasan, las oficinas quedan ». El agregado de fuerzas y tendencias que se encarna, no solo en la organizacion, que hace un solo cuerpo con toda una nacion, sí que tambien en las ideas y sentimientos de los individuos, es tan poderoso, que si se cercena una parte cualquiera del agregado, aunque sea el gobierno, el miembro mutilado es inmediatamente reemplazado por otro. Bastará recordar la verdad de que las propiedades del agregado están determinadas por las propiedades de sus unidades, y es por esto que se vé que en tanto que los caracteres de los ciudadanos no se modifiquen de una manera esencial, tampoco se logrará modificar la organizacion politica que produjeron, y solo con la *suya propia* se conseguirá que esta marche a su compás.» (H. Spencer).

Las sociedades en su evolucion recorren tres faces o edades.

En la primera, su actividad es defensiva y su sentimiento es doméstico.

En la segunda, la actividad es ofensiva y defensiva, y el sentimiento, salvando el límite de la familia, se estiende a la ciudad y se convierte en cívico.

En la tercera, la actividad es industrial, y el sentimiento, salvando los límites estrechos de la familia y de la ciudad, se torna universal.

Nosotros, en la edad primera de nuestra sociedad; en la edad ofensiva y doméstica del caudillaje, tratamos de pasar por alto el término forzado de la segunda edad, para entrar de lleno en la tercera edad ya madura de los pueblos, que se caracteriza por el predominio de la actividad industrial y el sentimiento de la fraternidad universal.

Pero, como las edades en los pueblos, lo

mismo que en los individuos, no se saltan, lo que quiere decir que no se pueden recorrer sin el factor lento del tiempo, resultó que dimos un paso en falso. Creyendo entónces que, por habernos dado una constitucion federal representativa, entrábamos de lleno en esa tercera época de la vida social en que predomina el réjimen de la paz, elaborado por las guerras anteriores, y el sistema de las industrias establecidas sobre la base de la cooperacion voluntaria, no nos fijamos en que en nada habíamos cambiado y en que habíamos quedado clavados en aquella misma primera faz.

A pesar de esa fé de mayoría de edad, escrita en la Constitucion, nuestra primera tarea fué volvernos contra el caudillaje en guerra de exterminio; cayendo por tanto en la actividad ofensiva de los pueblos nuevos de la que nos imajinábamos haber salido.

El autor del *Facundo ó Civilizacion y bar-*

barie, comienza a narrar la historia de esta era de actividades destructoras, y el mismo, Sarmiento, las continúa por cuenta propia mas tarde en el gobierno de San Juan y en la Presidencia de la República.

Este es el compendio de la historia de la primera época constitucional: el niño que se viste con el traje de hombre, de *confeccion*, importado de los Estados Unidos, y que se entrega a los juegos naturales de su edad. Pero, a los juegos tremendos de la primera edad de los pueblos: a las actividades ofensivas de la guerra.

Así se exterminó al caudillaje, al hijo del suelo, que formaba la nacion y para quien se pregonaba un tal progreso!

La inquisicion, en la intransijencia del dogma católico, exterminaba tambien a los recalcitrantes diciéndoles: «para su propio bien». Nosotros, en la intransijencia de la forma abstracta de la constitucion, tambien

destruimos el caudillaje para su propio bien!

La diferencia entre el que destruía y el que era destruido, no consistia sino en que el uno iba armado de la constitucion, el dogma empírico, y el otro de la lei natural de las necesidades de la vida local.

Esta actividad ofensiva, cuyo nombre propio es la anarquía, y de cuya influencia creíamos habernos desprendido, se ha ido perpetrando entre los que representan la lei positiva del país y los que representan la lei empírica importada de ejemplos estraños, y que se encarna en las cuestiones que se ajitan constantemente bajo las denominaciones de autonomismo, centralismo, porteños y provincianos, etc., y que no son sino el resultado del conflicto constante entre las tendencias naturales de nuestra organizacion positiva y la violencia hácia una forma ideal y extemporánea para el pueblo arjentino. Tal es la herencia que los políticos empíricos han

dejado a las repúblicas de la América española.

Es el traje de la vida social y política, hecho sobre una medida jeneral, que estrecha nuestras formas o flota a su rededor; que estorba nuestros movimientos naturales y al cual se quiere habituarnos a toda costa.

En esa primera edad de los pueblos, esencialmente batalladora, como que la lucha es un estado normal; pero que al mismo tiempo es el factor que prepara la paz por el desarrollo del principio de autoridad, y que por la paz, opera la nueva evolucion hácia el período industrial; en tales momentos, el empirismo de una constitucion federal tenía que propender a debilitar lo mismo que se quería fundar; a saber: el gobierno central del nuevo sistema, bajo el cual debían los pueblos avanzar hácia su período industrial y de vida estable.

Si por un lado la fuerza medicatriz de

nuestro organismo social, o sea su natural impulso, nos llevaba a fortalecer y desarrollar el respeto a la autoridad; por otro lado, el establecimiento prematuro del sistema federativo, en pugna forzosa con aquel principio antagónico, tenía que debilitarlo o debilitarse a sí mismo.

Así, pues, nos encontrábamos combatidos por dos influencias opuestas: la una, natural en la evolucion de las primeras edades de los pueblos, y la otra, creada por la mano del empirismo político.

De ahí que la evolucion al réjimen de la paz industrial, se haya retardado entre nosotros, y que todavía estemos en las convulsiones de la guerra intestina, de que debíamos haber salido mucho tiempo ha.

La única República sud-americana que atravesó este primer período de los pueblos nuevos sin sufrir el perpétuo estado de conmocion interna, fué la de Chile, gracias

a que la tendencia orgánica de las sociedades en su primera edad a constituir un gobierno fuerte, — a cuya sombra se desarrolla el réjimen industrial que sirve a su vez de base a la vida libre,—fué allí paralelamente secundado por el establecimiento de una organizacion política que propendía al mismo fin.

Es mas que probable que la adopcion prematura del sistema federativo nos ha perjudicado grandemente.

En politica, lo mismo que en medicina, sopla hoi un viento contrario a estas intervenciones violentas.

En medicina, a medida que el caudal científico aumenta, se siente menos la necesidad de intervenir violentamente en el curso de los males, dejando más bien que la *vis medicatrix naturæ* dé cuenta de ellos por el libre juego de sus ajentes naturales.

Tambien en sociolojia se nota esa tenden-

cia, que nos lleva a dudar de la eficacia de las intervenciones a porfía; y entre nosotros, creo que bien podemos preguntarnos, si no nos habría valido mas quizá pasarnos sin la ayuda de los empíricos: porqué es posible que, sin ella, nos hubiéramos evitado muchos males y trepidaciones (que todavía se dejan sentir) en el progreso de la vida argentina.

Puede decirse, tal vez, que tenemos una fé exajerada por la forma federal de nuestra Constitucion; una especie de fanatismo que nos hace ver en ella algo como una virtud providencial, a la cual le pedimos todo, y que conserva incólume nuestra fidelidad, a pesar de las pruebas en contrario que nos dá todos los dias.

Esta fé en la eficacia de nuestra carta fundamental, es análoga a la que sentimos por ciertos de nuestros hombres públicos, que no mengua apesar de sus frecuentes fracasos.

De ellos se ha dicho gráficamente que son como la pelota, que, mientras mas fuerte cae, mas alto se levanta; no habiendo, en uno y otro fenómeno, sino la manifestacion de un sentimiento fanático, de primitiva estraccion, que, mientras mas se contraría, mas se exalta.

Las constituciones no valen sino cuando condicen con el estado social sobre que se aplican. Una prueba de esta verdad, es el ejemplo nuestro y de tantos otros pueblos de Sud-América, que, teniendo constituciones, al decir perfectas, dejan tanto que desear en la marcha de la cosa pública. Fuera de esas condiciones, no son sino constituciones en el papel.

Es un error creer que las formas constitucionales valen algo cuando no son el resultado o la espresion del carácter nacional.

Este error depende de una base falsa de

que se parte, cual es la de que basta el conocimiento de las leyes para que su texto guie nuestra conducta. Es el error de los que piensan que puede haber una república hija de las luces, a semejanza de la república hija de las costumbres; olvidando la verdad psicolójica que nos enseña que la conducta en jeneral no es determinada por el conocimiento, sino por el sentimiento, y que este es de una lenta elaboracion durante el curso del progreso social.

Así, cuando la forma de la organizacion política, diste mucho o haya sido llevada demasiado lejos, por una revolucion o por una reforma, como dice Spencer, y sea de un tipo más elevado del que consienta el carácter nacional, habrá siempre, entre la linea de la conducta y la pauta establecida por la lei, una laguna proporcionada a dicha disconformidad. «En prueba de ello puedo enumerar los ejemplos de que está

llena la historia moderna de Grecia, del Sud de América y de Méjico. Y de la misma manera podríamos volver sobre el ejemplo que nos da la Francia, del que ya hemos dicho mas arriba alguna cosa; donde el siclo político nos muestra sin cesar, que la nueva democracia no es más que el antiguo despotismo con diferente nombre. Ahora, como para otros tiempos, hallamos escrito en los monumentos públicos la divisa: *Libertad, Igualdad* y *Fraternidad*; pero, tambien ahora, como en esos tiempos, esas palabras se traducen en las más violentas luchas de los partidos, en injurias y en ataques en el seno de la Asamblea; en detensiones en masa de los enemigos de los hombres que están en el poder; en la prohibicion de reuniones públicas; en supresiones de diarios; y ahora, en fin, como en otros tiempos, los escritores que se dán como los mas ardientes partidarios de la libertad política, aplau-

den aquellas medidas y amordazan a sus antagonistas. »

Por nuestra parte, puede decirse que la forma descentralizada de la lei constitucional que nos dimos, quemó siempre las manos de nuestros presidentes, decidiéndolos a poner en práctica la centralizada, que estaba en la corriente de la época y de las cosas. « Ninguno de los Presidentes ha podido gobernar con otra doctrina o jurisprudencia que la unitaria », dice el Dr. Juan Anjel Martinez en su *Sistema político arjentino.*

El país ha vivido traqueado por esas dos corrientes contrarias de las tendencias positivas y de las imposiciones metafísicas; en ese tira y afloja de la inclinacion unitaria, que nos impelía a amasar una autoridad bajo cuya influencia se operase la evolucion social al estado de paz e industria, y de la descentralizacion federativa, que contrariaba esa misma inclinacion.

Si un presidente impelía un paso al país en el afianzamiento de la autoridad, pasando por encima del precepto constitucional escrito, su obra caía en el desconcepto público, en nombre de la violacion del mismo precepto tenido por sagrado.

La obra de amalgama de la autoridad arjentina, ha sido como la de la túnica de Penélope, condenada a deshacer lo que había tejido.

Si nuestros hombres públicos hubieran podido descender un instante de su ensimismamiento fetiquista por la fórmula abstracta de la constitucion federal, y hubiesen penetrado en el campo de la ciencia política positiva, habrían comprendido que esa fórmula, aplicable a los Estados Unidos no lo era para nosotros; pues detras de la fórmula hai siempre el hombre, el grupo social, que no se modela a voluntad como el barro; sino siguiendo las leyes de su propia naturaleza,

que resultan del conjunto de sus condiciones internas y esternas; inorgánicas, orgánicas y super-orgánicas. Habrían comprendido que la fórmula federativa, propia para aquel pueblo que emigraba a un suelo nuevo con sus hábitos, costumbres y tendencias de un pueblo viejo, educado en el respeto de la autoridad y en el hábito del trabajo; con sus actividades afectivas y funcionales completamente desarrolladas y maduradas en el sentido industrial; que esa fórmula propia para puritanos, cuákeros, metodistas, etc., no era adecuada para nuestros gauchos nómades o de ciudad, sin costumbres de trabajo, sin nociones de respeto a la autoridad, y en los albores todavía de la evolucion social, en aquella primera edad de los pueblos en que predomina la actividad ofensiva y los sentimientos rudimentarios de la familia, que son el primer peldaño por el cual se sube en el curso de la evolucion social a los senti-

mientos mas grandiosos de la patria, primero; y de la fraternidad universal, despues.

Habrían comprendido que antes de lejislar sobre la base de un respeto a la autoridad que no existía, era necesario crear ese respeto, haciendo *sentir* de un modo permanente esa misma autoridad, pues es sabido que los sentimientos en jeneral y el de que hablamos en particular, no se desarrollan por la sola reflexion o por el convencimiento de su bondad real, sino por la emocion constante que despiertan en el individuo.

Nosotros no hemos tenido nunca ese respeto, ni aun la escuela en que se adquiere. Para nosotros, en nuestro fuero interno, el gobierno que representa esa autoridad, ha sido siempre amigo o enemigo; si amigo, para esperar algun bien directo de él; si euemigo, para tratar de voltearlo.

Entre nosotros no se ha podido desarrollar ese sentimiento ante el espectáculo fre-

cuente de autoridades débiles, que veíamos derrumbarse a cada paso. Al contrario, la sensacion repetida de su instabilidad, ha enjendrado en nosotros el sentimiento inverso de la rebelion triunfante. Todos, mas o menos, tenemos algo de Juan Moreira: esa fibra que late simpáticamente en el corazon de los espectadores del circo, ante la epopeya del *alzado contra la autoridad;* o en el de todos los ciudadanos de la República, cuando el caudillo de la oposicion se levanta armado para derribar al Gobierno.

Si la república federativa es, en jeneral, una verdad abstracta, no era una verdad concreta para nuestro caso particular, que no estaba comprendido en el conjunto de condiciones que la establecen como tal. Faltábale esa base fundamental del respeto á la autoridad, y la otra, no menos fundamental tambien: el hábito del trabajo, la adaptacion

a esa manera de actividad, que es uno de sus corolarios.

En estas condiciones; no es raro que no hayamos realizado el propósito que tuvieron nuestros constituyentes. Las concepciones teóricas no se realizan sino cuando encuentran un terreno favorable.

Por otra parte, ¿qué remedio nos propinaron nuestros empíricos políticos? ¿A qué tratamiento sometieron la masa informe de nuestra sociedad, cuando pretendian precipitarla en una evolucion federativa?

A algo como las sangrías del doctor Sangredo: al tratamiento hispano-americano de las revoluciones, a ese *sanalotodo* de nuestra intuitiva terapéutica política.

Spencer, el mas profundo pensador de la época y que mayor impulso ha dado á los estudios sociolójicos, despues de Lamarck y Auguste Comte, se vá a encargar de mostrarnos lo que es en sí la revolucion, y cuales

son sus efectos sobre la marcha del progreso social; Spencer el lejítimo, no el falsificado, cuya autoridad científica y moral se invocó en tiempos aciagos para ejecutar a su sombra las mas vergonzosas operaciones.

Desde luego debe sentarse el principio de que dos son los tipos principales de una sociedad, segun los modos de actividad que en ellos predomine: el tipo guerrero, y el tipo industrial.

En el primero, predomina una actividad central despótica; predomina la sujecion forzosa a un jefe único, tan necesaria a la accion colectiva de la defensa contra la agresion: la disciplina es su lei y su virtud. En tal forma social, «la nacion es el ejército disponible y el ejército es la nacion movilizada»; y los derechos del individuo están supeditados al Estado: la cooperacion social es *obligatoria.*

En el tipo industrial, que viene acompa-

ñado de las costumbres democrático-liberales, la subordinacion decrece; el derecho individual no está supeditado al Estado: sino que la accion social colectiva reconoce como fin principal la realizacion de las condiciones mas favorables al desarrollo del bienestar individual: la cooperacion social es entónces *voluntaria*.

Ahora bien, la amenaza de la agresion (de la revolucion armada), provoca, de parte del agredido, el apresto a la defensa, y, por consiguiente, a la adopcion del tipo militar, con su corolario de medidas coercitivas y jenerales; mientras que, desde que el pié de guerra deja de ser inflexible, el sistema regulador empieza a producirse a medida que la industria se estiende. « Ejemplos de esto último, es la transformacion del Gobierno Británico en el sentido liberal, que se ha verificado en el largo período de paz que data desde 1815. Las instituciones liberales de

Noruega se han desarrollado tambien, a la sombra de la paz de que ha disfrutado ese país.

«En cuanto á la primera proposicion, de que siempre que sobreviene una guerra, reaparecen los caracteres del tipo militar, lo demuestra el caso de la república Neerlandesa, que dejeneró en monarquía por la influencia de la guerra; el despotismo de Cronwell que siguió en Inglaterra a las guerras del protectorado; el despotismo militar que se erijió en Francia despues de la caída de la República y de las hazañas napoleónicas. . .

« Despues de la guerra, se ha establecido en Alemania un réjimen centralizado y coercitivo al mismo tiempo: vémoslo en el modo de conducirse Bismark con el poder eclesiástico; en la doctrina de Moltke, quien sostiene que la seguridad del país, el cual debe estar apercibido para una invasion estranjera, exije que el presupuesto del ministerio de la

guerra, no esté sujeto al voto del Parlamento.»

Iguales ejemplos que los presentados por Spencer, nos suministra la contemplacion de nuestra vida nacional; que, en nuestros dias, sin remontarnos á épocas más lejanas, nos muestra que cada vez que se ha atentado contra la existencia de los poderes públicos, en los años 74, 80 y 90, no hemos conseguido sino apretar mas las ligaduras que nos oprimian.

En 1890, la agresion de un niño contra uno de los miembros del Poder Ejecutivo, fué el motivo de que se estableciera el estado de sitio; en que todas las garantías ordinarias del ciudadano desaparecen, quedando estos a merced de la sospecha o del capricho de un hombre; y de que, con tal motivo, se predicara por algunos que sería bueno instituir una *Dictadura*.

Véase, pues, adonde nos conduce a noso-

tros, y a todas las repúblicas híspano-americanas, el remedio empírico de las revoluciones, que aplicamos para implantar la práctica de las costumbres liberales descentralizadas, y que, contra nuestras buenas intenciones, nos radican el sistema social contrario: el sistema coercitivo.

La defraudacion de ese propósito, depende, en este caso, de que el medio empleado produce precisamente las mismas consecuencias que deseábamos suprimir.

Uno de los ejemplos mas notables de cómo la agresion o la constante amenaza de la agresion, sea interna o esterna, enjendra los gobiernos absolutos, es el de la tiranía típicá del Dr. Francia en el Paraguay.

Ningun pueblo, en esa época, se ha visto bajo la influencia de circunstancias tan numerosas, internas y esternas, que lo llevaran a ese resultado inevitable.

Por un lado, las tentativas de Buenos Ai-

res, para que formara parte de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, que amenazaban a su independencia nacional, y que se iniciaron con la espedicion de Belgrano; continuándose despues por las hostilidades de Artigas; el apresamiento de buques paraguayos ejecutado por Lopez de Santa-Fé; y las invasiones portuguesas: las de Marcelino Ramirez, las insinuaciones del Jeneral Las Heras para que el Paraguay enviase un Diputado a Buenos Aires; las hostilidades de Rosas contra la navegacion del rio Paraguay, y, en fin, sus reinsistencias para que el Paraguay volviera á la Confederacion.

Por otra parte, mientras todas estas circunstancias esteriores llevaban al país á la forma coercitiva de gobierno, requerida por la necesidad de la defensa esterior, otro cúmulo de circunstancias internas provocaban la rebelion interna, y contribuían al mismo resultado. De un lado, el partido realista,

que conspiraba contra el Gobierno, pretendiendo la restauracion monárquica sometida a la corona de España; y por otro, las tentativas del partido porteño, que procuraba la anexion del Paraguay.

Estos fueron los factores sociales que llevaron a los criollos, lójicamente, en virtud de la necesidad de la defensa contra la múltiple agresion, a investir al Dr. Francia con la autoridad de la Dictadura temporal, primero, y perpétua, despues, «para salvar a la patria», y que indujo a uno y a otros, al Dr. Francia y a los criollos, a formar un gobierno militar, para defenderse del enemigo esterior, y a poner en práctica las medidas mas bárbaras, como la muerte civil de los españoles y arjentinos, para destruir a los enemigos interiores.

Esta verdad del efecto contraproducente de las revoluciones, o sea de la guerra interna, para implantar la práctica de las ins-

tituciones liberales, no es estraña a nuestros hombres públicos.

Todos ellos, mas o menos intuitivamente, han sentido su imperio, y lo han reconocido mas o menos esplícitamente.

« La *resistencia* no dará la libertad, dice Alberdi: solo servirá para hacer imposible el establecimiento de la *autoridad*, que la América del Sud busca desde el principio de su revolucion, como el punto de partida y de apoyo de su existencia política. Sin la autoridad que dá y hace respetar la lei, es imposible la libertad, que no es mas que la voluntad ejercida en la esfera de la lei. »

El mismo Alberdi agrega: « El Presidente de los Estados Unidos de Norte América (Fillmore) condenaba ahora poco las doctrinas subversivas del siguiente modo: « Acordémonos que las revoluciones no establecen siempre la libertad. Nuestras propias instituciones libres no fueron la obra de

nuestra revolucion. Existian antes. Fueron introducidas en las costumbres libres del Gobierno popular, bajo las cuales crecieron las Colonias inglesas; y nuestra revolucion solo nos libró del dominio de una potencia estranjera; cuyo dominio se oponía a aquellas instituciones. Pero las naciones de Europa no han tenido semejante escuela de gobierno popular; y todos los esfuerzos para establecerlo por medio de sangrientas revoluciones, serán nulos, y continuarán siéndolo sin aquel preparativo. »

Si bien es cierto que nuestros hombres públicos, a semejanza del político norteamericano, han tenido la intuicion de que las revoluciones no fundan la libertad, no es menos cierto que esta intuicion no ha asumido en su espíritu los caracteres de las verdades científicas, de cuyo imperio es difícil desprenderse; y sí solo las vagas proporciones de transitorias inspiraciones.

No de otro modo puede esplicarse la conducta de uno de nuestros primeros hombres públicos, que las condenaba el año 74 en una frase que se hizo lapidaria, y que, a renglon seguido, se lanzó en sus aventuras de político campeador.

El error de los que piensan que las instituciones liberales completas puedan implantarse de la noche á la mañana; de los que creen que las Constituciones se decretan, y no que crecen, depende de la falsa teoría de que ellas no son mas que un contrato entre gobernados y gobernadores, que basta suscribirlo para que entre en pleno funcionamiento.

Estos tales olvidan que, mientras « los caracteres de los ciudadanos no se modifiquen de una manera esencial, tampoco se conseguirá modificar la organizacion política ». Olvidan que las modificaciones sociales no son orijinadas por una intervencion sobre-

natural, o por la voluntad de las autoridades: sino enjendradas por un trabajo lento de modificacion y desenvolvimiento al través de la evolucion de las edades; olvidan que la conducta no se determina por el conocimiento, sino por la emocion o sentimiento, que es de una larga elaboracion; y que la conciencia emocional ahoga la conciencia intelectual.

« Si fuera posible reemplazar de una manera brusca un sistema de reglas establecido por la tradicion, y al cual se atribuye una consagracion sobrenatural, por otro sistema elaborado racionalmente, este no actuaría de una manera bastante. Pensar de otro modo, es suponer que las creencias y las acciones de los hombres están en todo punto determinadas por la intelijencia: cuando por el contrario, mas bien lo son por el sentimiento. Hai una diferencia enorme entre el asentimiento formal dado a una proposicion

incontestable, y la fé eficiente, que hace obrar conforme a esta proposicion. A menudo, el argumento mas concluyente no acierta a producir una conviccion capaz de influir en la conducta; y a menudo tambien una simple asersion, articulada con énfasis y aplomo, produce, por falta de pruebas, y aun en presencia de pruebas contrarias, una conviccion inquebrantable. Esto es asi, sobre todo, en las jentes poco ilustradas. Nosotros vemos, no tan solo el tono afirmativo y el aire de autoridad crear la fé; sino tambien disminuir la fé a consecuencia de esplicaciones.

« No es siempre el testimonio lójico y concluyente el que enjendra la conviccion en el espíritu: sino el oir hablar el lenguaje propio de la conviccion... Todavía mas: no es menos verdad que los espíritus mas cultivados, capaces de criticar el testimonio y de pesar los argumentos con la última precision,

no son, sin embargo, bastante razonables para ser guiados por el puro pensamiento, sin mezcla de pasion. »

Esta condenacion de las revoluciones como medio de llegar a la vida libre, parece desconsoladora a primera vista, particularmente cuando se piensa en la necesidad de concluir con las tiranías. Ella impondría ante tal contratiempo, la inmovilidad o la resignacion del grupo social tiranizado. Pero, si entramos a estudiar los procedimientos por medio de los cuales el organismo individual se desprende de los elementos contrarios a su órden y conservacion, hemos de encontrar luces que nos guien respecto de la manera cómo se realiza igual operacion en el organismo social.

Desde luego, puede adelantarse, que el dar en la práctica de no escitar resistencias, es dar con el camino de no fundar tiranías; y que, por lo tanto, este es ya un medio de pre-

y

cia

tu

po

sar

por

el p

emp

que

queri

del n

pueb

y de v

Si p

una série de despotismos a cual mas violentos; primero, el despotismo de la Convencion; despotismo tremendo, en razon de que la responsabilidad desaparecía, subdividiéndose hasta cero, entre una multitud anónima; en seguida, el despotismo de Napoleon, que costó mas de dos millones de vidas; y, tras de este, el *terror blanco,* que todo lo sacrificó por hacer retrogradar a la Nacion.

Cerca de nosotros, Chile ès tambien un ejemplo reciente de cuanto puede una revolucion hacer descender a un pueblo en sus costumbres pacíficas y de su carácter simpático, para lanzarlo en una vida de agresiones, violencias y crímenes. Las necesidades antagónicas de la lucha, llegaron hasta suprimir la simpatía en las relaciones sociales de ese pueblo, y las llevaron hasta el odioso estremo que hemos presenciado.

Si alguna cosa se desprende clara y terminantemente de todo lo expuesto hasta aquí,

es la deficiencia de los conocimientos históricos y del derecho constitucional, a cuya engañosa luz son resueltas las dificultades políticas; trayendo, como un corolario necesario, la deficiencia tambien de los medios que se preconizan, sea para reparar los males presentes, sea para encaminar los pueblos por la buena senda.

No hai cuestiones mas controvertidas y en que reine mayor anarquía de opiniones que las de la política. Hai tantas opiniones, cuantos individuos piensan, o se imajinan que piensan; pues así como, tratándose de un enfermo, todo el mundo se cree autorizado para aconsejar su remedio (midiéndose casi siempre la ignorancia por la audacia), así tambien en política, no hai quien no emita su parecer; y los más temerarios suelen ser los mas atendidos.

Los partidos políticos jerminan con sus diferentes banderas; los candidatos con sus di-

versos programas; los estadistas esplayan sus vistas especiales; y, en fin, los mismos diarios nos sirven dia a dia, en su primera columna, la solucion del problema de la víspera: todos ellos, bajo la presion de su apremio particular, hasta llegar a olvidar sus opiniones anteriores; de tal modo, que bien podría contestárseles con sus propias palabras, si se tuviese la paciencia de compararlos a pocos dias de distancia.

¿De qué depende esta multiplicidad de opiniones?

De que el análisis de las cuestiones políticas o sociales no ha salido todavía del estado conjetural o metafísico, y no ha entrado en el estado científico. De que, en lugar de ser estudiadas a la luz del solo sentido comun, deben serlo a la luz de los principios y leyes de la sociolojía, que es la ciencia que de ellos se ocupa, y les dá su verdadero carácter de fenómenos naturales, que hai que analizar en

sus nociones de exacta correspondencia y de verdad.

Hai que convencerse del error que padecen ciertos hombres públicos, cuando imajinan que la politica no puede ser sino conjetural, y de que el politico es un artista que debe suplir la dificultad de las cuestiones por su jénio o por su tacto personal.

Todas las ciencias en su comienzo han sido conjeturales, y la politica, en esto, no es una escepcion. Pero no hai porque concluir de ahí que siempre ha de seguir siéndolo.

Al contrario, debe ponerse todo empeño en hacerla salir de ese estado provisorio y entrar de lleno en su estado científico.

No nos hacemos ilusiones de que ese estado será mui moroso en obtenerse para la sociolojía, la mas compleja de todas las ciencias, pues a todas las abarca; pero no, por eso, debe desistirse del empeño de sustituir en sus fenómenos, como ha sucedido en las

demas, lo indeterminado por lo determinado.

La concepcion de la política, al igual de la de las demás ciencias, ha seguido una marcha mui lenta en su evolucion; y, como sus hermanas, ha pasado por dos faces sucesivas: la del sentimiento y la de la razon. Fáltale ahora, como todas las otras, penetrar en su tercer faz científica y definitiva.

En la primera, el sentimiento solo, imponiéndose a la razon, creó las verdades de la fé, como se sabe: la política fué entónces teocrática.

Despues, la razon pura, imperando esclusivamente, nos lanzó en el período metafísico, bajo el imperio de los sistemas abstractos y absolutos.

En este período, las creaciones ideales del espíritu del hombre son consideradas como la espresion de la realidad de las cosas. El hombre, en medio de su infatuacion, cree que las leyes que rijen el mundo social, es-

tán de antemano formuladas en su razon, y que a él no le corresponde mas que el trabajo de esbozarlas.

Ha necesitado errar mucho; estrellarse a cada momento contra el obstáculo de la realidad, que constantemente desprestijiaba sus concepciones ideales, para convencerse de que no posée en sí el conocimiento y la regla de los fenómenos sociales; y que, si desea llegar a la verdad, necesita forzosamente ir a buscar esta en los fenómenos mismos, donde se encuentra envuelta en el ropaje de sus condiciones particulares; y, recien entonces, ha comprendido que la razon pura, a la cual asignaba antes un rol tan esclusivo en sus investigaciones, ha de ser propuesta a la percepcion, y no ha de servir a esta sino como un ausiliar indispensable.

Sin duda, estamos léjos de esa época, en que la sociolojía sea científica; pero, esto no nos impide concebir la posibilidad, y hacer

todos nuestros esfuerzos para tender a ese fin, tratando desde hoi de introducir en ella el método, que debe llevarnos por esa vía.

La sociolojía está destinada a salir poco a poco del empirismo, y saldrá lo mismo que todas las otras ciencias.

No hai que pedirle aun la solucion de todos los problemas sociales. La sociolojía es todavía una ciencia en embrion, y tiene que progresar mui lentamente. Las dificultades que encuentra en su camino son enormes, y provienen principalmente de la complexidad de los mismos fenómenos que estudia.

Al contrario de las otras ciencias, la sociolojía no puede producir a voluntad ni observar en todo su desarrollo los casos que han de ser materia de su análisis.

Mientras que el químico, por ejemplo, reproduce cuantas veces desea el caso esperimental que necesita examinar, o el médico

encuentra reunidos en la sala de un hospital casos innumerables que someter a sus ensayos, el sociólogo tiene que reducirse a lo poco y mal que se sabe sobre el nacimiento, desarrollo y disolucion de las sociedades que han existido; y en cuanto a las sociedades que existen hoi, su mirada no abarca sino faces limitadas de su existencia, escapándosele ciclos completos de evolucion, que las sociedades recorren en períodos inmensamente largos en relacion con la parte que se ofrece a nuestra vista.

Por esta razon, la sociolojia tiene que caminar lentamente, *pari passu* con los materiales de estudio que la vida le ofrece; y ser principalmente una ciencia de induccion y deduccion, armada de la observacion, la comparacion, la analojia y la clasificacion.

Estudia las sociedades de tipo primitivo que existen hoi sobre la tierra; desentraña las leyes de su desarrollo, y con ellas reconstruye

truye los comienzos de las sociedades actuales adelantadas; pues, « las razas inferiores contemporáneas reproducen, de un modo jeneral, la humanidad primitiva ». Con las luces de la historia, aunque incompletas, penetra en el pasado de los pueblos que han existido, y con ellas lee en el porvenir de las que existen. Donde quiera que encuentra un motivo de jeneralizacion, y que de esta jeneralizacion puede sacar una consecuencia, ella formula una lei social.

Así como la fisiolojía ha servido de base a la medicina, la sociolojía, en ese socorro mútuo que se prestan las ciencias, ha encontrado un precioso auxiliar en la *biolojía*. Esta ciencia le presta un inmenso caudal de luces.

Corresponde a Augusto Comte el honor de haber puesto en evidencia, por medio de comparaciones de carácter definido, la conexion que existe entre la ciencia de la vida

(la biolojía) y la ciencia de la sociedad (la sociolojía).

« Siendo la sociedad una agrupacion de individuos, Comte vió claramente que los hechos que presenta el hombre individual han de estudiarse, ántes de estudiar los hechos que presenta en sus aglomeraciones. Así, en su clasificacion, colocó la biolojía antes que la sociolojía. Él considera necesaria la preparacion biolójica para el estudio de la sociolojía; no solo porque los fenómenos de la vida colectiva derivan de la vida espiritual y que, por consiguiente, no pueden ordenarse de una manera conveniente, sino luego que estos lo han sido; sino porque los métodos de investigacion que usa la biolojía son los métodos que ha de usar la sociolojía.

« Bajo dos distintos puntos de vista veremos que entrambas ciencias son conexas y de igual importancia. En primer lugar, to-

das las acciones sociales están determinadas por las acciones individuales, y todas las acciones individuales están dispuestas conforme á las leyes jenerales de la vida. En segundo lugar, una sociedad, considerada en su conjunto, aparte de las unidades vivientes que la componen, presenta fenómenos de crecimiento, de estructura y de funciones análogos á los que presenta el crecimiento, la estructura y funciones en un animal; y estos últimos dan necesariamente las clases de los primeros.

«No es discutible que, antes de buscar la manera de cómo hai que tratar a los ciudadanos en su conjunto, se conceda alguna atencion al conocimiento de la naturaleza individual de los mismos; por consiguiente: a la naturaleza de los seres vivos en jeneral.

«Llevad a un carpintero al taller de un cerrajero y hacedlo forjar, batir, templar, recocer, etc. y desde luego comprenderá, sin

oir las bromas del cerrajero, cuán absurdo es querer fabricar y recomponer sus útiles sin tener un conocimiento prévio de la naturaleza del fierro. Que el carpintero desafie al cerrajero, que sabe muy poco de lo que es la madera en jeneral, y nada de las diferentes clases de madera, a que haga su trabajo: y si acepta, téngase por seguro que serrará de través, obstruirá el cepillo, y acabará por echar a perder los útiles, o por cortarse los dedos.

« Mas, en tanto que todos reconocen cuán nécio es querer trabajar la madera o el fierro sin un aprendizaje prévio, que nos familiarice con los materiales y el modo de tratarlos, nadie nota que es necesario estar completamente loco para emprender, sin un estudio prévio del hombre y de la vida del hombre, la invencion de instituciones que han de dar por resultado, a su entender, que el hombre sea de tal o cual manera. En efecto:

para simples funciones exijimos una preparacion especial de varios años; mientras que para funciones mas complicadas, para funciones que hombres sabios no llenarían del todo, no exijimos preparacion alguna.

« Si se le ocurriera a un miembro del Parlamento invocar un principio psicolójico en favor de tal o cual medida, de seguro que a los cronistas parlamentarios se les caería el lápiz de la mano de pura sorpresa. Esponer deliberadamente tal o cual lei de la asociacion de las ideas, tal o cual rasgo de carácter efectivo, como una razon fundamental para votar por la afirmativa o por la negativa, indudablemente sería una cosa demasiado grave para nuestros lejisladores. La hilaridad que la cosa en sí despertaría, provocaría los gritos de ¡a la cuestion! tan rara parecería a todos la incongruencia de tales manifestaciones. » (H. Spencer).

Hai, pues, necesidad imprescindible de

quemarse un poco las pestañas en el estudio de la biolojía (comprendiendo en ella la psicolojía) ántes de abordar el estudio de la sociolojía.

Es cierto que todos, mas o menos, tenemos conocimientos vulgares sobre esta ciencia; pero tambien es cierto que ese barníz de saber no nos habilita para penetrar en el estudio de la sociolojía, así como las nociones ordinarias que se poseen sobre el cuerpo humano, no habilitan para penetrar en el campo de la medicina. Las escasas e inseguras luces de la ciencia infusa, cuando caen en el terreno abonado de la supersticion, no sirven sino para fundar, tanto en uno como en otro ramo, ciertas reputaciones de *Mano Santa*.

La biolojía muestra, como una verdad de trascendentales consecuencias para el progreso de la sociolojía, que las leyes que rijen el organismo individual encierran una estrecha analojía con las leyes que rijen los or-

ganismos o cuerpos sociales; de tal modo, que el inmenso acopio de conocimientos preparados por la biolojía en sus diferentes ramas, ha venido a ser para la sociolojía un capital de luces acumulado de antemano, que no ha necesitado mas que el trabajo científico de la aplicacion para hacerlo suyo.

Así como la biolojía entierra sus raices en las matemáticas, la mecánica, la química, la física, la mineralojía, la jeolojía, la astronomía, etc.; la sociolojía reposa sobre la biolojía, « como una cabeza y un coronamiento en la cadena jerárquica de las ciencias.

« Cuando se usa de una metáfora para indicar una semejanza real, se suscita la duda de si esa semejanza es, o no, nada mas que aparente. »

« Esto es lo que sucede con las espresiones « cuerpo político, organizacion política », y otras que asimilan tácitamente una sociedad a un ser viviente: se las toma por espresio-

nes que tienen su real razon de ser, pero que no corresponden a una realidad verdadera, tendiendo mas bien a sostener una ficcion.

« Sin embargo, las metáforas son aquí algo mas que metáforas, segun el sentido vulgar de la palabra. Son maneras de hablar, en que se hace notoria una verdad percibida al principio de un modo difícil; pero que se aclara cada vez mas, a medida que se examinan las pruebas con mayor atencion. Que hai una real analojía entre un organismo individual y un organismo social, se hace incontestable con solo observar que ciertas necesidades que determinan su estructura son comunes a entrambas.

« La mútua dependencia de las partes es la que inicia y constituye toda organizacion, sea de la clase que fuere. En tanto que, en una masa de materia viviente todas las partes son semejantes, y todas viven y crecen

sin ayudarse las unas a las otras, no hai organizacion; el agregado indiferencial de protoplasma, así caracterizado, ocupa el mas ínfimo grado entre las cosas vivas. » (H. Spencer).

No hai duda de que las organizaciones animales mas simples ofrecen una completa semejanza con la organizacion de las sociedades mas rudimentarias o primitivas; y que, a medida que las sociedades progresan, su estructura se asemeja mas a la de los seres mas complicados.

Ya Platon, en su *República,* tenía la intuicion de estas analojías; aunque él, exajeradamente, llegaba a afirmar la semejanza del organismo humano con el organismo social.

Una de las primeras analojías, que presentan ámbas series de organismos, sociales y animales, es que en unos como en otros « la complexidad de la funcion es correlativa con la complexidad de la estructura ».

« Cuando no hai diferencia de estructura, no hai diferencia de funcion. Uno de esos rizopodos de que hemos hablado, y que tienen vida sin organizacion, servirá de ejemplo. Del lado esterno de este animal, que no tiene una membrana limitante, se avanzan numerosas prolongaciones en forma de hilos. Cada una de estas prolongaciones, de cualquier punto de la superficie que nazca, puede contraerse y desaparecer; o puede tocar cualquier pedazo de alimento que atrae a sí en la masa jeneral, cuando se contrae: sirve a la vez de mano y de boca. O bien puede ponerse en contacto con procesos semejantes y soldarse; o bien pegarse a un objeto vecino y ayudarse por su contraccion a llevar su cuerpo a una posicion nueva. En una palabra: este pequeño fragmento, desprovisto de estructura, una jelatina animada, es al mismo tiempo estómago, piel, boca, miembros, y sin duda tambien, pulmones. »

Así tambien el salvaje, el tipo de las sociedades mas rudimentarias, desempeña todas las funciones que le impone la necesidad: la caza, la fabricacion de armas, la preparacion de alimentos, etc.

Pero, a medida que el organismo social se desenvuelve por el aumento de masa y de estructura; sucede lo mismo que cuando se asciende en la escala de los seres: *se opera una distribucion fija de las partes, y al mismo tiempo una distribucion fija de funciones.*

En el grupo social, la diferencia de funciones, se opera cuando los hombres fuertes se consagran a la guerra ó a la caza, y las mujeres y los viejos a los cuidados domésticos. Y esta diferencia se aumenta cuando el jefe no asume ya su triple carácter de autoridad militar, judicial y relijiosa; sino que se individualiza o desdobla en el militar, el juez y el sacerdote. De igual ma-

nera, en el organismo animal mas perfecto que el citado, del tegumento jeneral se forma el *endodermo* y el *ectodermo;* y de estos, a su vez, se forman, del primero, la boca, el esófago, el estómago, el intestino, etc., y del segundo, los órganos para la prehension de los alimentos, los de los sentidos y de la locomocion.

Ahora: si nos remontamos hasta las organizaciones sociales mas perfectas del dia, en que cada funcion, hasta la mas ínfima, tiene sus órganos o clases especiales: militares, lejisladores, abogados, médicos, injenieros, industriales, artistas, etc.; se ve que *este progreso que va de acciones jenerales, indefinidas, simples, a acciones especiales, definidas y complicadas,* se aumenta paralelamente con su desarrollo y constituye lo que se llama la *division social del trabajo*; mientras que, si estudiamos los organismos mas adelantados en la evolu-

cion de la especie, en que cada funcion tiene un órgano propio; en que la prehension del alimento, que en el tipo primitivo estaba encomendada al tegumento esterno, se ha provisto de órganos especiales y diversos para cada objeto: manos para tomarlo, mandíbulas para triturarlo y estómago para dijerirlo; encontramos que se ha operado en ellos una modificación análoga a la que ha tenido lugar en las sociedades, y que la division social del trabajo, puede mui bien compararse con lo que Milne Edwards llama en los seres la *division fisiolójica de la funcion.*

Al mismo tiempo que las funciones se separan unas de otras por un lado; por otro, se combinan a la vez las unas con las otras. A la vez que se diferencian unas de otras, se integran tambien unas con otras.

« Nunca insistiré demasiado sobre este punto: que en lo que atañe a su carácter

fundamental, existe entre el organismo social y el individual una perfecta analojía. En un animal, la detension de las funciones pulmonares lleva consigo la perturbacion de los movimientos del coraron: si el estómago cesa absolutamente de ejercer su oficio, las demás partes dejan de obrar; la parálisis de los miembros condena a todo el cuerpo a la muerte, bien por falta de alimentos, o por imposibilidad de librarse de un peligro; la pérdida de los ojos, esos órganos tan pequeños, priva al resto del cuerpo de un servicio esencial a su conservacion: todo lo cual nos dice con bastante claridad que la dependencia mútua de las partes es un carácter esencial. Si nos fijamos en una sociedad, vemos que las industrias metalúrjicas se paralizan, desde el momento en que los mineros no le suministran materias primas; que los fabricantes de ropa no pueden ejercer su trabajo, cuando faltan los fabri-

cantes de hilados y tejidos; que la sociedad fabril queda estancada, si no funcionan las sociedades productoras o distribuidoras de alimentos; por fin, que los poderes directivos, gobierno, oficinas públicas, majistratura, policía, etc., no pueden conservar el órden, cuando las partes sujetas al órden, no le suministran los objetos necesarios á la vida: de donde se deduce y no podemos ménos que confesarlo, que las partes de una sociedad guardan entre sí una dependencia tan rigorosa como las de un organismo vivo.

« Notemos, por ejemplo, que, cuando las divisiones y las clases de la sociedad se han vuelto diferente por sus diversas ocupaciones, el cumplimiento de sus respectivas funciones, se ha tornado dependiente de la actividad regular de esta vasta organización que acopia y distribuye a cada cual las materias elementales. Durante los primeros

periodos del desenvolvimiento social, cada pequeño grupo de jentes, y a menudo cada familia, se proveia de todo lo que le era necesario, sin recurrir a los demás; pero hoi dia, para cada objeto de necesidad, y para cada superfluidad, hai un cuerpo combinado de distribuidores al por mayor y al menudeo, que pone las ramificaciones de estas corrientes de provisiones al alcance de todo el mundo. Miéntras que cada ciudadano persigue un negocio, que no se dirije inmediatamente a la satisfaccion de sus necesidades personales, él las encuentra en un sistema jeneral de negocios, que acopia efectos por doquiera para él y sus semejantes: sistemas de negocios que no podría suspender sus operaciones, aunque solo fuera por algunos dias, sin concluir con la funcion propia que desempeña y sin perjudicar a las de la mayor parte de los otros. Considerad, pues, cómo y en cuánto grado

cada una de estas funciones diferenciadas se encuentra por doquiera entrelazada por ciertas otras funciones diferenciadas. Los negociantes importadores, los manufactureros, los repartidores al por mayor, como los banqueros y los hombres de lei, emplean comitentes. Estos comitentes constituyen una clase especial dispersa en las otras clases, y cuya funcion se entrelaza con las diferentes funciones de las otras clases. Sucede en la division sociolójica del trabajo, lo mismo que sucede en la division fisiolójica del trabajo. Lo mismo que en una sociedad avanzada, al mismo tiempo que los sístemas de funciones administratívas, eclesiásticas, médicas, judiciales, manufactureras y comerciales, se han tornado distintas, no dejan de mezclar su juego en cada localidad; asi, en un organismo desarrollado, vemos que al mismo tiempo que las funciones jenerales de circulacion, de secrecion, de absorcion,

de escrecion, de contraccion, de escitacion, etc., se han diferenciado, gracias a las ramificaciones de los aparatos respectivos, se encuentran combinadas entre sí, en cada órgano.

« Ordinariamente, la division fisiolójica del trabajo no se lleva a tal punto que destruya la comunidad fisiolójica primitiva del trabajo. Como en las sociedades la adaptacion de las clases especiales a servicios tambien especiales, no las vuelve completamente incapaces de llenar los deberes de las unas con las otras en una ocasion imprevista; así tambien en los organismos, los tejidos y las estructuras que se han adecuado a servicios particulares, son a menudo suceptibles de llenar otros oficios... Las raices y las hojas de las plantas están muy profundamente diferenciadas por sus funciones: las raices absorben el agua y las sustancias minerales; las hojas absorben el ácido carbónico y lo

descomponen. Sin embargo, las hojas conservan un poder considerable para absorber agua; y en las plantas llamadas epificas, la absorcion del agua se hace por las hojas y los tallos. Recíprocamente las partes subterráneas pueden desempeñar en parte las funciones de las hojas: el tubérculo de una papa, espuesto al aire, desarrolla clorofila en su superficie, y, en otros casos, la raiz propiamente dicha hace la misma cosa. En los animales se encuentra mas ejemplo de esta sustitucion de funciones. A partir de la hidra, que puede vivir, que continúa viviendo, cuando las funciones de la piel y del estómago han sido invertidas, lo que se obtiene dando vuelta al animal, de suerte que lo de adentro queda afuera, encontramos en todos los grados, aún hasta en los animales mas elevados, la prueba de que los órganos de absorcion y escrecion pueden suplirse en parte los unos por los otros. Entre los

animales mas completamente organizados, la absorcion de alimentos se efectúa esclusivamente por una membrana interna; pero la membrana esterna no está completamente desprovista del poder de absorber la materia nutritiva. Cuando el alimento no puede ser tragado, se puede prolongar la vida sumerjiendo el cuerpo en liquidos nutritivos. La escrecion del ácido carbónico y la absorcion del oxijeno se realizan principalmente en los pulmones, en los animales que tienen pulmones; pero queda en estos animales una cierta cantidad de respiracion cutánea, y entre ellos los batracios de piel lisa, en la rana, por ejemplo, esta respiracion cutánea es considerable. Además, cuando los riñones no llenan su funcion, una notable cantidad de úrea es arrojada por la respiracion.

« Las funciones superiores nos presentan otros casos. Los miembros que entre los vertebrados inferiores son casi absolutamente

órganos de locomocion, se dividen en el hombre por funciones especiales en órganos de locomocion y en órganos de prehension. Sin embargo los brazos y las piernas llenan, cuando es necesario, en cierta medida, cada uno el oficio del otro... En las percepciones encontramos aun ejemplos de sustitucion parcial. El sordo del Dr. Kitts, decía que las vibraciones estremadamente sensibles se propagaban en todo su cuerpo; tenía por este medio la facultad de percibir, gracias a esas sensaciones jenerales, los sacudimientos que tenían lugar en la vecindad, de que ordinariamente somos informados por los oidos. Los ciegos hacen desempeñar a sus oidos una parte del oficio de la vista. En lugar de reconocer la posicion y el volúmen de los objetos vecinos por la reflexion de la luz en su superficie, lo hacen de una manera grosera por la reflexion del sonido. » (H. Spencer).

Mayores son todavia las analojias que se observan entre ambas organizaciones, la social y la individual, a medida que se profundiza el exámen comparativo.

« El tipo inferior de la animalidad está por doquiera caracterizado por estómago, superficie respiratoria y miembro locomotor. No puede desarrollarse un animal dotado de apéndices, perdiendo la facultad de absorber directamente su alimento, si no lo recibe de partes que estén encargadas de tal funcion. Para que se forme una superficie respiratoria, en la cual los fluidos circulantes se mezclen con aire, es condicion necesaria que la pérdida que esperimentan, sea compensada con la formacion de un aparato que se lo suministre. Otro tanto pasa en la sociedad. Lo que denominamos organizacion de una sociedad, entraña conexiones necesarias de aquella índole. Mientras permanece en estado rudimentario, todos sus miembros son

guerreros, cazadores, constructores de chozas, fabricantes de herramientas; ɔ, lo que es lo mismo, cada miembro de la sociedad se basta a sí mismo para satisfacer sus necesidades. Mas, cuando una sociedad tiene ejércitos permanentes, semejante institucion supone que ella está organizada de tal modo, que varios grupos de individuos están encargados de suministrar á estos sus alimentos, vestidos y municiones de guerra indispensables. Si la poblacion se ocupa, en una comarca, en las faenas agrícolas, y en otra, en la esplotacion de minas; si unos individuos fabrican artículos de consumo, al paso que otros los distribuyen, esto no puede verificarse sin que haya un mútuo cambio de servicios.» (Spencer).

El tipo primitivo social, asi como el tipo primitivo individual, está compuesto de un aparato productor, de un aparato distribuidor y de un aparato regulador, que se llama

gobierno en la sociedad y centros nerviosos en el ser. El funcionamiento regular de estos tres aparatos constituye la vida normal en el individuo como en la sociedad.

Del exámen de los primeros, el productor y el distribuidor, en cuanto se refieren a la sociedad, se ocupa una rama de la sociolojía, la economía política, bajo el nombre de produccion y circulacion; en cuanto se refieren al individuo, los abraza la fisiolojía, bajo la denominacion de nutricion y circulacion.

Por lo que respecta al tercer aparato, el regulador, que es el que se relaciona mas con nuestro objeto, comienza en ambas organizaciones por un núcleo único y rudimentario: el jefe único en la tribu, y el gánglio nervioso en los seres mas simples de la creacion. Si en el primero la accion se reduce a la defensa de la tribu, en el segundo se concreta a una actividad análoga: a la

accion refleja; a recibir la impresion y a trasmitir la fuerza al músculo. Pero, al sufrir el aparato regulador en una y otra clase de seres una mayor integracion de elementos, y una mayor diferenciacion de funciones, sigue paralelamente este mayor incremento de sustancia y esta mayor diferenciacion de funciones.

En el ser mas elevado, desde que el sistema nervioso comienza a formarse, se ve nacer el contraste entre la masa cerebral (el centro de coordinacion) y el cordon espinal (el centro de la accion refleja), que responde en suma a la division de las acciones nerviosas en directrices y ejecutivas.

Lo mismo acontece en la evolucion de las sociedades primitivas. Al lado del jefe único, investido de todo poder ejecutivo, surje el consejo de los viejos, de los ancianos, como un elemento regulador, tanto de la conducta individual, como de las acciones com-

binadas del grupo. « Entre los esquimales, no hai vestijio, por decirlo así, de organizacion política; pero hai siempre en cada grupo un viejo, mas práctico en las cosas del tiempo, y mas amaestrado en la pesca de las focas, que es consultado siempre, y oido con acatamiento. Entre los habitantes de la Tierra del Fuego sucede la misma cosa. »

Así, como en la evolucion de los seres hasta llegar a un superior desarrollo, la masa cerebral (que representa en ellos la actividad reguladora, en contraposicion con el cordon espinal, que representa la actividad ejecutiva) toma un desarrollo superior ; así, tambien, en la evolucion de las sociedades primitivas hasta alcanzar el progreso actual, vése cómo el núcleo orijinario de los ancianos (que representa en ellas la actividad ejecutiva del jefe) ha tomado un mayor desenvolvimiento, hasta llegar a constituir

en el presente los parlamentos: autoridad suprema regularizadora en las sociedades bien organizadas, como el cerebro lo es en los individuos bien equilibrados.

Estas analojías que se observan en el desarrollo del aparato regulador en ambos organismos, se muestran igualmente en el desarrollo del aparato distribuidor de la sociedad y circulatorio en el individuo.

En los primeros protozoarios, por ejemplo, no existen conductos de comunicacion entre sus partes, de la misma manera que entre las tribus primitivas no existen tampoco vias de comunicacion. En los primeros, la circulacion de los elementos en el interior de los tejidos, es intersticial, abriéndose camino entre los elementos mismos, así como en los segundos se hace por el sendero abierto de choza en choza.

En un grado mas arriba del desarrollo animal, se forman ya conductos, que se ra-

mifican en el interior de los tejidos; bien así como en los pueblos se abren caminos espeditos; y, avanzando en esta progresion ascendente, llegamos a los seres mas elevados de la escala animal, o a las poblaciones mas desarrolladas del mundo social; y allí encontramos conductos dobles en los primeros (arterias y venas, para llevar y traer los elementos orgánicos, impulsados por movimientos regulares y rítmicos) y, en los segundos, hallamos vias férreas de ida y vuelta, movidas a reloj.

Todavía es mas completa la semejanza: pues, si en el órden social, la aparicion de las grandes vías de comunicacion no implica la desaparicion de las pequeñas conexiones: los caminos vecinales, los senderos, etc.; así tambien en el ser animal, la aparicion de los grandes vasos de la circulacion, no trae la supresion de la pequeña circulacion capilar.

« En el sistema vascular completo, los

grandes vasos sanguíneos son los mas directos; las ramas que parten de estos son mas contorneadas aun, y los capilares, por último, los mas tortuosos de todos. De la misma manera, vemos que los ferro-carriles, que son las principales vias de comunicacion en una sociedad, son los mas rectos; siguen despues las carreteras, que son mas o menos tortuosas; los caminos vecinales, y, por último, las veredas de los campos.

« Hallamos nuevas analojías, si se examinan los movimientos que se ejecutan a lo largo de las vias de comunicacion.

« Desprovistos de conductos distributivos, los tipos inferiores de la animalidad, solo presentan un movimiento de difusion, en estremo lento e irregular, a través de los tejidos. Lo mismo acontece en las sociedades primitivas; en las cuales los cambios son poco frecuentes, los productos cambiados se esparcen con lentitud, y los movimientos son

tan poco marcados, que no constituyen una verdadera circulacion.

« En las ascidias, que tienen un saco perivisceral pulsátil, se ve una distribucion de materia alimenticia, que, si no es circulacion, se aproxima a ella; las pulsaciones producen en el fluido ambiente ondas, que envían corrientes débiles a los senos y lagunas, vuelven en seguida, y causan un movimiento en direccion opuesta. Esta alternativa de ondas, es análoga al primer movimiento y distribucion, que se produce en las sociedades en vías de desarrollo. Bien es cierto que en el principio no existen corrientes constantes en la misma direccion; pero las hai periódicas de un punto a otro. Es innegable que el hecho social que se denomina féria, es la onda comercial en su primera forma; que aún subsiste en las sociedades algun tanto civilizadas. Los indíjenas de las islas de Sandwich se reunen en las orillas

del rio Wairaku en épocas fijas, con el objeto de cambiar sus productos, y los polinesios de las diversas islas del archipiélago Fidjio, acuden de cuando en cuando a lugares determinados para hacer allí sus trueques. Como es natural, estas corrientes de hombres y mercancías son mas frecuentes á medida que aumenta la poblacion; las faces de este movimiento se perciben en los reinos semicivilizados del Africa. En el bajo Niger, verbigracia, « cada ciudad tiene un mercado de cuatro en cuatro dias; y en ciertos puntos de la ribera una féria muy concurrida cada quince dias. En las obras de Mungo Park, hemos leido que en otros países, en Sausandiag, por ejemplo, no solo se realizaban ventas todos los dias, sino que había un gran mercado a donde concurrían en tropel los habitantes de los campos circunvecinos. Posteriormente, en las ciudades populosas como Timbuctu, una distribucion constante

ha reemplazado a la distribucion periódica. Las antiguas sociedades americanas nos presentan tambien este tránsito de lo inferior a lo superior. Entre los chibchas, a la par de un tráfico constante, habia cada ocho dias numerosas transacciones comerciales. En Méjico, además de la venta diaria, las habia tambien de mas entidad de cinco en cinco dias. En las ciudades antiguas se verificaban igualmente mercados, si bien en diferentes días, lo cual no era obstáculo para que hubiera comerciantes que « recorrían el pais comprando en un distrito y vendiendo en otro »; presajio de un aparato mas desarrollado. Claro está que estas reuniones y dispersiones se repiten cada vez mas, hasta que al fin llegan a constituir una serie regular de ondas frecuentes, que trasportan las cosas de un lugar de oferta a un lugar de demanda. Nuestra propia historia nos enseña de qué manera estos movimientos periódicos se

transforman paulatinamente en una circulacion rápida. En los primeros tiempos de la historia de Inglaterra, las grandes férias, anuales o no anuales, constituían el principal medio de distribucion y conservaron su importancia hasta el siglo XVII, mientras que las poblaciones de escaso vecindario, desprovistas de tiendas, estaban irregularmente abastecidas por monopolizadores, que habían hecho sus compras en los almacenes de las férias. Con el aumento de habitantes, la fundacion de centros industriales mas vastos, y el perfeccionamiento de las vías de comunicacion, la oferta se puede hacer en todas partes con mas comodidad; y así es que las férias que se verificaban de cuando en cuando, son sustituidas por transacciones mas frecuentes. Mas tarde, en las principales plazas, se multiplicaron los mercados de los principales productos, y en ciertos lugares fueron cotidianos. Al fin hubo una distribu-

cion constante, de modo que ciertos jéneros de alimentos afluyeron diariamente a todas las ciudades, y aun mas de una vez por dia. De un tiempo en que los únicos movimientos del hombre y mercancías entre las localidades que cambiaban, eran privados, lentos y escasos, se pasó a una época, en que se establecieron carruajes públicos que viajaban en determinados días, y solo corrían cuatro millas por hora; y despues, a un tiempo, en que estos intérvalos se acortaron, aumentó la velocidad, y se multiplicaron los vehículos, hasta llegar a nuestros tiempos, en que por cada línea férrea pasa varias veces al dia con enorme velocidad una onda comercial de hombres y mercancías relativamente inmensa. Esta transicion muestra que la circulacion social procede de movimientos débiles, lentos, irregulares, a movimientos rápidos, regulares y poderosos.

« Cúmplese, además, la analojía, no solo

en las vías de comunicacion y en los movimientos que en ellas se verifican, sino en las corrientes, en su índole y su conexion.

« Relativamente sencilla la corriente en un animal inferior, el fluido nutritivo es, en comparacion, complejo en uno superior: es un compuesto heterojéneo de materiales jenerales y especiales, de que necesitan las diversas partes o que ellas producen. Lo mismo es aplicable a las corrientes de mercancías, si se les puede dar este nombre, que se mueven de un lugar a otro en una sociedad inferior; son poco variadas en su composicion, mas a medida que la sociedad se civiliza, los elementos varían de una manera continua en las corrientes.

. . . . . .

« Conviene advertir que la concurrencia o competencia es comun en los dos casos. Aún cuando, de ordinario, es considerada como fenómeno esclusivamente social, la concu-

rrencia existe en un cuerpo vivo, si bien es menos manifiesta entre las partes que desempeñan igual funcion que entre las que desempeñan diferentes. La masa de materia nutritiva que circula por el organismo, sirve para conservar todo el cuerpo; cada órgano toma de ella cuanto necesita para su reparacion y crecimiento; de suerte que lo que cada uno se apropia disminuye la cantidad disponible para los demás; cada órgano disputa, pues, la sangre a los otros y a cada uno en particular. De suerte que, si el bienestar de cada órgano depende del de los demás, de un modo indirecto son unos enemigos de los otros. Así, un trabajo cerebral excesivo provoca tal aflujo de sangre, que paraliza la dijestion, despues de una comida opípara: por el contrario, las vísceras requieren tal abundancia de sangre, que el cerebro carece en parte de ella, y se orijina, como consecuencia, el sueño; por último, un ejer-

cicio mui violento, que acarrea una cantidad excesiva de sangre a los órganos del movimiento, puede detener al mismo tiempo la digestion, y disminuir la actividad del pensamiento y la fuerza de las sensaciones. Estos hechos demuestran, no solo la existencia de la concurrencia, sino además que, cuando en una parte se ejerce una actividad escepcional, acude a ella mayor cantidad de fluido sanguíneo.

«Ahora bien; tenemos pruebas diarias de que, en una sociedad, tanto las clases como los individuos, en particular y en jeneral, se apropian, a espensas de la masa jeneral de productos, todo cuanto pueden, y de que su aptitud respectiva para apoderarse de estos productos depende del estado de su actividad. Si se necesita ménos fierro para la esportacion o el consumo nacional, se apagan los altos hornos, se despiden los obreros, y la corriente de las cosas precisas para la nu-

tricion del distrito metalúrjico se aminora; lo cual ocasiona la paralizacion del desarrollo; y, si este estado de cosas continúa, viene la decadencia. En el caso contrario, si aumenta la actividad, la oferta se estiende a muchos productos. Es evidente que esta operacion en cada órgano social, como en cada órgano individual, resulta de la tendenciá que tiene la unidad a absorber todo cuanto puede a espensas de la masa comun de materiales para la nutricion; y no es ménos cierto que la competencia que de ello resúlta, y que se verifica, no solo entre unidades, sino tambien entre los órganos, produce en una sociedad como en un cuerpo vivo, una enérjica nutricion y un crecimiento de partes llamadas a una actividad mayor por las necesidades del resto. » (H. Spencer).

La enumeracion de estas analojías entre la vida animal y la vida social, podría llevarse hasta el infinito y en todos los actos de detalle

Las encontramos en todas las faces de una y otra existencia: en el modo de crecer; en su desenvolvimiento; en su manera de funcionar; en el desgaste y reparacion que sufren; en su adaptacion al medio en que se desarrollan y el fin que persiguen; en el establecimiento de sus individualidades; en cierto modo de su jénesis; en los factores que presiden a su distribucion sobre la superficie de la tierra; en que la vida del conjunto es mas larga que la de las unidades; y, por fin, en que estas, al constituir tanto un organismo individual como un organismo social, evolucionan separadamente, desempeñan su rol, perecen y son reemplazadas por otras nuevas, mientras la entidad del conjunto sigue viviendo.

¿Y por qué pasar por alto la mútua dependencia de las unidades en un organismo individual, que deja lugar sin embargo al libre funcionamiento de cada una, y que no es sino

la imájen de la mútua dependencia de las unidades sociales entre sí y con el conjunto, que da lugar, sin embargo, al juego libre de la libertad del ciudadano?

Estas analojías, cuya enumeracion no proseguimos, porque nos llevaría fuera de nuestro objeto, tienen un valor inmenso. Ellas constituyen un criterio seguro para analizar los fenómenos sociales, cuyas leyes no podamos descifrar por otros medios. Ellas nos enseñan que donde falte el conocimiento de las leyes sociales, pueden aplicarse con toda seguridad los principios que rijen la organizacion individual, y echar, con las bases de la biolojía, los cimientos de la sociolojía.

Recien, es cierto, nos encontramos en los primeros balbuceos de la sociolojía: las verdades que nos presenta son todavía mui precarias. Pero, no por eso debe flaquearse en el empeño de analizar, a favor de sus luces, los acontecimientos sociales y políticos. Por

lo ménos, el análisis sociolójico o científico, tiene la virtud de traer el debate de estas cuestiones a un terreno de provechosa moderacion, en cuanto las desnuda del tono dogmático y del fanatismo, que tan desastrosos resultados acarrea.

«Permítaseme proclamar bien alto una verdad bien demostrada; esto es: que el estudio científico de la sociolojía nos lleva a apreciar de una manera mas equitativa los diferentes partidos, sean políticos o relijiosos. La concepcion introducida y desarrollada por la ciencia social es a la vez radical y conservadora: radical hasta un estremo que no puede concebir el actual radicalismo; conservadora, hasta mas allá de todo lo que concibe el moderantismo moderno.

«Cuando se comprende bien la verdad de que las sociedades son productos de la evolucion, cuyas diversas estructuras y funciones modifica en tiempo y lugar, queda uno

convencido de que lo que constituye, relativamente a nuestra mente y a nuestros sentidos modernos, detestables organizaciones, era cosa que cuadraba a condiciones que hacían imposible otras organizaciones mejores.

«Por otro lado, cuando se observa que el trabajo que ha llevado las cosas a su actual estado prosigue todavía, no como indicando que nos aproximamos al fin, sino con una creciente rapidez, que deja suponer una larga continuacion y transformaciones inmensas, viene el convencimiento de que el lejano porvenir tiene en reserva para la vida social formas superiores a todo lo que jamás hemos imajinado; y de ahí surje una fé que sobrepuja a la del radical, que no tiene mas idea, que la de una nueva organizacion social parecida a la existente.

«Una vez que se conciben las sociedades como el resultado de una evolucion, ofreciendo en su principio tipos pequeños y sim-

ples, dotados de una corta existencia; avanzando luego hasta formar tipos superiores, mas grandes, mas complejos y de vida mas larga; llegando despues a tipos todavía mas elevados, análogos al nuestro, mui grandes, mui complejos y mui duraderos: una concepcion de esta clase nos da idea, para despues de la muerte de las sociedades actuales, de tipos superiores a todo lo presente. Esta manera de ver supone la idea de que cambios casi inconmensurables son posibles en el curso lento de las cosas; pero que, cortos periodos de tiempo, no pueden dar mas que pequeñas fáces de esos mismos cambios.

«Así, la teoría del progreso, revelada por la sociolojía, considerada como ciencia, es la mas propia para moderar de una manera considerable tanto las esperanzas como los terrores de los partidos estremos.» (H. Spencer).

La sociolojía, a pesar de su estado embrio-

nario, aprovechándose de las comparaciones luminosas que le suministra la biolojía, nos ha dado ya, sin embargo, en política, algunas verdades preciosas, que la esperiencia ha venido a corroborar. Como tal verdad debe tenerse la opinion de que la regulacion del crédito de un país debe ser libre e independiente de la accion del poder gubernativo. Esta verdad ha encontrado su semejante en el organismo individual; en el cual los cambios nutritivos, que la equivalen, son presididos por centros nerviosos reguladores, independientes del sistema nervioso central.

Permítaseme detenerme en este caso, precioso, a mi ver, que nos muestra cómo las sabias previsiones de la vida orgánica deben ser un modelo para los lejisladores, que deseen dar a sus medidas en el órden social las admirables adaptaciones que presenta la vida animal.

Es curioso el paralelismo que se observa

en ambas clases de organismos, en el curso de su evolucion, en el desarrollo del aparato regulador, que en el ser está representado por el sistema nervioso, y en la sociedad, por el gobierno.

Si en los organismos inferiores el aparato nervioso rudimentario, reducido a simples gánglios, preside la vida de relacion o esterior del ser, preside tambien las funciones de la vida de la nutricion. Lo mismo sucede en las sociedades primitivas, en que el gobierno regula las actividades esteriores de la tribu, así como las industriales.

«En los primeros grados de la evolucion, es tal la naturaleza de las ocupaciones, que las operaciones defensivas se confunden con las productivas. En los mandas, verbigracia, las familias cazaban juntas, y se repartian por partes iguales los despojos; lo que muestra que la caza, lo mismo que la guerra, era un negocio público. Por otra parte, en las

tribus sencillas, sujetas al mando de un jefe, la autoridad de este no tiene límites, y alcanza, no solo a la actividad industrial, sino tambien a las de cualquier otra especie. Cuando la esclavitud está solo reducida a las mujeres, o cuando en realidad existe una clase especial de esclavos, los individuos que ejercen la autoridad para el ataque y la defensa, dirijen tambien en persona el trabajo. Mas, al surjir un caudillo revestido de poder estraordinario, no se limita a ejercer su dominio durante la guerra; sino que dirije además el trabajo en tiempo de paz. En los gondos, chilos, nagas, michmis, kalmukos, y otras muchas tribus sencillas, son idénticos el gobierno político y el industrial; y no se separan de un modo manifiesto, aún cuando en virtud de un progreso parcial, sobreviene una distincion de poderes. Así, en los kukís, el rajah impone y reglamenta el trabajo; vijila los cambios de domicilio, y re-

parte entre las familias el suelo del nuevo territorio. El jefe de los santales dirije el trabajo de los vasallos; el de los jondos, es el comerciante principal; en Nueva Zelandia dirijía las operaciones agrícolas y las construcciones de los edificios; en las islas de Sandwich, «regula los precios del mercado»; en los tonga, «reglamenta el comercio»; y entre los kadangas, «fija el precio del arroz». Ocurre lo mismo en las islas Célebes, donde la autoridad política señala los dias en que se ha de trabajar en el campo, yendo el pueblo a sus faenas agrícolas al son del *gongo;* en Africa, donde la época de la siembra y la siega dependen de la voluntad del jefe; en la antigua América, en que los caciques de San Salvador dirijían las plantaciones; y en la América de nuestros dias, en que los que tienen tráfico con los mandrucos, «han de distribuir sus mercancías entre los jefes de ménos categoría, y esperar al-

gunos meses para ser pagados en productos ».

« En otras sociedades, con especialidad en las que han alcanzado algun desarrollo de consideracion, se modifica hasta cierto punto la union de la regla política y la industrial: la autoridad, que era única, se desdobla. Así, « en los dayakos de Sakarra, al lado del jefe ordinario, hai un jefe comerciante »; en Uidak (Dahomey) existe un personaje de la misma clase, y en las islas Fidji, jefes industriales. En otro período, este individuo se convierte en un funcionario, que ejerce una vijilancia rigorosa. En la antigua Guatemala, había un funcionario que fijaba el precio en los mercados; y en Méjico, ajentes del Estado vijilaban para que las tierras no permaneciesen sin cultivo.

« Estos hechos guardan analojía por los estados porque ha pasado la Europa civilizada.

« Hasta el siglo x, cada dominio tenía en

Francia obreros y artesanos, siervos en parte o libres, cuyo señor dirijía el trabajo, y les pagaba, distribuyéndoles alimentos. En los siglos XI y XIV, los señores feudales, eclesiásticos o láicos, reglamentaban la produccion y su distribucion en sus dominios, hasta el estremo de que era preciso comprarles el derecho de ejercer una industria o de dedicarse al comercio. En la edad monárquica, que siguió a esta época feudal, era artículo de lei que el derecho al trabajo es un derecho real, que el vender es potestativo del príncipe, y que los súbdítos pueden comprar.» Desde entónces hasta la Revolucion, existían en el país oficiales que autorizaban las profesiones, dictaban los métodos de produccion, y examinaban los productos. Después de la Revolucion, la autoridad del Estado no ha dejado de ser considerable, pero ha disminuido sobremanera, y la industria se ha acomodado a sus necesidades por otros medios.

« Si comparamos estas épocas primitivas, en que la rudimentaria organizacion industrial está bajo la autoridad del jefe, y las épocas intermediarias en que tal organizacion, mas perfecta, está bajo la dependencia de una autoridad separada parcialmente del Estado, con una época posterior como la nuestra, caracterizada por la preponderancia del réjimen industrial, no podemos menos de confesar que esta organizacion ha llegado a constituir una autoridad independiente en el fondo. En la actualidad, el Estado no fija ya los precios, ni prescribe los métodos de fabricacion: el ciudadano puede adoptar la ocupacion que mas le plazca, comprar y vender como mejor le convenga; la lei no prescribe los perfeccionamientos, ni prohibe los métodos defectuosos. ¿Cómo se ha acomodado esta actividad industrial a las necesidades de las circunstancias? Por medio de un aparto intercentral, que escita o disminuye la

produccion de cada industria, con arreglo al consumo de los productos respectivos. Los mercados de las grandes póblaciones, donde las transacciones regulan los precios de los granos, ganados, algodon, lanas, metales o carbon, manifiestan las relaciones variables entre la oferta y la demanda: la prensa lleva a todas partes la noticia de estas transacciones, y esto induce a cada localidad a aumentar o disminuir el trabajo de su especial funcion. A mas de esto, mientras los diferentes distritos ajustan su actividad a la autoridad de los centros comerciales, la metrópoli, donde todos los distritos están representados por casas comerciales, tiene su mercado central y su Bolsa; donde se hace la nivelacion jeneral de toda clase de pedidos, presentes y futuros; lo que establece un equilibrio exacto entre las diversas industrias. De donde se deduce que *al lado del aparato regulador político, se ha for-*

mado un aparato regulador industrial. »

Lo mismo sucede en los organismos vivientes con la evolucion del aparato regulador. Unico en los seres mas elementales, preside a unas y otras funciónes. Peró, luego, en lós seres mas desarrollados, se desdobla en dos, o más bien, se forma otro aparato nervioso, *el sistema nervioso de la vida orgánica*, *el gran simpático,* independiente del primero, y que regula esclusivamente las funciones nutritivas.

Gracias a este nuevo aparato, las funciones nutritivas se vuelven automáticas, y « se acomodan con rapidez a las necesidades: las materias de consumo son llevadas inmediatamente a los puntos en que las funciones empiezan a ejercerse. Si un órgano del cuerpo animal o del cuerpo político, llamado súbitamente a ejercer una actividad considerable, no pudiera recibir los materiales necesarios para su nutricion ó secrecion, sino por el cur-

so tranquilo que siguen de ordinario las corrientes distributivas; su accion, estimulada por un momento, no tardaria en languidecer. Para que pueda hacer frente a la mayor demanda, es indispensable que el órgano reciba un suplemento de los materiales que consume, que tenga *crédito abierto* sobre la funcion que desempeña. En el organismo individual, sirve a este fin el aparato nervioso *vaso-motor*. Las fibras de este aparato se ramifican por las arterias; las cuales, obedeciendo a sus estimulos, se dilatan o contraen. Segun la lei jeneral descubierta por Ludwig y Loven, cuando la impresion inherente a la actividad de una parte se propaga a los centros por los nervios sensitivos, se refleja inmediatamente en dicha parte por los nervios *vaso-motores*, una influencia, en virtud de la cual se dilatan de súbito las venas de la misma; al propio tiempo, los nervios vaso-motores contraen las venas de las partes inacti-

vas; y esto disminuye el aflujo de sangre en sus partes, para llevar este liquido a aquellas que lo reclaman con urjencia. Estos servicios se hallan desempeñados, en el organismo social de la época presente, por los Bancos, y las compañias de crédito, que prestan el capital. Cuando una industria local, obligada a producir mas, porque sus productos se consumen en mayor escala, acude en demanda de capital á los bancos locales; estos, respondiendo a las impresiones que les causa el aumento de actividad que se nota en torno de ella, abren mas los conductos del capital de que disponen, la impulsion se propaga a los centros financieros de Lóndres, por ejemplo, ocasionando en esta ciudad un aumento de crédito local: de modo que se verifica en el mismo lugar en que está implantada aquella industria, una dilatacion de las corrientes de hombres y artículos de consumo. Al mismo tiempo, para hacer frente a esta necesidad

local de capital, se restrinje la circulacion en aquellas industrias que no son llamadas a ejercer tanta actividad. Es de notar que este aparato regulador, vaso-motor en el individuo, monetario en la sociedad, es en el fondo independiente. Existen centros vasomotores locales, de la misma manera que hai centros monetarios locales... Por unido que esté con el aparato regulador principal que rije las acciones esternas, *no está subordinado a él.* La voluntad del animal no puede modificar estas ofertas locales de sangre; así como la lejislacion en la sociedad, que tantas trabas ponía al movimiento del capital, lo deja circular en nuestra época, casi con absoluta libertad. Aún se puede decir que el Estado, con los órganos sujetos a su autoridad directa, se halla en frente de las corporaciones financieras en la situacion de cliente; lo mismo que el cerebro y los miembros con relacion á

los nervios vaso-motores. (H. Spencer).»

Los gobiernos no deben, por tanto, intervenir en la regulacion del crédito en la sociedad, así como la voluntad no interviene en la regulacion de los cambios nutritivos en el ser.

Supóngase por un momento que las cosas no sucedieran así en el organismo individual, sino que la voluntad tuviera una accion directa y efectiva sobre la actividad nutritiva de los órganos. Bastaría, en este caso, una concentracion de la voluntad sobre una pierna, por ejemplo, para que esta creciera y se desarrollase enormemente, tanto cuanto durara el influjo supuesto de la voluntad; convirtiéndose así en una pierna de dimensiones colosales, incapaz, por eso mismo, de servir al objeto de la locomocion, y ofreciendo, además, el grave peligro de absorber y aniquilar el resto de la nutricion del cuerpo.

Lo mismo sucede en la sociedad, cuando

los gobiernos olvidan esta verdad biolójica y social, e intervienen directamente en la regulacion del crédito individual o de las instituciones bancarias. Su intervencion, en estos casos, es la causa de graves males, que esa misma intervencion es incapaz de remediar, despues que los males se han producido.

Nosotros tenemos el ejemplo fresco de los dos bancos oficiales: el *Nacional* y el de la *Provincia*; los dos *colosos*, que el gobierno había inflado, soplándoles privilejios oficiales, como la pierna mónstruo del ejemplo anterior, y que absorbieron la fortuna pública, como la pierna habría absorbido toda la vida individual.

Este mismo ejemplo sirve para demostrarnos tambien, por qué el gobierno fué impotente el dia en que, en *la reunion de notables*, que provocó para curar el mal, se encontró con que no podía restablecer la fortu-

na pública, que su indebida intromision en la regulacion del crédito había arruinado, o comprometido por lo ménos.

Tan dolorosa esperiencia no nos sirvió de enseñanza en ese momento, como tampoco nos había aprovechado en otras ocasiones anteriores, en que la situacion asumió los mismos caracteres e igual trascendencia.

Es sabido que el hombre prefiere proceder por hábitos, y nuestro hábito estaba hecho, mui de antemano, en el sentido de la intromision del gobierno en la regulacion del crédito, y en su participacion directa y absurda en la existencia misma de los Bancos.

Inútil fué que el doctor Gorostiaga declarase entónces que *la vida institucional era imposible con esas creaciones* (los Bancos); e inútil tambien que el doctor Del Valle manifestase que *los Bancos oficiales eran una planta de corrupcion y de ruina.*

Estas opiniones, que debieron haber sido recojidas como una verdadera profesía, no hicieron mella en la pública obsecacion; y, apareció el *Banco de la Nacion Arjentina,* como una metempsicósis de los anteriores, estirando ya sobre el pueblo sus grandes tentáculos llamados *acciones* y *nueva emision,* que han de devorarnos.

II

Las actividades sociales, como las fuerzas físicas, no se destruyen: así como estas solo se transforman, aquellas solo se modifican o derivan.

Ahora, despues de haber espuesto algunas de mis ideas preliminares sobre la manera de apreciar el tremendo suceso del 90, voi a ocuparme del suceso mismo, que es el objeto de mi estudio; suceso que ha producido ya y continúa produciendo trascendentales consecuencias para la República.

En esta tarea, no abandonaré, por las de una mera crítica, las indicaciones de la so-

ciolojía. Al contrario, acudiré siempre a esas analojías que tan perfectamente confirman las opiniones desapasionadas sobre esta materia difícil de suyo y vidriosa.

A no dudarlo, en los años que precedieron al 74, la República había empezado a adquirir cierta modalidad, bastante prometedora, en el ejercicio del sufrajio. Todas las actividades concurrían allí como un medio de dirimir las cuestiones políticas en relacion con los intereses sociales, y como un fin para alcanzar la realizacion de las aspiraciones individuales.

Gracias a una práctica mas o menos regular, el átrio electoral se presentaba ya como una vía intelijente, digna y salvadora de la República. Era como una de esas membranas de absorcion orgánica que dejan filtrar únicamente los elementos simpáticos a la vida del cuerpo, y que rechazan los que le serían nocivos.

Al traves de las mallas del escrutinio, y segun el criterio de las mayorías numéricas, pasaban a tomar parte en la direccion del cuerpo político los elementos propios para la conservacion y prosperidad social.

Las ambiciones para entrar a integrar el organismo político, necesitaban, ante todo, so pena de no alcanzar su objeto, ser o hacerce propias para el bien comun de la sociedad.

El átrio era, pues, no solo una garantía para la conservacion del cuerpo político; sino tambien un estímulo, que ponía a los aspirantes en el caso forzoso de ser justos y patriotas; de rodearse de todas aquellas virtudes que cada vez mas irían convirtiéndose en una condicion indispensable del respeto público y del triunfo electoral: de manera que el átrio, por una feliz combinacion, que puede llamarse un modo de seleccion política, asociaba a la par el interés individual y el

interés social; garantia al uno con el otro; afianzando en definitiva la prosperidad pública.

Esta virtud selectiva de la funcion electoral, enfrente de la necesidad de integracion de los elementos políticos, es tan preciosa en la sociedad bajo el punto de vista de su conservacion, que puede compararse al instinto de igual jénero que poseen los seres animados en los órganos destinados a su integracion alimenticia. No falta en la hidra, que es uno de los seres mas rudimentarios de la creacion; pues si faltara, habría por eso mismo perdido toda garantía de existencia. Si se acerca a la superficie esterna de este animal (que es por donde absorbe los jugos que lo alimentan); si se acerca una sustancia insoluble, impropia a su sustento, al punto sus membranas se distienden y la rechazan; mas aun, si, al contrario, se le acerca una sustancia sapida, propia a su sustento, su su-

perficie se contrae, y efectúa la absorcion. Así, en la integridad de esta funcion osmótica va envuelta la garantía de la existencia.

En los seres superiores, esta funcion se rodea de mil ausiliares, que concurren a darle el mayor acierto; y, en las sociedades desarrolladas, adquiere una importancia fundamental.

Pues bien: por efecto de una violencia criminal, nos vino en 1874 la parálisis de esa funcion electoral. No nos detendremos en recriminaciones sobre ese atentado inolvidable, tan justamente condenado por todos.

Pero permítasenos hacer notar aquí una vez mas, la profunda analojía que existe entre la manera de portarse los organismos sociales e individuales ante las causas que los perturban en sus funciones. En uno y otro caso, el no cumplimiento de una funcion implica la falta de algo necesario para la vida, y el organismo se resiente; en uno y otro ca-

so, la violencia o el traumatismo que hiere aquella, enjendra la inflamacion.

Así, en el caso de nuestra funcion electoral, herida en plena actividad, por mano de quien no hai para que nombrar, se produjo la violenta inflamacion del año 1874. En este caso social, como en el caso individual de ser lesionados los tejidos, la fiebre se encendió en toda la República: los elementos irritados se conglomeraron al rededor del punto herido, y se despertó la inmensa reaccion de ese año, en son de la fuerza medicatríz; de ese resorte comun a ambos jéneros de organismos, por medio del cual, unos y otros, se desembarazan de las causas que los perturban.

La reaccion inflamatoria del 74 fué reducida, segun costumbre, por *las sangrías* de la Verde y de otras partes, y por la compresion de la fuerza; lo que, en medicina equivale al uso de las emisiones sanguíneas y la aplicacion de los astrinjentes.

Es cierto que la sangría de la Verde no fué mui abundante: al blanco, como se dice; pero tambien es cierto que, si no se hubiera visto que la inflamacion cedía, la sangría hubiera sido mayor.

La reaccion inflamatoria social se comportó delante de la medicina política aplicada, como lo hacen las reacciones inflamatorias comunes: fué comprimida, mas no curada la dolencia; pues la funcion electoral quedó paralizada.

El mal pasó al estado crónico.

¿Cuál fué entónces el remedio opuesto a esta faz del mal? ¿Cuál fué la actitud de nuestros empíricos políticos ante tan grave emerjencia?

Hubo entónces como una consulta entre los prohombres de la política, que pretendían restaurar al enfermo; pero fué consulta a puertas cerradas, de modo que el mismo enfermo, el pueblo, no se enterara de lo que

ocurria, ni del apuro de la agotada ciencia de sus médicos políticos; y de allí salió la célebre fórmula de la *abstencion.*

¡ La abstencion ! es decir la inmovilidad.

Es verdad que se le agregó el ingrediente de *activa*; pero, tambien es cierto que así como dos fuerzas iguales y contrarias se neutralizan, así un poco de actividad y otro tanto de abstencion, tienen que dar por resultado la inmovilidad, o un disparate absurdo, a eleccion.

Como quiera, se recetó el reposo del órgano electoral; el abandono de los atrios, y, con ellos, de la única forma de actividad que empezaba a hacernos entrar en la vida institucional propuesta en la Constitución.

Y ¿ en virtud de qué principios o de qué simples conveniencias se adoptó aquella increible resolución ?

No lo sabemos aun. El empirismo político, lo mismo que el empirismo médico, no da

razones: uno y otro se pronuncian siempre imperativamente, sea a la cabecera del enfermo, sea delante de los destinos de un pueblo.

Lo único que sabemos es, que la razon, la ciencia y la esperiencia no podían aconsejar un tal temperamento.

La razon, la ciencia y la esperiencia enseñan que el reposo de una funcion, sea individual o social, trae la estincion de la misma funcion. No de otro modo se esplica el caso vulgar de los individuos que, obligados por un accidente a guardar inmovilidad durante largo tiempo, se encuentran con que, al fin, han perdido el uso de sus piernas, si quieren de nuevo entregarse a la funcion de la locomocion. No tiene otro significado la lei, espresada por Lamarck, de que, «el empleo frecuente y sostenido de un órgano cualquiera fortifica poco a poco este órgano, lo desarrolla y lo engrandece; miéntras que la

falta constante de uso del mismo órgano, lo debilita insensiblemente, y concluye por hacerlo desaparecer ». En fuerza de esta lei orgánica (que lo es tambien social) los ojos de ciertos animales, cuya existencia se desarrolla en la oscuridad, se atrofian y desaparecen; ó en el caso contrario, cuando el ejercicio se aumenta, los dedos del ciego, como se dice vulgarmente, *adquieren vista*. De igual modo, todo aumento de funcion en el órden social, trae un aumento de eficacia en la funcion; mientras que la supresión de su actividad, trae necesariamente su abolicion.

Así, no es estraño, que la funcion electoral de la República, sometida a ese injustificable tratamiento de la inmovilidad, se encuentre hoi completamente paralizada o abolida; y que, despues de 17 años, cuando todos, en un acto de buena voluntad, la hemos llamado a la actividad para elejir un Presidente, no nos haya podido dar, sino un

acuerdo: algo que será mui bueno, pero que no es una eleccion.

Este es uno de los casos en que puede decirse con De Greeff que: la ignorancia política de las clases que se llaman dirijentes, es mucho mas peligrosa que las reivindicaciones instintivas.

Probablemente habríamos tenido un resultado mui diferente del de la paralizacion completa de la funcion electoral, si se hubiese atendido el consejo de la ciencia, que tambien lo era entónces la voz del derecho; si se hubiese empleado el estímulo, la electrizacion de la funcion, escitando a los ciudadanos al átrio, y aun a verter allí la sangre que malamente derramaron en otra parte.

Esta opinion no es una simple conjetura; sino una verdadera probabilidad, fundada en la lei citada; lei que enseña que todo aumento de funcion trae un aumento de estructura, y que, por lo tanto, toda tentativa en

el sentido de la actividad es un paso mas dado para garantir mejor el ejercicio de esa misma actividad. El primer pinino que da el niño, abre el camino al segundo, y así sucesivamente; sin que le sea dado saltar del primero al andar corrido o regular.

Transcurridos seis años despues de aquel atentado electoral, el año 80, con motivo del nuevo ciclo de integracion del cuerpo político, prodújose otra vez la *obstruccion electoral;* segunda edicion del año 74. Esta vez como la otra, encendióse la reaccion popular, en virtud de misma fuerza medicatríz de la anterior, y como aquella, fué dominada tambien por las *sangrías de los Corrales* y la compresion de la fuerza armada; y tambien, como en el primer caso, se impuso el consabido tratamiento de la *abstencion.*

No nos hemos detenido al acaso sobre estas dos fechas: el 74 y el 80. Estas dos fechas tienen un rol importantísimo en la in-

vestigacion de las causas que tuvo la crísis del año 90.

En ellas, por dos veces, encontramos suprimida de hecho la actividad electoral de la República: herida de muerte esta preciosa funcion, que, en nuestra trama institucional, ha sido como el punto de la media, el cual, una vez desatado, permitió que se desatasen los demás puntos del tejido, y que, de ese modo, marchásemos hácia la oprobiosa desorganizacion de 1890, mostrándonos que «el profundo encadenamiento que liga a las leyes de la vida con las leyes morales, en que estas tienen sus raíces, es tal, que la transgresion de unas trae aparejada la perturbacion de las otras».

Despues de esas dos fechas, el 74 y el 80, llegamos al ciclo electoral de 1886.

Esta vez, como las anteriores, la integracion electoral del cuerpo político se hace de un modo anormal porque la funcion electo-

ral continúa suprimida. Sin embargo, la reaccion inflamatoria, la revolucion, no se produjo como en los ciclos anteriores.

¿Por qué?

¿Qué vino a interrumpir esta relacion constantemente observada en los periodos anteriores, en que la funcion política interceptada fuera fatalmente seguida de la reaccion salvadora?

Dos causas concurrieron para que la eleccion de 1886 apareciese sin el agregado de la subsiguiente protesta armada.

La primera de esas causas, fueron los seis años de la Presidencia anterior, que, conquistada por la fuerza de las provincias armadas actuando contra la resistencia de un mal candidato porteño, establecieron un régimen presidencial enteramente militar, que, en el momento electoral, nos hizo ver en diversas partes del cuerpo del pueblo las equímosis causadas por el remington, asen-

tado allí durante seis años consecutivos.

La segunda causa de esa aparente regularidad electoral, consistió en la proximidad de un fenómeno que, por su magnitud y sus múltiples violentos efectos, ha conseguido predominar sobre los otros síntomas que caracterizaron la catástrofe del 90, y que le ha dado sn nombre: *la furia de improvisar fortunas.*

Las escasas actividades que pudieron rehuir la presion de la Presidencia militar, no fueron capaces para formar la reaccion; y ellas, lo mismo que las dominadas ya, cedieron al impulso de la vorájine financiera, que arrastraba a una mayoría del pueblo, hácia la ruina pública.

Las actividades electorales, en esta circunstancia, llamadas a ese nuevo campo de accion, abandonaron su antiguo cauce, como las aguas de un rio que se ve detenido en su curso, y que se abre paso por donde se lo franquean.

Las actividades públicas, desalojadas de su juego electoral, fueron a ejercitar su accion en el campo del mercantilismo. Y no se diga que ellas pudieron quedar dormidas o en estado latente; porque, así como las fuerzas físicas no se destruyen, y sí solo se transforman; así tambien, las actividades sociales, que son las fuerzas sociales, no se destruyen, sino que se derivan o modifican.

En efecto: la misma Provincia de Buenos Aires, que, en el 74 y el 80, formó el núcleo de la resistencia, tomó entónces la nueva direccion hácia el Dorado sueño de la fortuna rápida e incalculable; y sus hombres públicos marcharon en la delantera, como batidores, en ese camino del dinero, viéndoseles decretar y crear de improviso, para servir la pasion de la época, toda una ciudad de palacetes y monumentos, que, por una intuicion reveladora, bautizaron con la palabra concreta del nuevo credo: *La Plata.*

El nuevo cauce por donde se lanzaban las actividades distraídas de todo otro curso, tenía una pendiente rápida, irresistible; y así fué que de un golpe entró toda la masa.

Y no era para menos: la tentacion era capaz de hacer milagros. De un salto se iba al fin de todas las ambiciones: bastaba asomarse y decir que sí; bastaba hacer la profesion de fé del *incondicionalismo*, para obtenerlo todo.

Ya no se necesitaba recorrer el largo y penoso camino del estudio y del trabajo; pasar por las mil pruebas de la honradez y de la competencia, ni sufrir el enojoso e ingrato control del sufrajio popular, para alcanzar las dignidades públicas; ni tampoco era necesario la paciente accion del trabajo, ayudado del tiempo, para alcanzar fortuna.

Los puestos públicos y jenerosos créditos esperaban allí a los osados, que quisieran tomar el nuevo camino. Los bancos oficiales

abrían de par en par las puertas del crédito para el primero que llegase con el santo y seña de la nueva política. Los Gobiernos ensanchaban el cuadro de los Presupuestos para engrosar el caudal de la corriente sobre que se deslizaban sus bajeles. Los empréstitos se levantaban a porfía, y llovían las concesiones enormemente lucrativas.

« Un hecho ha quedado en pié y prominente, en esta orjía financiera: los arjentinos no hicieron mas que seguir los preceptos de sus presuntos mentores. Sometidos a la tentacion, cayeron en ella. Su codicia fué congraciada en grado irresistible, y es de justicia agregar que hasta las personas honradas y juiciosas se deslumbraron con la súbita prosperidad aparente, y se creyeron que era cierta y duradera.

« Mientras estas orjías se estaban celebrando en el mercado de la especulacion de tierras, no era de suponerse que los Gobiernos

nacional y provincial se mantuviesen ociosos, resistiéndose a la tentacion de levantar nuevos empréstitos en Europa. Una gran ráfaga de prosperidad soplaba sobre la Arjentina. Las obras públicas se erijían por todos lados, y muchos planes de indudable lejitimidad, se presentaban al Gobierno para desarrollar los recursos del país. Los promotores de empresas y los banqueros europeos se les presentaban sombrero en mano y en mútua competencia, a fin de obtener concesiones de ferro-carriles, de puertos, de acueductos, tramways, mejoramientos urbanos, y en fin, toda suerte de empresas públicas. Los *doctores* se apresuraron a aprovecharse de las espléndidas oportunidades que tan tentadoramente se les estaban ofreciendo, y dieron riendas suelta a sus caprichos financieros. Otorgáronse a centenares las concesiones, y a docenas se autorizaron los empréstitos. En la carrera hácia la

fortuna, tomaron parte las Provincias todas. Dos terceras partes de los Gobiernos provinciales y una turba de municipalidades ensayaron la mano en estraerle al estranjero lo que este parecia tan ancioso en soltar. En cortisimo plazo, los empréstitos alcanzaron cifras imprevistas; de tal modo, que mientras los empréstitos de la República, efectuados en los mercados europeos durante los años 1882 y 1885, fueron a razon de unos 3 a 7 millones de libras por año, en 1886 subió súbitamente a cerca de 13 millones. En 1887 los empréstitos totales llegaron a 14 millones de libras y en 1888 a no ménos de 36 millones. A esto siguió uno de 29 millones en 1889, y otro de 5 millones en 1890. Las Provincias se empeñaron en deudas tambien por diversas sumas. Buenos Aires, por supuesto, se puso á la cabeza de todas. » (John Procter).

A estos recursos de los empréstitos este-

riores, hechos con el pretesto de precipitar un porvenir brillante para el país, y que, en realidad, se traducían en los despilfarros, con que nuestros Gobiernos componían el brevaje que sostenía el delirio burocrático, se agregaban las emisiones de cédulas hipotecarias y de billetes bancarios.

«Los Bancos hipotecarios se encontraban completamente en manos de Camarillas políticas, y buen cuidado tenían las Autoridades gubernativas de favorecer a sus propios partidarios. No era difícil para un partidario del Gobierno que se hallaba en el poder, conseguir fondos sobre propiedades completamente destituidas de valor. Los pantanos y los llanos salitrosos tenían tanta aceptacion como las estancias mejor cuidadas, con tal que el propietario perteneciese á la Camarilla política.

«Hasta 1887, las distintas emisiones hechas por los bancos hipotecarios Nacional y

de la Provincia se limitaban a un total comparativamente moderado. Por todo, sumarían unos cien millones de pesos, de los cuales tocábale al Banco de la Provincia la responsabilidad por unos setenta millones. En 1887 fué, cuando la inflamacion del mercado de las cédulas comenzó de veras.

« Una de las séries, la P, que importa setenta millones de pesos, fué repartida en Buenos Aires entre veinte y siete solicitantes. Cada nueva série se vendía a mayor descuento; pero eso no estorbaba a la oferta ni a la demanda. ¡Tal era la manía reinante a la sazon por esos títulos! Sostenían las jentes que detrás de los Bancos hipotecarios encontrábase la garantia de los Gobiernos nacional y provincial respectivamente: de modo que las cédulas fundadas sobre propiedades raices eran aun mejores que los bonos gubernativos. Como los Gobiernos eran los que emitían las cédulas, decían, buen cuidado tendrían de

que no se otorgaran sobre propiedades malas. Lo cual era raciocinar perfectamente, si los Gobiernos fueran honrados.

«Mas, el confiado comprador de cédulas no se cuidaba de sondear la arteria. Nada sabía él de los impúdicos fraudes que a cada hora se estaban perpetrando en todos los departamentos de la Administracion pública. Nunca pudo él concebir que fuese posible la corrupcion, que se estendía desde el mas alto al mas bajo de los funcionarios de la República. El auje de la pompa de las cédulas, se alcanzó en 1888; y se calcula que, al fin del año siguiente, el importe total de estos bonos en circulacion era de 400 millones de pesos. La situacion actual del Banco hipotecario de la Provincia y de las cédulas, se revela por los últimos telegramas, en donde se advierte que el Banco no puede pagar mas que el 40 por ciento de los cupones en efectivo; es decir en moneda de papel.» (John Procter).

En resúmen : el incauto que habia colocado su dinero efectivo, o su propiedad territorial, en estos títulos, se veía defraudado al fin en un 60 por ciento de su capital. Mas: si se tiene presente que el 60 por ciento no se reembolsaba en moneda metálica, sinó en moneda papel, con una depreciacion al rededor de 350 por ciento, se verá que, en resumidas cuentas, no alcanzaba a percibir mas que un 20 por ciento de su capital. El Gobierno o los Gobiernos, por arte diabólica, hacian o dejaban pasar el 80 por ciento restante a manos de los suyos, de los que nadan tenían, y tomaban papel o cédulas contra los que habían tenido dinero o propiedades.

Segun estos cálculos, y tomando por base la cifra de 400 millones emitidos en cédulas, la fortuna individual invertida en estos títulos se veia despojada de 320 millones! La prestidijitacion oficial había operado, por medio del mecanismo de los Bancos Hipoteca-

rios, una pronta y maravillosa traslacion de la fortuna pública de manos de sus lejítimos poseedores a manos de sus ilejítimos poseedores por el monto enorme de aquella cifra!

De igual modo y a idéntico resultado, nos condujeron los Bancos privilejiados de emision.

Véase lo que dice al respecto la Comision del Banco Nacional, compuesta de los señores Vicente L. Casares, presidente, Amancio Alcorta, Márco Avellaneda, Juan Blaquier y Francisco B. Madero, en su memoria correspondiente al año de 1890:

«Los bancos oficiales han sido, sin duda, los factores principales de toda esta época de errores y despilfarros, y por eso los partidos dominantes se creían amenazados si la debilidad, el engaño, o el desórden no dominaban esas fuentes de todas las influencias oficiales. El dinero era el medio de ganar voluntades, de relajar los resortes morales...

El comercio, la industria y todas las fuerzas vivas de la riqueza, no merecían la proteccion de los bancos, y los políticos, los especuladores y los administradores eran los preferidos que absorbían los dineros en sumas asombrosas, mientras que para los otros se guardaban promesas ilusorias.

« El Banco ha marchado en un íntimo consorcio con el poder ejecutivo y con su politica, y este consorcio ha influido decisivamente en todas sus medidas.

« Préstamos a miembros de los poderes públicos y a personas de órden principal o secundario en la política militante, que no estaban en relacion con sus negocios ni con sus medios de satisfacerlos y cuyos documentos estaban en gran parte abandonados en la cartera.

. . . . . .

« Un alto funcionario se acercaba á las puertas del banco, ordenaba la entrega de una

gruesa suma a determinada persona y se cumplía esa órden con perjuicio del establecimiento...

« El Dr. Velez Sarsfield, cuya penetracion es conocida, decía a los directores de este mismo banco y a propósito de la distribucion que debía hacerse de las llaves del tesoro: « no discutan tanto sobre esto: los bancos no se roban con llaves, se roban con firmas. »

Lo que estos bancos distribuían así a manos llenas en las filas de la falanje política, lo reponían con la impresion de billetes. « Es casi imposible decir ahora cuál es el importe total de papel en circulacion. Calcúlase aproximadamente que sea de 250 á 300 millones. Ni los mismos funcionarios gubernativos son capaces de dar cuenta exacta de esto; en vista de que se han hecho emisiones clandestinas por casi todos los bancos oficiales; distinguiéndose en esto hasta el mismo Banco Nacional. »

El mismo Gobierno se encargó de quitar el único clavo que trababa el engranaje de estas máquinas de litografía: eximió a los bancos del deber de guardar el encaje en oro que, segun la lei de los bancos libres, debía guardar en las cajas para responder a la circulacion fiduciaria.

En 1884, como una consecuencia de este fraude de retirar los encajes metálicos, el billete comenzó a despreciarse, y vino la inconversion. Los 100 pesos oro llegaron, en los años subsiguientes, a cambiarse hasta por mas de 400 papel. El industrial, el agricultor, el ganadero, etc., todo el que había llevado a los bancos oficiales el importe de su trabajo, se vió, de la noche a la mañana, poseedor únicamente de la cuarta parte de su fortuna. Como en el caso de los bancos hipotecarios, la fortuna individual, ganada lejítimamente, había pasado a manos de los hombres politicos, en la porcion de un

75 por ciento, por obra y gracia de los bancos oficiales con privilejio de emision. Es decir, tomando como monto de la emision la cantidad de 300 millones, 225 habían pasado a otras manos.

Este despojo no carece de antecedentes en la vida política arjentina. Ya, en 1867, nos encontramos con que nuestro peso no valía mas que cinco centavos: pero esa depreciacion no fué un golpe repentino y teatral, sino la obra de cerca de cincuenta años de un réjimen detestable.

Si en otros tiempos semi-bárbaros se hacía política, marcando vacas, en estos, mas refinados, se ha hecho marcando billetes.

El sistema no cambia: únicamente cambia la materia en que se opera.

Aún hoi, cuando puede pensarse que estamos en plena convalescencia del tremendo derrumbe, de nuevo se levanta el mismo mónstruo, bien que bajo otro nombre; pero

que, no por eso, dejará de devorarnos como los anteriores: el *Banco de la Nacion Arjentina.*

Sin embargo, es de desear que la lentitud con que se suscriben sus acciones, sea siquiera un indicio de verdadero escarmiento, que haga trepidar en entregar el fruto del trabajo honrado al gran vampiro oficial.

Quizá todos, pueblo y gobierno, sentimos por él ese temor repulsivo que esperimenta el ave ante la serpiente que ha de devorarla; y, a pesar de ello, todos nos aproximamos: los unos, movidos tal vez por el deseo secreto de la natural codicia, que se promete las caricias de sus favores; y los otros, por que quizá creen firmemente que no puede gobernarse sin banco; sín esa máquina poderosa que, con sus palas de papel, espuma la fortuna pública, y amasa con ella el combustible que hace andar ciertos gobiernos; y, hasta cierto punto, estos tales no carecen

de razon: pues, aquel motor subsistirá, miéntras la popularidad o la comfianza no lleguen a ocupar su lugar.

Es posible que se nos tilde de ser demasiado severos en nuestras apreciaciones; pero, aunque así fuese, habría que tener presente que en las épocas de *pan* y *circo*, de las cuáles estamos todavía lejos de haber salido, solo la verdad, la verdad cruda, puede hacernos medir la profundidad del abismo de descomposicion, en que habíamos caido, y hacer nacer en nosotros, por la contemplacion de nuestros desastres, un sentimiento de horror, que nos traiga una cura viril.

El mal de nuestra situacion era por demás grave y complejo.

El deseo de enriquecer se convirtió en furor de hacer fortuna, y el furor de hacer fortuna, aguijoneado por el esfuerzo natural de las impacientes ambiciones, en el delirio insaciable del juego. Se jugó a

la alza de las tierras, a la del oro y de los títulos; se jugó en los frontones y en los hipódromos; se jugó á los naipes (que es la mas ruin forma del juego), como jamás se ha visto en parte alguna del globo; y, en fin, aunque parezca increible, el hijo de un gordo proveedor, que acababa de recibir treinta mil pesos en Tesorería, los jugó sobre una mesa del despacho oficial, tirando una caja de fósforo como se tira la taba.

De tanto dinero amasado tan fácilmente en un empleo pingüe, en una concesion lucrativa, en un descuento jeneroso del banco, en una especulacion inerrable de gruesa ventura a las tierras, a los títulos, al oro, a cualquier cosa, viéronse surjir repentinamente maravillas del lujo en los teatros, en los paseos, en las fiestas. La rueda de la fortuna jiraba tan vertijinosamente, que producía la ilusion de llevar a los individuos en sus rápidas vueltas tan luego de los oscu-

ros fondos sociales a las alturas de la opulencia, como trayéndolos luego a su miserable punto de partida.

Para colmo de desgracia, no hubo freno capaz de contener, ni aún de moderar aquel movimiento casi frenético.

El sentimiento relijioso y el sentimiento moral habían desaparecido, o, cuando menos, eran de todo punto impotentes para influir sobre la universal obsecacion, y, en cuanto al poder de la lei, sabido es que su voz no se oye jamás en el estrépito de semejantes perturbaciones.

El aspecto que presentaba entónces la República ofrecía relieves y sombras que no es posible describir ni pintar, aún ahora, que tan cerca estamos de los sucesos, y en que las impresiones están vivas todavía y duran aún los latidos de la emocion que causaron.

Mucho se ha dicho del estado de la Francia, cuando la Corte de Napoleon el Chico

desparramó á manos llenas la corrupcion, en cambio de la libertad arrebatada. Pero eso, por mucho que sea, no alcanza a dar una idea aproximativa siquiera del frenesí arjentino: el vértigo tenía allí un espacio reducido y estrecho; aquí carecía de límite; allí se especulaba con escombros; aquí, con cientos de millones!

El desenfreno entre nosotros no tuvo límites: todo lo invadió, y todo lo pospuso al furor de improvisar fortunas.

El abuso del crédito, el abuso de este alcohol de los organismos sociales, tan profusamente servido y brindado por el Gobierno, derivó las actividades arjentinas del campo electoral y de todo trabajo honrado, precipitándolas todas en aquel frenesí económico; del mismo modo que la copa de aguardiente, repetida *ad libitum*, deriva las actividades conjestivas de ciertos órganos, lanzándolas en el delirio de los centros cerebrales.

Y no se diga que esta comparacion entre el abuso del crédito y el abuso del alcohol, es una mera paradoja.

La semejanza es completa.

El abuso del crédito en la sociedad es perfectamente análogo al abuso del alcohol en el individuo: uno y otro tienen la misma manera de actuar, y ambos tambien conducen a los mismos resultados.

Si en la sociedad el crédito es un estimulante de la produccion, el alcohol es tambien un estimulante de la nutricion del individuo.

A favor del crédito, la produccion ensancha sus proporciones o se levanta de sus caídas, cuando ciertos accidentes han comprometido su existencia.

El alcohol aumenta tambien la nutricion en el individuo, haciendo que la *injesta* de elementos necesarios a la existencia *supere* a la *excreta*; o, cuando las fuerzas han decaido, ayuda a levantarlas.

Ambos, el uno en las unidades sociales, y el otro en las células orgánicas, aumentan la vitalidad, estimulan el juego de sus actividades funcionales.

Todo el mundo sabe que el momento para usar el alcohol con provecho, bajo cualquiera de sus formas, es el de las comidas, cuya dijestion y absorcion se necesita facilitar.

Lo mismo sucede con el crédito, cuyo uso es oportuno, cuando el comercio o una verdadera industria lo reclaman.

Fuera de esas circunstancias, el uso de uno y otro, es dañoso, y el abuso produce efectos desastrozos.

El abuso del alcohol ajita las actividades celulares en pura pérdida, en el temblor nervioso, concluyendo por desgastarlas y llevarlas al aniquilamiento de la caquexia.

El abuso del crédito, por su parte, no teniendo por objeto impulsar una industria

[illegible] un comercio lícito o cualquier [illegible]o honrado y útil, estimula las se- [illegible] en el sentido estéril del ajio, de la [illegible] otras especulaciones semejantes, [illegible]n y destruyen las fuerzas de pro- [illegible] y conducen a un pueblo a la perver- [illegible] ruina.

[illegible]ro vicioso y funesto de nuestras ac- [illegible], tomó fuerza torrencial desde el [illegible]o en que el Gobierno le quitó los [illegible] que lo sujetaban, sancionando el cur- [illegible]oso del papel y otras medidas de fran- [illegible] e impunidades, y nos llevó irremisi- [illegible]te a la gran borrachera política del [illegible] todo lo descompuso y todo lo des- [illegible] comercio, industria, vida pública, [illegible]dades, hábitos y [illegible] movimiento i[illegible]

profusamente, por la imposibilidad de hacer mayores emisiones de papel, por el fracaso del proyectado empréstito en el estranjero, o porque no fué posible realizar en Europa la venta de 24 mil leguas de tierras públicas.

Ese momento fué para nosotros como el despertar de una noche de orjías, en que las copas están exhaustas, los miembros rotos, y la bancarrota a la puerta de todos, gobiernos y gobernados, y en que la luz providencial del dia ilumina nuestro pasado vergonzoso y hace surjir en el corazon de todos un sentimiento de reaccion hácia la moral y el buen sentido.

El gobierno mismo, recuérdese, pretendió cambiar de rumbo y ponerse al frente de la reaccion salvadora; pero la consecuencia fatal del vicio se lo impidió. Como se dijo entónces: « no se podría sacrificar á los amigos por dar satisfaccion á los estraños ».

Pero, esta tentativa de enmienda, real o

simulada, no alcanzaba al pecado orijinal e inveterado de la *obstruccion* electoral: el candidato oficial impuesto tenía ya un nombre que todos repetían.

Las actividades nacionales, privadas del estímulo que las tuvo distraídas en el jiro vicioso de tantos años, volvieron nuevamente al juego natural de sus fuerzas; y encontrándose una vez mas frente a la obstruccion electoral, se produjo otra vez, en Julio, el movimiento de reaccion análogo al de los años 74 y 80.

En esta época memorable del 90, volvió a encenderse, ante la obstruccion para el próximo período electoral, la reaccion reparadora de los elementos sanos contra los elementos enfermos o de desviacion.

Y, en esta ocasion, el caso nos ofrece una nueva prueba de cómo los procesos reactivos de los organismos sociales siguen el mismo curso y llegan a iguales terminaciones

que los de los organismos individuales.

En los años 74 y 80, la inflamacion o reaccion local, se termina por *resolucion*, que es una de las terminaciones ordinarias de estos accidentes; sobre todo, cuando no se ha formado todavía *supuracion*. La funcion electoral comprometida, no fué sin embargo restablecida; porque en lugar de estimular el ejercicio del aparato, se le inmovilizó con el entablillado de la *abstencion*.

En el acceso del 90, a pesar de haberse empleado el mismo tratamiento que en las veces anteriores, a saber: las emisiones sanguíneas del Parque; el sistema antiflojístico de Broussais, y la compresion de la fuerza; el proceso morboso no se terminó por resolucion, sino por lo que se llama por *supuracion*. Es decir: las filas de los tejidos se abrieron por un movimiento natural de repulsion, y dejaron caer el núcleo dejenerado y completamente inapto y corrósivo

para la vida orgánica del conjunto: el *leucocito del pus*.

Para que la analojia sea mayor, no faltó esta vez ni el síntoma del chucho o escalofrío, que, en los casos que se terminan por supuracion, y que, en el que analizamos, podría compararse con el enfriamiento o el movimiento de despego que se notó en el Congreso en las filas de los amigos al dejar caer al Presidente.

¡Ojalá que los progresos de la ciencia médica nos hubieran iluminado ya los secretos mas íntimos del proceso de la inflamacion en el cuerpo humano! Encontraríamos, entónces, entre este y el proceso de la reaccion social o política parecidos preciosos, que vendrían a demostrarnos de un modo evidente la verdad, apenas esbozada, de que las leyes que mueven el mundo social son las mismas que en un todo mueven el mundo orgánico! Ambas parten de un tronco comun

que se llama la unidad de las fuerzas de la naturaleza; y, si se diferencian en sus ramificaciones, es únicamente por la diferencia de los agregados orgánicos o super-orgánicos, que las penetran, y por la mayor o menor integracion de sustancia, que componen esos dos estados.

Aún con estas luces deficientes, se encuentran similitudes evidentes entre el proceso, orgánico y el proceso social patolójico.

En el proceso esterno de la inflamacion, que cualquiera ha tenido oportunidad de observar, se nota primero el núcleo central de tejidos endurecidos; despues la hinchazon en las partes circunvecinas; y por último, el aumento de calor y el dolor, que corresponden a la mayor actividad vital y a la compresion de las partes adyacentes.

Lo mismo se observa en el proceso de la reaccion social: primero, el *unicato oficial*, que corresponde al núcleo central de tejidos

endurecidos en la inflamacion del cuerpo individual; en seguida, la concentracion a su alrededor de los elementos sociales (los de la Union Cívica, por ejemplo) que corresponde a la hinchazon de las partes circunvecinas, que, como se dice vulgarmente, *trabajan el mal*; y por fin, la exaltacion de sus intentos, que puede compararse con la mayor vitalidad apuntada, y sus quejas, que espresan bien el dolor acusado por aquellas.

Luego, respecto de lo que pasa en el interior del proceso inflamatorio corporal, encontramos que la descripcion que hacen de él los libros de patolojía, pudiera ser mui aplicable a los procesos sociales. Dice el Dr. Bouchard: « Por efecto de una causa mecánica (la obstruccion para el caso social del 90) los *leucocitos* salen de los vasos (como las unidades sociales salen del camino regular). Estos leucocitos, aun extravasados así pueden ser solamente células emigradoras

inofensivas; que, siguiendo la peregrinacion de las vias linfáticas, pueden entrar nuevamente en el torrente circulatorio y en la vida corporal. Los elementos celulares estravasados son absorbidos, la circulacion se restablece y la induracion desaparece, volviendo todo al estado normal. »

Pero, cuando los leucocitos se han impregnado, en su camino, de ciertas bacterias o microbios, que se llaman *piojénicos* (formadores de pus), entre los cuales se nota el *estafilococus blanco* y el *estafilococus anaranjado,* y el *estreptococo,* entónces, los leucocitos no son ya simples, sino que se descomponen, y dan lugar al pus, que corróe, disgrega los elementos que lo rodean, y escapa al esterior, dándonos la terminacion por supuracion, por eliminacion del núcleo de tejidos enfermos: por la radiacion de la vida pública del *unicato.*

Uno de los modos cómo se terminan las

inflamaciones leves, es el *fagocitismo*. « El *fagocitismo* basta frecuentemente para triunfar de los microbios piojénicos poco virulentos. Ciertos elementos segregan materias vacunantes. Estas materias llegan a cambiar la nutricion de una manera durable. El medio viviente no será ya químicamente lo que era antes : se hace en seguida mas o ménos favorable a los microbios.

« Si el medio es menos favorable, es el estado bactericida (de muerte de las bacterias) : es la condicion que crea la inmunidad. En este medio bactericida, el microbio se atenúa.

« Si el medio viviente se hace mas favorable al microbio, sobreviene la agravacion, la jeneralizacion de la infeccion. »

La semejanza es completa con lo que pasa en la sociedad.

Ordinariamente, en los casos leves, la prédica de ciertos elementos sociales, cambia la

condicion moral del medio; el medio se hace *bactericida,* es decir, desfavorable al desarrollo de los malos elementos, y esta condicion basta para que los elementos sanos triunfen de aquellos, y para que el todo entre en el estado normal.

Mas: si el medio es favorable al desarrollo de los malos elementos, sobreviene la agravacion, y la corrupcion se hace jeneral.

En la elaboracion de estos procesos, no se puede desconocer, por tanto, la parte que le corresponde al medio social. Spencer nos dice ya, al respecto, cómo no habría tiranías si no hubiera quienes las sostuviesen; y, en las letras arjentinas, como algo que corrobora esta manera de ver, toma cuerpo y crece la opinion que lleva a pensar que, hasta la tiranía de Rosas, fué el resultado de las condiciones sociales de la época.

En efecto: en la jerminacion de los malos gobiernos, la semilla de la mala conducta

cae constantemente sobre el terreno; si este le es desfavorable, perece; si, al contrario, le es favorable, estiende sus raices y saca de él la sávia necesaria para dar sus frutos de perversion.

En nuestro caso social del 90, la infeccion, desgraciadamente, debía ser jeneral, y debía haber invadido hasta los puntos mas estremos del cuerpo político de la República; pues, eliminado el núcleo central, siguieron, sin embargo, produciéndose, en el interior del país, sacudimientos que correspondían a otros focos esparcidos por la superficie del Estado. ¿Apuntaremos los nombres de los sitios? No es necesario: todo el mundo los tiene en la memoria. En este momento mismo en que escribimos, la esplosion tardía de uno de ellos atrae la atencion de toda la República, y no es decible cuantos mas nos será dado presenciar.

Este estado de los organismos, en que no

se opera un restablecimiento franco, y en que la vuelta al estado normal se ve combatida por accesos repetidos, suele ser de notoria gravedad, en cuanto impide la rehabilitacion de las fuerzas, y crea, por tanto, el peligro del aniquilamiento.

¡Cuánto no influye, en semejantes casos, en el sentido de la rehabilitacion de la salud y la vida, la introduccion de elementos sanos y reparadores!

Siguiendo esta veta riquísima de las analojías entre las leyes vitales y las sociales, que son tambien leyes vitales, pues emanan de la vida, hemos de encontrar que el organismo social, del mismo modo que el individual, tiene su hijiene, y que, así como al tratarse de la *ingesta* en este último, la ciencia que trata de la conservacion de la salud, da los caracteres de las sustancias propias o impropias para la conservacion de la vida del cuerpo, de igual modo, la sociolojía ha de

darnos los lineamientos de las unidades o individuos propios o impropios para la conservacion y el progreso de la vida del cuerpo social.

Desde luego, tratándose de la hijiene individual, la química ha prestado servicios importantísimos: ha analizado las sustancias adecuadas para la conservacion del cuerpo, y ha encontrado en ellas caractéres de composicion, como en las azoadas, que son un indicio precioso para conocer las propiedades simpáticas a la integracion orgánica de la vida. En la vida diaria, en la eleccion de esas sustancias propias para la conservacion corporal, nos guía como un consejero seguro la esperiencia aprendida o el instinto, que es la esperiencia heredada: pues solo el hombre ha hecho que el hombre, para librarse de las sustancias nocivas, tenga que apelar algunas veces al consejo de la oficina química municipal.

Estos dos órdenes de sustancias, las benéficas y las nocivas a la conservacion de la existencia, tienen una índole diversa, bien marcada. Las sustancias benéficas, puestas en contacto con el aparato absorbente, son absorbidas naturalmente y asimiladas a los elementos orgánicos del cuerpo, con los cuales forman vida comun: hacen y viven su vida.

En cuanto a las sustancias nocivas, puestas en contacto con las superficies absorbentes, las penetran, es cierto, cuando no son rechazadas; pero las desorganizan las mas veces, y continúan en la intimidad de los tejidos su obra de destruccion: no hacen vida comun: viven de la vida ajena.

Estos dos órdenes de sustancias, en su manera de comportarse con relacion a la conservacion del cuerpo individual, encuentran su semejante en los dos órdenes de unidades sociales, que la sociolojia llama los

hombres altruistas y los hombres egoistas en su manera de actuar con respecto al cuerpo social.

Los hombres altruistas son eminentemente simpáticos a la conservacion social. Los hombres egoistas son con relacion a la necesidad de la conservacion social, esencialmente antipáticos o adversos.

Los primeros anteponen a su prosperidad personal, la conservacion y la prosperidad social. Su fórmula es: *vivir para los demás.*

En cuanto a los segundos, al contrario, anteponen el fin egoista de su propia conservacion, al fin altruista de la conservacion social. Su fórmula es: *vivir para sí.*

¿Cuál de estas dos fórmulas, la del egoismo o la del altruismo, es la que debe regular la conducta del hombre como elemento social, a fin de que sus acciones se adapten a un fin perfecto, a un fin moral, que asegure la mayor suma de vida

al individuo, a los hijos y al prójimo?

Desde luego, la fórmula del egoismo absoluto se elimina por sí sola; pues ella prescinde de uno de los fines del hombre, cual es la conservacion social; sin cuya condicion la vida individual se hace imposible, o, por lo menos, se vería privada de los inmensos beneficios que le resultan del estado social, desconociendo así el mismo fin que se propone del bienestar personal. «Aquel que consagre su enerjia únicamente al cuidado de sus propios asuntos, y se niegue a tomar participacion en los públicos, confiando en su aptitud para cuanto personalmente le concierne, no ve que le es imposible obtener buen resultado en sus empresas, si el estado social no es próspero, si el Gobierno es defectuoso. Que la mayoría piense como él; que las funciones públicas lleguen a ser patrimonio de aventureros públicos, y la opinion quede a merced de los demagogos; que

la corrupcion se estienda a la administracion de justicia, y torne habituales las transacciones políticas fraudulentas: entónces, la nacion, en general, y, especialmente los que nunca han pensado en hacer el menor sacrificio por la sociedad, sentirán terriblemente el peso del castigo.» (H. Spencer).

Por otra parte, la fórmula del altruismo absoluto es tambien inaplicable. Al primer paso que se intentara en el camino de ponerla en práctica, nos encontraríamos con la dificultad insuperable que nos opone la exijencia natural de que *antes de servir hai que vivir*, o lo que es lo mismo, que antes de poder ejercitar la fórmula altruista, es necesario haber pasado por la fórmula egoista. En efecto: «los actos mediante los cuales se conserva la propia vida (actos egoistas) deben ser antepuestos a aquellos otros altruistas solo posibles mediante la conser-

vacion de la vida. » Si así no sucediera la vida misma llegaría a estinguirse y desaparecer de la superficie de la tierra.

Si estas dos fórmulas, que hemos rechazado sucesivamente en lo que tienen de absoluto y esclusivo, no encierran separadamente la regla de la conducta humana, no sucede así con las dos fórmulas combinadas, con un cierto egoismo doblado del altruismo, que encierra y concilia en sí los dos fines de la vida: la felicidad individual, y la felicidad social, de que es dependiente a su vez la primera.

Esta regla de la moral individual ante la sociedad, es, ni mas ni menos, que la lei del funcionamiento de las unidades orgánicas delante de la vida corporal: a la vez que encuentran en ella el libre ejercício de sus actividades propias, conservan la existencia del conjunto, y los dos fines, al parecer antagónicos, el de las unidades y el del todo,

se funden en el fin comun de la conservacion del compuesto.

Lo que pasa en la vida orgánica del glóbulo rojo, que es una de las unidades mas características de la organízacion individual, nos da un ejemplo de esta aleacion del egoismo y del altruismo. El glóbulo rojo, ántes de ser tal, y de llegar a ese estado que puede llamarse en él estado de madurez, ha sido primero sustancia orgánica, despues quimo, luego quilo, y, por fin, glóbulo blanco. Durante todo el tiempo que ha sufrido esta preparacion, no ha realizado sino operaciones egoistas de integracion o composicion orgánicas, poniendo a su servicio diversas funciones corporales jenerales; hasta que, introducido en el torrente circulatorio, provisto de todos los elementos y cualidades propias de su funcion, de su *emoglobulina,* de este signo, diré así, de mayoría de edad, empieza recien a moverse en el interior de

los tejidos quemando su sustancia por medio del oxijeno que llevan los pulmones, y devolviendo así al cuerpo en calor y vida lo que del cuerpo había recibido, hasta que llega el momento de descomponerse en úrea y otras sales, sin vida ya, y ser eliminado por uno de los tantos desagües del organismo.

El glóbulo rojo, en su carrera vital, ha recorrido dos faces completamente distintas. La primera, de crecimiento, de actividades egoistas; y la segunda, de actividades altruistas, en obsequio del compuesto jeneral.

La vida del glóbulo rojo es el espejo de la vida del hombre. El hombre, jérmen aún, no es mas que un pedazo del seno materno, que ha puesto a contribucion. Niño, sigue poniendo a contribucion la cooperacion social: la seguridad, la educacion, etc.; hasta que, completamente desarrollado, con uso de razon, debe poner sus fuerzas y actividades al servicio del bien de la colectividad.

Cada jeneracion que se levanta debe la vida a sacrificios realizados por sus antecesores, durante su infancia; y es deudora de los beneficios de la organizacion social de que goza, realizados igualmente por las jeneraciones que la han precedido; y está obligada, por tanto, a llevar a cabo idénticos sacrificios en bien de las jeneraciones que la han de seguir. El mundo social, de cuyas ventajas disfrutamos, se ha formado gracias a este encadenamiento contínuo de servicios recibidos y de servicios retribuidos entre las jeneraciones que se van y las jeneraciones que las suceden. A esta justa retribucion de las ventajas obtenidas por sacrificios realizados es que la vida social debe su existencia; y si así no se hiciera, si cada uno defraudara al todo en su parte de la obligacion, compréndese fácilmente que la disolucion de la sociedad se produciría.

Vése, pues, cómo en el hombre desarro-

llado, las actividades altruistas, las acciones que redundan en provecho de los demás, deben tomar una preponderancia principal sobre los actos egoistas de satisfaccion personal.

Esta fórmula del altruismo combinado con el egoismo, como fórmula de la conducta moral del hombre en su rol de unidad social, fué promulgada 19 siglos ha por la voz de la Relijion. No otra cosa importa la palabra divina: «ama a tu prójimo como a ti mismo», que se desprendió de los labios de su Organo en la tierra. Y es verdaderamente providencial el observar hoi cómo la Relijion y la Ciencia, partiendo la una de la verdad revelada, y la otra tomando el camino de la observacion de los fenómenos, han venido, al través de los siglos, a confirmarse en el mismo código moral del hombre. Las palabras de las relijiones suelen asi encerrar la gran verdad de toda una raza.

Hoi, que los dominios de la relijion, que son los dominios de lo desconocido, se alejan cada vez mas, se hace necesario que el derruido edificio de la moral revelada, sea reconstruído con las bases de la moral científica.

Y no se crea que el altruismo, incluido en la regla de la moral del hombre respecto de sus semejantes, sea menos positivo o menos especulativo, que el mismo egoismo. Aquel que mas dió, aquel que dijo: « Tomad, este es mi cuerpo y esta es mi sangre », es quien mas ha recibido.

Así como se repite que la conducta mas hábil es la mas honrada, igualmente debe decirse que la conducta mas altruista es, en resumidas cuentas, la mas egoista.

En apoyo de esta asercion, se puede recordar el hecho de las grandes ventajas personales que se acarrea en la sociedad quien consagra su conducta al bien de los demas.

Spencer, en las palabras que trascribimos a continuacion, nos da una elocuente demostracion de esta verdad:

« Son evidentes ciertas conexiones aun mas inmediatas entre el bienestar personal y el interés por el bienestar de los otros. Reconócese esto fácilmente en las amarguras porque pasan aquellos que no logran despertar simpatia alguna, y las ventajas que obtienen los que obran desinteresadamente.

« Compréndese con dificultad que alguien haya formulado el resultado de su esperiencia, diciendo que la condicion de buen éxito en la vida son un corazon duro y un buen estómago; cuando se considera los muchos hechos que demuestran que el éxito, sin esceptuar el material, depende, en gran parte, de los buenos oficios de los otros, y es favorecido por cuanto promueve su buena voluntad. El contraste entre la prosperidad de aquellos que a ciertas aptitudes medianas

unen una índole que les gana amigos por su dulzura, y la desgracia de aquellos otros que, a pesar de sus facultades estraordinarias y vastos conocimientos, se hacen aborrecer por su dureza, o indiferencia, obligaría a reconocer siempre la verdad de que los goces egoistas se facilitan con los actos altruistas.

« Este aumento de las ventajas personales obtenidas mediante los servicios prestados a los demás, se produce solo parcialmente, cuando motivos interesados nos llevan a ejecutar acciones en apariencia desinteresadas; no se produce por completo, sino en el caso en que el acto es realmente desinteresado.

Por mas que los servicios prestados con intencion de aprovecharse algun dia de servicios recíprocos, sean útiles en cierta medida, no lo son sin embargo, de ordinario, sino en proporcion equivalente a su importancia. Los desinteresados, es decir, aquellos servicios que se prestan sin pensamiento de

equivalencia, son los únicos que producen mas de lo que equivalen. Evidentemente, por la manifestacion espontánea de una buena naturaleza se provoca en las personas que nos rodean, adhesiones, de donde nace una benevolencia ilimitada. »

Las acciones altruistas, en que hai verdadero sacrificio consciente en beneficio de los demás, son las que reditúan mas, y las que se encuentran colocadas, por decirlo así, a un interés usurario.

Actualmente, entre nosotros, se observan notables ejemplos de lo que decimos. En medio de los aciagos dias porque hemos atravesado, ha habido nombres de personas que en toda su vida pública han dado pruebas de una sincera abnegacion en pró del bien comun, que se han presentado a la esperanza de todos como la única salvacion. A ellos, « a estos hombres dignos de confianza », con una decision ciega, les hu-

biéramos dado las primeras dignidades de la República, si a nuestras manos atadas les hubiera sido permitido hacerlo. Para ellos han sido todos los honores y homenajes; y la gratitud nacional les discierne ya los laureles de Washington; sin contar con que la justicia histórica les espera como la mas preciada recompensa del hombre público, y que, aunque otorgada despues de la muerte, su sola perspectiva, en esta vida, es fuente de goces inefables.

Así, pues, el altruismo es el mejor y mas seguro camino del egoismo bien entendido. La práctica del primero nos procura mayores satisfacciones del segundo. El placer altruista conviértese en nobilísimo placer egoista.

En cambio ¿cuáles son los beneficios de aquellos que, olvidando todo fin moral, se lanzan de lleno sobre las satisfacciones próximas y egoistas, despreciando las lejanas y altruistas; que, seducidos por los placeres

inmediatos, no paran la atencion en que los sentimientos representativos y lejanos son los que conducen mejor al bienestar y felicidad individual?

¿Qué pensar de aquellos que, por satisfacer la ambicion del poder, ahogan los derechos de los demás?

De esos, solo diremos que, si escapan de algun justo castigo, no se libran de la abominacion pública, que es el peor castigo, y que, si les fuera dado recomenzar su vida publica, serían los primeros altruistas.

El altruismo, ese sentimiento de simpatía hácia los demas, ha sido el factor de la mayor civilizacion que se ha observado hasta hoi en las razas humanas. Nacido de la contemplacion de un martirio, que importaba su negacion absoluta, se encarnó en las formas poderosas de una relijion e impulsó un mundo social en la evolucion progresista moderna.

Despues de haber nivelado a su influjo los derechos del hombre; desatado las cadenas de la esclavitud; emancipado a la mujer y al hijo de la sujecion sin límites al esposo y al padre, su espíritu infatigable prosigue su marcha, ensanchando sus dominios. De la mujer y del hijo se estiende ya al grupo social próximo. De patriarcal que era en el principio, el sentimiento altruista se dilata en la ciudad primero, tomando el nombre de sentimiento cívico, y despues, en la humanidad entera, tomando el nombre de fraternidad universal. ¿Será esta la última y mas acabada forma que nos ofrezca el sentimiento social en su evolucion o desarrollo? Las ajitaciones que se sienten hoi del socialismo ¿no será el indicio de que se está incubando una nueva dilatacion de aquel fecundísimo sentimiento?

Hoi es idudable que el altruismo ha afianzado sus dominios en las relaciones del hom-

bre con el hombre, del hombre con la sociedad, y de las sociedades entre sí. En cuanto a estas últimas, es evidente que cada dia tienden a unirse mas estrechamente, desarrollando sus relaciones comerciales, e interesándose las unas en la prosperidad interior de las otras. Es un hecho innegable que las calamidades que azotan a un país repercuten en los que tienen relaciones directas con él; y que, por tanto, al ver disminuida la prosperidad de sus miembros por tales accidentes, no sufran y sientan la necesidad de un altruismo universal que nos lleve a interesarnos por el bienestar de los demás.

El espíritu altruista tiende a modificar mas y mas la índole de las relaciones internacionales entre los pueblos, impeliéndolas por el camino de los estrictos principios de la justicia. El camino recorrido se puede medir por la distancia que media entre el tipo diplomático de ayer, Maquiavelo, la

astucia feroz, y el tipo pacífico del diplomático de nuestros dias.

La guerra misma tiende a desaparecer; la guerra, que es el derecho egoista primitivo, que no se detiene entre el derecho ajeno, sino que lo destruye, comienza a ser sustituida por el arbitraje, que es el derecho altruista, que se detiene ante el derecho ajeno y lo reconoce.

En las creencias y costumbres sociales, vemos desarrollarse nociones paralelas, que denotan una análoga evolucion en los sentimientos. Desde el fidjiano, que, segun él creia, « se recomendaba a sí mismo, a su entrada en el otro mundo, con el relato de sus proezas en la guerra, y que, durante su vida, se aflijía a veces, pensando que no había degollado bastantes enemigos para agradar a sus dioses », hasta hoi, en que los talentos militares van siendo ménos apreciados, se ha recorrido, indudablemente, un gran camino.

Cuando la principal necesidad de un pueblo era la conservacion del grupo social contra las agresiones de los enemigos esteriores, los talentos militares, factores de los mayores servicios a la comunidad, eran los mas estimados. Hoi, que esa necesidad de resistir el ataque esterior ha disminuido, el aprecio por las virtudes militares ha seguido el mismo camino. La Alemania misma, apesar de encontrarse todavía bajo el réjimen del militarismo, nos mostró hace poco cómo Koch, el benefactor pacífico de la humanidad, alcanzó el título de *ciudadano de Alemania*, que no había alcanzado en vida su mejor capitan.

A medida que la conservacion de la integridad del grupo social tiende a asegurarse, por la falta de amenaza de agresion esterna y por la paz interna, las virtudes opuestas, las virtudes simpáticas o altruistas, tienden a ocupar un sitio prominente en el ánimo

público, y a ser mas veneradas las figuras de los Washingtons, que la de los Napoleones. La virtud guerrera cede su puesto a la virtud cívica.

Mucha parte de nuestras calamidades del año 90, debe atribuirse a la falta de esta nocion de altruismo en los hombres públicos que nos gobernaron; a la falta de observacion de este principio universal de la vida que, en los organismos individuales se llama la lei funcional, y que, en los organismos sociales toma el nombre de lei moral. Así, como un remedio futuro para precavernos de esos mismos males que lamentamos, uno de nuestros distinguidos abogados, el Dr. Norberto Piñero, decía, con mucho acierto: «La República lo que necesita no son hombres egoistas, sino ciudadanos abnegados», es decir: altruistas.

III

« El grado de evolucion in-
« telectual puede ser medido por
« el grado de alejamiento de la
« accion refleja. »

(HERBERT SPENCER).

En todas las ajitaciones y problemas de la vida pública arjentina, se dibuja siempre, por sobre todas las cosas, como ha sucedido en la catástrofe del 90, la incógnita de *la conquista de las libertades*, como el remedio que pondría fin a todos nuestros males, y como el término de la felicidad individual y social, a que aspiramos.

No hai discurso en que no se haga alusion a esta conquista; ni debate público, en que no se encuentre mezclada.

Pasa entre nosotros, en el órden político, lo que en otras épocas pasaba en el órden individual, en que todos se lanzaban afanosos en persecucion de la fórmula universal de la felicidad de la vida, y en que cada uno la encontraba a su manera: este, en el dinero; aquel, en los placeres, etc., como nosotros creemos encontrar la piedra filosofal de nuestra felicidad pública en la enmienda de tal artículo de lei, o en la eleccion de tal o cual personaje para la primera majistratura de la República.

El tiempo ha dado cuenta de aquellas tendencias, probándonos que no se encuentra el *desideratum* anhelado en ninguna de estas especulaciones del espíritu, y si mas bien en ejercicio natural de nuestras actividades.

Así tambien, en el órden político, el factor

del tiempo, ha de venir a demostrarnos algun dia cuan ilusorias son todas esas especulaciones abstractas.

Sobre todo, existe una tendencia jeneral a creer que, por el hecho de una declaracion de principios, por la redaccion de una Constitucion liberal, por un contrato social como el de Rousseau, o por el «Oid mortales el grito sagrado», se entra de lleno en el ejercicio de la libertad.

Que esta concepcion del modo cómo se entra a usufructuar de la vida de la libertad es errónea, lo está probando el ejemplo de tantos pueblos que tienen un cuerpo de leyes perfectas, al decir, y donde, sin embargo, la vida pública deja tanto que desear.

Esta concepcion, que nos hace pensar en la posibilidad de un momento, en que nada éramos en la vida de la libertad, y en un momento después, en que por el efecto providencial de un código, todo lo éramos, es el

resultado de las concepciones primeras que han dominado al mundo sobre la formacion y oríjen de todas las cosas, y en cuyo molde queremos tambien forjar el de la libertad.

La concepcion divina, que nos muestra el mundo surjiendo de la noche a la mañana, completo, con sus mares y montañas y el hombre; es el molde en que hemos vaciado nuestras concepciones sucesivas sobre el oríjen de las demás cosas.

Han sido necesarios mas de veinte siglos y las luces acumuladas de la ciencia para desentronizar aquella teoría de la formacion del mundo de un golpe por la accion de un ajente personal, que ha actuado de un modo irregular, y hacernos ver que la Tierra que habitamos se ha ido formando lentamente por el efecto de una fuerza jeneral uniforme (la evolucion), arrancando del punto de partida de una materia difusa, y produciendo dife-

rencias que insensibles al principio, se tornan luego categóricamente radicales.

Todas las teorías científicas en su tiempo han adolecido de este vicio de la concepcion providencial.

La teoría antigua sobre la animacion del ser, nos ofrece uno de estos ejemplos. Segun ella, había un momento preciso: el de la fecundacion, segun unos; el de la espulsion, segun otros, en que el niño adquiría el alma. Hoi, la embriolojía nos muestra cómo la animacion del ser es una operacion lenta, que comienza con la formacion de la vesícula jerminativa, de un lado, y la del espermatozoideo del otro, y que se continúa por una integracion y una diferenciacion no interrumpida de las partes, presentando el ser, en la vida uterina, todas las formas ancestrales, desde la célula, el invertebrado, el vertebrado, hasta el semejante, y dándonos, de este modo, el espectáculo de la revivi-

sion de todas las formas del pasado remoto.

Entre estas creencias erróneas, figura tambien la abandonada teoría sobre el oríjen de las especies, que se inspiraba en la narracion bíblica de la creacion, y que nos mostraba tantas especies formadas, cuantas tomaron tierra sobre el monte Ararat, despues de su navegacion rumbo en el Arca de Noé; en la cual, segun juiciosa crítica, no hubieran cabido todas, y donde los animales de presa hubieran devorado a todos los herbívoros, y estos destruido, por su lado, las especies vejetales.

Lineo mismo, que fué uno de los mas grandes naturalistas de esa escuela, no pudo al fin resistir a la evidencia, y, apartándose de esas filas, concluyó por reconocer que, por lo menos, un gran número de especies nuevas han nacido gracias al cruzamiento de especies vecinas.

El gran naturalista Buffon, tambien, par-

tidario, al principio, de la inmutabilidad de la especie, no tardó en cambiar de opinion, dando mayor precision a esas intuiciones.

En 1794, Erasmo Darwin, dió, en su *Zoonomía,* las razones que lo llavaban a creer que todos los animales de sangre caliente provenían de un filamento; y en 1809, Lamarck, en Francia, en su obra *Filosofía zoológica,* pensó que los primeros seres se han formado a espensas de la materia bruta, y que de ellos han descendido, por un lento perfeccionamiento, todos los seres que habitan hoi en la superficie de la tierra.

Recien en 1831 fué, cuando en su viaje al rededor del mundo, Cárlos Darwin, nieto de Erasmo, al contemplar ciertos fenómenos de la América de Sud, concibió la idea de que las especies vecinas derivan de un mismo tronco; y solamente en 1859 nos dió su teoría de la evolucion de la especie, y nos enseñó las leyes de la seleccion natural, de la

adaptacion y de la herencia, por medio de las cuales se produce esa transformacion en la lucha por la existencia.

Desde ese momento, la aceptacion del darwinismo fué universal. De todas partes surjieron adhesiones y trabajos para confirmar la nueva doctrina del transformismo. « Huxley, en Inglaterra, mostró cómo el pájaro ha salido del reptil, y el descubrimiento del *archeotepryx,* especie de lagarto con plumas, confirmó sus previsiones. Fritz-Muller, tomando una idea que Geoffroy Saint-Hilaire, Serres, Milne-Edwards y Agassiz habían ya espresado, sentó como una lei jeneral de la evolucion, que el desarrollo del individuo durante la vida embrionaria, es una recapitulacion del desarrollo de la especie durante los periodos jeolójicos. Hœckel, profesor en Jena, mostró la sucesion probable de los organismos, y dibujó el cuadro jenealójico de nuestros abuelos, principiando

por los mas ínfimos de los animales, los moneras; y se dedicó a hacer ver por su doctrina del monismo, la unidad fundamental de la naturaleza, tanto orgánica como inorgánica. Cárlos Vogt trajo tambien preciosas confirmaciones al darwinismo. La Francia, en donde las ideas de Cuvier dominaban todavia, resistióse mas largo tiempo, pero, desde algunos años ha, sus sabios han entrado resueltamente en la via de la evolucion. Alberto Grandry establece de una manera majistral *el encadenamiento del mundo animal.*

«El movimiento de que dió la señal el libro de Darwin (*Orijen de las especies*) no se detuvo en Zoolojía: una ciencia nueva todavía, la antropolojía, se renovó, y los trabajos de Broca establecieron sólidamente sus nuevos fundamentos. Huxley, en su célebre escrito *el sitio del hombre en la naturaleza*, mostró que hai menos diferencia entre el hombre y los monos superiores, que

entre estos y los monos inferiores. Nada, desde entónces, autoriza separar al hombre de los otros animales, ni asignarle un orijen aparte: debe, sí, necesariamente haber principiado por un estado físico y moral mui inferior, y no haber llegado, sino lentamente, a su superioridad actual en el reino animal.

« La prehistoria, por un estudio atento de los primeros vestijios de la industria, demuestra que, si en la época terciaria, el hombre no existía aun, había ya un ser superior al mono, el antropoideo.

« El hombre ha surjido en la época cuaternaria; su industria, al principio mui rudimentaria, se ha perfeccionado poco a poco. Esta evolucion no se ha realizado en un dia; lo mismo que la de los animales, ha necesitado millares de siglos. El geólogo inglés Lyell, en su obra *Sobre la antigüedad del hombre*, probó que en lugar de los seis mil años de la tradicion bíblica, la ciencia

exije, por lo ménos doscientos mil años.» (F. C. Dreyfus).

Herbert Spencer, en sus *Principios de Biolojía*, triunfa con brillo de las objeciones teolójicas que, a la evolucion de las especies, oponen los partidarios de la doctrina de las creaciones especiales; doctrina sacada de la idea hebráica, de que Dios tomó un pedazo de arcilla, y modeló la creatura.

Spencer dice: «La suposicion de que cada especie de organismos ha sido especialmente querida como parte de un plan, trae consigo la suposicion de que su autor ha querido todo cuanto resulta de su plan. No hai medio de negarse a admitir que, si los organismos han sido constituidos cada uno en vista de un fin respectivo, el carácter de su autor está indicado por los mismos fines, y por la perfeccion o imperfeccion con la cual los organismos se han adoptado.

«Veámos las consecuencias.

« Sin investigar por qué, durante un número desconocido de millones de años, no ha existido sobre la tierra ningun ser dotado de aptitudes para formar pensamientos de alto vuelo y sentimientos elevados, nos contentarémos con preguntar por qué, actualmente, la tierra está cubierta de un gran número de seres que se causan los unos a los otros y a ellos mismos tantos sufrimientos.

« Dejemos la raza humana, cuya teolojía reinante pretende esplicar sus defectos y miserias, y limitándonos a los seres inferiores al hombre. ¿Qué debemos pensar de estos instrumentos y de estos instintos, tan numerosos y diversos, de que están provistos los animales, y que están destinados a producir el dolor? No solamente hoi, no es únicamente desde que existen los hombres sobre la tierra, que esta ha sido el teatro de una guerra entre las creaturas dotadas de sentimientos. La paleontolojía nos muestra

que, desde los mas antiguos tiempos jeolójicos conocidos, se produjo ya esta carnicería universal. Las estructuras fósiles, como las de los animales que existen en la actualidad, nos muestran armas hábilmente preparadas para la destruccion de los otros animales. Tenemos pruebas indudables que, en todo el pasado, el superior ha hecho su presa del inferior, y que, sin cesar, el débil ha sido devorado por el fuerte. ¿Cómo esplicar este hecho? ¿Cómo puede ser que los animales hayan sido organizados de tal modo que requiera necesariamente la efusion de sangre? ¿Cómo puede ser que, en todas las especies, el número de individuos nacidos cada año sea tal, que la mayoría perezca de miseria o de muerte violenta ántes de llegar a la edad madura? Cualquiera que sostenga que cada especie de animales ha sido especialmente destinada a un fin, debe confesar que el Creador tenía la intencion deliberada de

producir estos resultados, o que no ha sido capaz de preveerlos. ¿Qué alternativa se debe escojer? ¿Se incriminará el carácter divino? ¿se afirmará que Dios no tiene sino un poder limitado? No conduce a nada pretender que la destruccion del menos fuerte por el mas fuerte, es un medio de prevenir las miserias de la decrepitud y de la impotencia, y por consiguiente, una cosa provechosa para el ser destruido; porque entónces, aunque el peso de la mortalidad recayese mas bien sobre los seres viejos, que sobre los jóvenes, se presentaría otra cuestion, a la cual no es posible oponer respuesta alguna ¿por qué los animales no han sido construidos de manera a evitar los males? ¿Por qué su multiplicacion, su intelijencia, sus inclinaciones, no han sido calculadas y arregladas de modo a evitar estos sufrimientos? Si la declinacion de las fuerzas debía ser la consecuencia de la edad, ¿por qué no ha sido

provisto de modo que las acciones orgánicas cesasen por una muerte súbita, toda vez que ellas descendiesen mas allá del nivel de una existencia agradable? Entre los que pretenden que los organismos han sido hechos en vista de un fin especial ¿quién afirmará que no era posible darles un fin que precaviese del dolor? Si se admite que era posible hacer los organismos de manera a evitarles el sufrimiento ¿se afirmará que el Creador ha preferido hacerlos de modo que sufriesen?

«La dificultad, aun en esta forma, es todavía mayor; pero parece incomparablemente mayor cuando se examinan los hechos mas de cerca. Mientras nos limitamos a considerar la destruccion del inferior por el superior, vemos algun bien salir del mal: cierta cantidad de vida de un orden superior tiene por base el sacrificio de una gran cantidad de vida de un órden inferior. Mientras no tengamos en cuenta mas que este jénero de

mortalidad, que, arrebatando los miembros ménos perfectos de cada especie, permite continuarla a los miembros mas perfectos, vémos como resulta un provecho compensador del sufrimiento causado. Pero ¿qué decir en presencia de hechos innumerables, en que el sufrimiento causado no da lugar a ningun provecho compensador? ¿Qué decir cuando se ve al inferior destruir al superior? ¿Qué decir del espectáculo de disposiciones tan bien preparadas que aseguran la prosperidad de organismos incapaces de sentir, a costa de la desgracia de organísmos suceptibles de felicidad?

« En el reino animal, tomado en conjunto, mas de la mitad de las especies son parásitas. « Se dará cuenta del número de estos parásitos, dice Owen, si se piensa que cada animal conocido nutre una especie que le es propia, en jeneral mas de una y algunas veces tantas y aún mas que las que existen en

el cuerpo del hombre ». Pasemos sobre estos males inflinjidos a los animales de rango inferior, y no nos ocupemos sino del hombre. El *botricéfalo ancho* y la lombriz solitaria son dos especies de gusanos que prosperan en el intestino del hombre; producen graves perturbaciones en la salud, y algunas veces la locura. Los jérmenes de la lombriz, transportados a otras partes del cuerpo, dan nacimiento a ciertas formas incompletamente desarrolladas, que se llaman *cisticercos*, *equinococos, cenuros*, que producen desorganizaciones mas o menos estensas del cerebro, de los pulmones, del hígado, del corazon, de los ojos, etc., y a menudo causan la muerte del paciente, despues de largos sufrimientos. Se encuentran en los órganos del hombre cinco parásitos mas, que pertenecen a diferentes clases: el tricocéfalo, el oxiuro, el estronglo (dos especies), el anquilastonio, el ascáride, que producen, no solo

faltas de nutricion, sino tambien una irritacion local, causa primera de una desmoralizacion completa. Hai otras cinco especies de otra clase de entozoarios pertenecientes a la subdivision de los trematodos, que se encuentran en el cuerpo del hombre, en el hígado, el conducto cístico, la vena porta, en los intestinos, la vejiga y el ojo. En seguida tenemos la *trichina spiralis*, que pasa una parte de su existencia sumerjida en los músculos y otra en los intestinos; la trichinosis, enfermedad producida por este parásito, ha dado lugar, en una época reciente en Alemania, a un verdadero pánico. Dejemos esta lista de entozoarios, que no tiene nada de completa, y pasemos a los epizoarios. Conocemos dos especies de acaros: el uno que habita los folículos de la piel, y el otro que produce la sarna. Hai otros animales que se introducen en la piel, y depositan allí sus huevos; hai tres especies de piojos, que in-

festan la superficie de la piel. No es esto todo: además de los animales parásitos, hai diversos vejetales parásitos, que crecen y se multiplican a nuestras espensas. La *sarcina ventrícula* habita en el estómago y produce desarreglos gástricos. La presencia del *leptotrix bucalis* en la boca, es un hecho mui jeneral y contribuye quizá a la pérdida de los dientes. Hai todavía hongos miscroscópicos, que producen el herpes circinado, la tiña, la pitiriásis, las aftas, etc. El cuerpo del hombre es, pues, una habitacion de parásitos internos y esternos, animales o vejetales, que se cuentan por dos o tres docenas de especies, muchas especiales al hombre, y la mayor parte causando grandes sufrimientos y algunas, la muerte.

«¿Qué interpretacion nos darán de estos hechos los partidarios de la doctrina de las creaciones especiales? Segun esta hipótesis, todos estos parásitos han sido creados para

el jénero de vida que les es propio. Han sido dotados de una constitucion tal, que los lleva a vivir absorbiendo los jugos del cuerpo humano; están provistos a veces de instrumentos formidables, que les permiten implantarse en el cuerpo o en su superficie; son de una fecundidad increible, y sus jérmenes tienen muchas probabilidades de introducirse en el cuerpo humano. En una palabra: todo está combinado para asegurar la continuacion de su especie, y para impedir absolutamente que las jeneraciones humanas se desembaracen de estos enemigos a quienes sirven de presa.

«¿Qué decir de este arreglo? ¿Diremos que el hombre, *la cabeza* y *el coronamiento de la creacion*, está en el plan divino, destinado a alimentar estos parásitos? ¿O diremos que estos seres inferiores, incapaces de pensar o de felicidad, han sido creados para la desgracia del hombre? Los que pretenden

que cada especie de organismo ha sido el objeto de una intencion especial del creador, están obligados a escojer entre los estremos de esta alternativa, ¿cuál de ellos prefieren? Los hechos se conforman bastante con la concepcion de los dos poderes antagónicos, el uno autor del bien; el otro, del mal. Pero estos males y estos suplicios impuestos gratuitamente al hombre como a las otras criaturas terrestres capaces de sentimiento, son absolutamente incompatibles con la concepcion de un Creador soberanamente bueno...

« Por el lado moral mismo se observa, el contraste de las dos hipótesis. Hemos visto que la hipótesis de las dos creaciones especiales choca con la dificultad de la ausencia de formas superiores de vida durante las épocas incomensurables de la existencia de la tierra, que la jeolojía nos señala. Pero, para la hipótesis de la evolucion, la ausencia de estos seres no constituye una dificultad.

Suponed la evolucion, y esta cuestion se elimina necesariamente. Suponed las creaciones especiales, y esta cuestion, que se presenta inevitablemente, no puede ser resuelta. Mas marcado todavía es el contraste de las dos hipótesis, en presencia de esta inmensa cantidad de sufrimiento inflinjido a todos los seres dotados de sensibilidad, a consecuencia de su adaptacion imperfecta a las condiciones de su vida, y la cantidad de sufrimiento, inmenso aún, que les causan sus enemigos y parásitos. Hemos visto que, si los organismos estuvieran colocados intencionalmente cada uno en el lugar que ocupa en la naturaleza, no podríamos evadirnos de concluir que los millares de especies de organismos inferiores que hacen su presa de los superiores, han sido creados con la intencion de inflinjir todos los dolores y la mortalidad, que son su consecuencia. La hipótesis de la evolucion no se enreda en este

dilema. De un modo lento, pero seguro, la evolucion realiza una mayor suma de felicidad, no siendo los males mas que consecuencias accesorias. La evolucion, por su naturaleza esencial, produce doquiera una adaptacion mas exacta a las condiciones de la existencia, cualquiera que sean estas condiciones. Actuando igualmente sobre las formas inferiores, como sobre las formas elevadas de la vida, produce por todas partes una adaptacion creciente, y asegura la supervivencia de la forma mas adaptada. Si en la marcha de la evolucion, los organismos de tipo inferior se desarrollan, aquellos que hacen su presa de los organismos superiores, los males que resultan no constituyen mas que una disminucion de provecho. La corriente universal y necesaria hácia la supremacia y la multiplicacion de los mejores, que impulsa la creacion orgánica en su totalidad, por la cual cada especie no cesa de reducir el mal

producido, tiende siempre a conservar los organismos superiores, que, de un modo u otro, evitan las invasiones de los inferiores, y tiende, por tanto, a producir un tipo menos espuesto a las invasiones de las especies inferiores. Los males que acompañan a la evolucion, no cesan, pues, de eliminarse por sí mismos. Sin duda puede proponerse la siguiente cuestion: ¿por qué no han sido evitados? Pero, hai otra cuestion que debiera hacerse: ¿por qué se los habría inflinjido intencionalmente? Cualquiera cosa que se piense, es claro que no supondrán en su autor una malevolencia gratuita.»

La teoría de la evolucion de las especies, que las presenta surjiendo naturalmente una de otras por medio de modificaciones estructurales, insensibles, provocadas por la barita májica de la *Herencia,* la *Variacion* y la *Adaptacion;* revolucionó la primitiva concepcion *antropocéntrica* del hombre;

segun la cual, el hombre creía que él era el centro de la naturaleza terrestre creada para su uso. El cetro de rei de la creacion, que él había creido empuñar desde el comienzo del mundo no le veía llegar a sus manos, sino despues de haber pasado sucesivamente por las de los seres que lo habían precedido en la evolucion.

Como dice Edgart Quinet: « En la época secundaria, si los reptiles hubieran hablado, habrian dicho: Nosotros somos los reyes del mundo. Nadie está por encima de nosotros; nadie, mas que nosotros, sabe arrastrarse. En vano una plebe infinita de creaturas inferiores, de radiados, de moluscos y pescados, se esfuerza por llegar hasta los reptiles. El reptil es la creatura perfecta, la suprema forma divina; el mundo acaba en él. ¿Qué son al lado del suyo, todos los organismos inferiores? ¡Con él se corona la obra de la creacion!

« En la época terciaria, si los grandes mamíferos hubieran hablado a su vez, habrían dicho: El Universo ha dado un paso: nosotros somos su obra. ¿Cómo han podido los reptiles creer por un solo momento, que el mundo concluía en ellos? No sirven sino para caminar sobre el vientre: nosotros, sí, hemos levantado la cabeza. Somos los dominadores lejítimos. Al rededor nuestro, gravitan ciegamente todas esas vidas apenas esbozadas que se ensayan en vivir. Nosotros, sí, hemos alcanzado el fin, sin temor de que ningun otro ser nos despoje jamás; nosotros podemos de siglo en siglo, pacer tranquilamente la yerba o devorarnos unos a los otros.

« Viene, en fin, el período cuaternario, el hombre aparece y dice, a su turno: Todo el mundo se ha equivocado, menos yo. Los reptiles han creido en el reino divino de los reptiles; los mamíferos, en el de los mamí-

feros. ¡Qué estravagancia! No hai mas rei lejítimo que yo! No es sino para dejarme el campo abierto, que todos esos monarcas de un dia han caído, desde los trilobitas encorazados, y desde los amonitas reales, hasta los grandes vertebrados. Yo, únicamente, soi el dominador supremo, en quien concluye toda la vida, o mas bien, no hai ningun lazo entre las vidas anteriores y la mía. El universo ha concluido, los tiempos se han consumado.

« Cada dia sería mas difícil sostener esta manera de ver, mientras que las dinastías orgánicas que se han sucedido persuadan al hombre de que él mismo es un monarca efímero, y que llegará un momento en que será destronado.

« Cuando veo esta lenta progresion desde el trilobita, primer testigo atónito del naciente mundo, hasta la raza humana, escalonarse los unos sobre los otros en todos los grados de la vida universal; a todos estos

seres que se arrastran, nadan, caminan, corren, se tambalean y vuelan, ¿cómo puedo creer que esta ascension se detenga en mí; que este trabajo infinito no se prolongue mas allá del horizonte que abarco? Yo tambien pido alas; yo tambien concibo series futuras y desconocidas de formas y de seres, que me sobrepasen tanto como yo he sobrepasado al primer hijo de los antiguos océanos. »

La teoría de la evolucion revolucionó tambien a su vez la concepcion jeolójica de la inmutabilidad de la tierra; concepcion segun la cual se creía que nuestro globo había sido creado con las formas mas o menos que hoi tiene. La jeolojía nos enseña ahora cómo la tierra no fué en su nacimiento mas que una nebulosa desprendida del sol; una vasta atmósfera mas lijera que el aire que respiramos, con una temperatura de miles de grados; que, a favor de las mismas causas naturales

que presenciamos hoi y que nos dan cuenta de los cambios que se producen a nuestra vista, dándonos la clave de los efectos que se han producido en los inmensos periodos de tiempo de su existencia; ha ido enfriándose, y han venido produciéndose en ella las condensaciones de sus diversas épocas; desde la primaria, en que se producían las lluvias de zinc a 1300 grados; hasta la cuaternaria, en que se producen las de agua a ménos de 100.

Igualmente, la concepcion astronómica del universo se ha vaciado en la doctrina de la evolucion. La teoría *jeocéntrica* que suponía que todo el universo gravitaba al rededor de nuestro globo, ha desaparecido; haciendo lugar a la evidencia de que la Tierra es la que jira al rededor del Sol; que las estrellas, «esos clavos de oro sembrados en el firmamente», son otros tantos soles incandescentes, que se mueven con velocidades inmen-

sas, y que llevan otros mundos en su órbita; mundos, apenas formados los unos, los otros tocando a su fin, habitados quizá, y que han sido o son pié de una dilatacion de la vida universal.

La teoría de la evolucion, despues de haber reformado así nuestras doctrinas sobre los seres que habitan la Tierra, sobre el oríjen de la Tierra y sobre el mundo astronómico, ha estendido su accion a la manera de considerar la familia, la sociedad, la moral y la propiedad. A su nueva luz, el espectáculo grandioso del universo nos da la sensacion de la unidad de la vida, moviéndose de un modo continuo, por la permanencia de la fuerza que no crece, que no disminuye, pero que eternamente transforma las cosas por el mecanismo de la accion y de la reaccion natural.

Herbert Spencer, uno de los filósofos que, con sus estudios sobre la biolojía y la socio-

lojía, ha contribuido más a vaciar el progreso humano en el molde de la doctrina de la evolucion, nos dice al respecto: « La interpretacion de los fenómenos por la evolucion, se ha producido de una manera independiente en diversos dominios científicos, bien distantes los unos de los otros. La suposicion de que el sistema solar se ha formado gradualmente por evolucion, a espensas de una materia difusa, es una suposicion del todo astronómica en su oríjen y en su aplicacion. Los jeólogos, sin ser traidos por consideraciones astronómicas, han llegado, paso a paso, a la conviccion de que la Tierra ha alcanzado, por una evolucion, la variedad de estructura que tiene hoi dia. Las investigaciones de los biolojistas han probado la falsedad de la creencia, ántes tan jeneral, de que el jérmen de cada organismo es una repeticion en miniatura del organismo que ha alcanzado la madurez, no diferenciándose

sino por el volúmen; han mostrado, al contrario, que cada organismo nace de una materia en apariencia uniforme, y avanza por cambios insensibles hácia una multiformidad definitiva.

«La produccion de todas las formas orgánicas por la lenta acumulacion de modificaciones sobre modificaciones, y por la diverjencia lenta que resulta de la agregacion contínua de nuevas diferencias a las diferencias ya adquiridas, puede concebirse en sus grandes líneas, sino en sus detalles. Conocemos diversos jéneros de esperiencias, que nos permiten darnos cuenta de la operacion. Examinemos uno de los mas simples.

«Parece que no hai semejanza alguna entre una línea recta y un círculo. El círculo es una curva, y la definicion de la línea recta escluye la idea de curvatura. El círculo encierra un espacio; la línea recta, aun prolongada hasta el infinito, no encierra ningun es-

pacio. El círculo es finito, la línea recta puede ser infinita. Sin embargo, opuestas, como son, en todas sus propiedades, se las puede relacionar a una y otra por una série de líneas, de las cuales ninguna difiere de sus vecinas de una manera apreciable. Así, cortad un cono por un plano perpendicular a su eje, y tendréis un círculo. Si en lugar de estar perfectamente en ángulo recto con el eje, el plano forma con él un ángulo de 89° 59′, tendréis una elipse, que ningun ojo humano, aún ayudado de un compas de precision, podrá distinguir del círculo. Haced de crecer el ángulo por minutos; y la elipse comienza a aparecer un poco escéntrica; un poco mas tarde lo es visiblemente; y poco a poco toma una forma estremamente alargada, hasta no tener semejanza alguna con el círculo. Continuad mas, y la elipse se cambiará en parábola. Disminuid todavía el ángulo, y la parábola se cambia en hipérbole.

En fin, se hace el corte cada vez mas obtuso, la hipérbole se transforma en linea recta, cuando el ángulo del cono se aproxima á 180 grados. Así, en este ejemplo, tenemos cinco especies de líneas, el circulo, la elipse, la parábola, la hipérbole, la línea recta; cada una de las cuales tiene sus propiedades particulares y su ecuacion propia; entre las cuales, la primera y la última, aunque del todo opuestas en su naturaleza, están ligadas en su conjunto como miembros de una misma série, y pueden ser producidas por un simple método de insensible modificacion.

«Pero, las esperiencias que ponen mas claramente o dan luz a la operacion de la evolucion jeneral, son las de la evolucion especial, repetida en cada vejetal o en cada animal. Cada organismo presenta, en un corto espacio de tiempo, un série de cambios que, estendiéndose por suposicion a un lapso de tiempo infinitamente largo, y cumpliéndose

de diversas maneras, en lugar de una sola, nos dá una concepcion infinitamente clara de la evolucion orgánica en jeneral. En un desarrollo individual, encontramos, en un espacio relativamente infinitesimal, encerrada una série de metamórfosis tan vastas, como las que la hipótesis de la evolucion nos muestra desarrollándose durante épocas imposibles de medir; de lo cual es objeto la corteza terrestre. Un árbol difiere inmensamente de una semilla bajo todos los puntos de vista: en volúmen, en estructura, en color, en forma, en peso específico, en composicion química; difiere de tal modo, que no se podria descubrir, entre el uno y el otro, semejanza alguna visible de ningun jénero. Sin embargo, no le hacen falta a la semilla mas que algunos años para transformarse en árbol: y el cambio se realiza tan gradualmente, que en ningun momento se puede decir: ahora es cuando la semilla deja de

serlo, y cuando el árbol existe. ¿Puede haber cosas mas profundamente diferentes que un niño de término y la esfera microscópica de la jalea semi-transparente, que constituye el huevo humano? La estructura del niño es tan compleja, que se necesitaria una verdadera enciclopedia para describir todas las partes que lo componen. La vesícula jerminativa es tan simple, que se la puede definir en una linea. Sin embargo, algunos meses bastan para hacer salir un niño del huevo, por via de desarrollo; y esto, por una série de modificaciones tan pequeñas, que, si se examinase el embrion de minuto en minuto, el microscopio mismo no descubriria cambios apreciables. Gracias a estos hechos, la concepcion de la evolucion jeneral (de las espepecies) se hace tan visible como ninguna de nuestras concepciones complejas. Si, en lugar de minutos sucesivos en la vida fetal del niño, tomamos jeneraciones sucesivas de se-

res vivos; si miramos las jeneraciones sucesivas cómo difieren las unas de las otras como los minutos sucesivos del feto, sería necesario que nuestra imajinacion fuera bien pobre para que no llegásemos a tener una verdadera concepcion de la evolucion, que hace salir el organismo mas complejo del mas simple. Si una célula única, en condiciones adecuadas, se vuelve un hombre en el espacio de algunos años, no se tendrá dificultad en comprender cómo, en condiciones igualmente adecuadas, una célula puede, en el curso de un número desconocido de años, haber dado nacimiento al jénero humano.

« Es verdad que las esperiencias prácticas de la naturaleza, que formarían esta concepcion, fáltan a tantos espíritus que tienen un trabajo real en formárselas. Acostumbrados a considerar las cosas, mas bien en su estado estático, que en su estado dinámico, no conciben que pequeños crecimientos de modifi-

caciones puedan enjendrar una suma cualquiera de modificaciones. La sorpresa que esperimentan, cuando se encuentran con una persona que han conocido niño, llegada al estado de hombre, se transforma en incredulidad, cuando el grado del cambio es mayor. Para ellos, la hipótesis de que, por una serie de cambios, un protozoon pueda nunca dar nacimiento a un mamífero, parece grotesca; a lo menos, tanto como la afirmacion del movimiento de la tierra, por Galileo, podía parecerlo a los aristotélicos, o que la afirmacion de la redondez de la tierra lo sería para los naturales de la Nueva Zelandia. Pero, es natural que los que aceptan como mui satisfactoria una proposicion literalmente inconcebible, cometan, por el contrario, la falta de no encontrar satisfactoria una proposicion muy concebible...

« En filosofía política (digamos mas bien en sociolojía) la idea de que el progreso de la

sociedad es una evolucion, ha ganado terreno. El principio de que « no se hacen Constituciones, sino que crecen », es un elemento del principio que no se hacen las sociedades, sino que crecen. Es universalmente admitido por los fisiolojistas, que las lenguas, en lugar de tener un orijen artificial o sobrenatural, son el producto del desarrollo. La historia de la relijion, de la filosofía, de la ciencia, de las bellas artes y de la industria, muestra que todo ha pasado por faces tan insensibles como aquellas porque atraviesa el espíritu del niño para llegar a la madurez. »

De esta breve rememoracion que hemos hecho, se desprende que la evolucion es la lei de los fenómenos de la naturaleza. Ella abarca no solo los diversos y variados casos anotados, sino tambien el que principalmente nos ocupa: el desarrollo de la libertad, o sea la adaptacion social al réjimen de las prácticas llamadas liberales.

Su lei se cumple tambien en este caso.

Así, para estudiarlo, debe sacárselo, antes de todo, de las ofuscaciones sistemáticas del racionalismo, en que se encuentra envuelto hasta ahora, y plantearlo de lleno en el terreno de los fenómenos naturales. Planteado allí, es donde únicamente lo podremos examinar en su luz propia, en su luz de fenómeno natural, que obedece a causas naturales, y que se cumple tambien por medios naturales.

Como fenómeno social, el estudio de la adaptacion de los pueblos al réjimen liberal, compete a la sociolojía, a esta rama de las ciencias naturales. Es a esta ciencia a quien le corresponde investigar cómo se desarrolla en el hombre esa manera de ser; cuáles son las causas que la determinan; y cuáles las influencias por cuyo medio la adaptacion se cumple; de modo que, en posesion de todas sus múltiples indicaciones, pueda hacérsela

alcanzar el *summun* de desenvolvimiento y estension, que el bienestar individual y social reclaman.

En la manera cómo los pueblos se adaptan a la práctica de las costumbres liberales, hai algo como una seleccion natural y social de la conducta, análoga a la seleccion artificial de aptitudes que los criadores procuran para sus productos, sin embargo de que, es necesario anotar las diferencias que existen entre una y otra seleccion, no solamente en lo que respecta al sujeto diverso sobre que actúan ambas, sino tambien en lo que concierne al modo cómo una y otra se realizan. Mientras que el criador intelijente domina ya todos los factores que concurren a su fin, y puede ponerlos en juego a voluntad; no sucede así con el lejislador que, en su materia, está mui atras de lo que está el criador en la suya y que no puede hacer las aplicaciones a su antojo. La seleccion artificial de las razas de

animales la hace el hombre; la seleccion de costumbres de un pueblo, en una gran parte se hace ella misma, o no se hace. El criador, por ejemplo, destruye los tipos defectuosos o impide su propagacion, y somete los buenos a una disciplina conveniente; mientras que en los pueblos no se puede hacer lo mismo, ni se puede encaminar sus actividades por un rumbo adecuado, tomando, al contrario, las mas de las veces, jiros perniciosos y en abierta oposicion con los fines que se debian alcanzar.

Nosotros vamos a tratar, pues, de investigar cómo es que se produce en los pueblos esta seleccion de la conducta que la adapta al modo de ser liberal.

Desde luego, antes de seguir adelante, debemos detenernos sobre lo que debe entenderse por libertad.

Si nos fijamos en el tipo primitivo del hombre, en el hombre predator, representa-

do para nosotros en el salvaje errante, vemos que en él predomina el instinto de la impulsion sin trabas. El sentimiento de la libertad consistirá para él en la perspectiva de que todas sus actividades puedan ser ejercidas ilimitadamente, para satisfacer sus necesidades, buscar sus placeres o apartar los males de su camino.

El hombre predator desea un objeto, y lo toma; siente una necesidad, y la satisface; encuentra una dificultad, y la aparta o la suprime. El campo de sus actividades no tiene mas límite, ni mas freno que el poder y la estension de sus mismas actividades. Es la bestia que se mueve, sin mas trabas que las de la naturaleza o las de su propia organizacion.

En una sociedad de esclavos o en una sociedad de oprimidos, la nocion de la libertad debe implicar tambien el sentimiento o la posibilidad de poder ejercitar todas las acti-

vidades cohibidas por el amo o por el tirano.

Pero la nocion de la libertad se modifica o evoluciona a medida que se modifica o evoluciona el grupo social.

En sociedades civilizadas como la nuestra, en que la conciencia de la posibilidad de ejercitar todas nuestras actividades, es una nocion positiva, presente en todos los espíritus, y asegurada por todos los códigos; esta nocion de la libertad tiene que variar en razon de las nuevas condiciones sociales, y no será ya la nocion del salvaje, o del esclavo o del oprimido.

A esa nocion del libre ejercicio de todas nuestras facultades, la nueva situacion del estado social viene a agregar la nocion de la limitacion que impone la libertad ajena, como una consecuencia del mismo estado de asociado en igualdad de condiciones.

En este punto, la nocion de la libertad

así modificada por y segun un estado social avanzado, implica la idea de un derecho y de un deber conjénitos: el derecho a ejercer nuestra actividad, y el deber de respetar en los demás igual ejercicio de su propia actividad; concepcion que deja mui léjos y condenada a eterna reprobacion, la teoría de Rousseau, quien suponía la libertad individual absoluta, pero teniendo forzosamente que dejarse cercenar, una parte mas o menos gorda, para formar y alimentar a la bestia devoradora del Estado.

La libertad considerada de ese modo; la libertad, concebida fisiolójicamente, diré así, se modifica de una manera fundamental, y se parece, mas bien que a una locomotora moviéndose a todo vapor, al freno que la contiene en la vía del propio derecho, sin atropellar el ajeno.

La libertad social viene a ser la coercion individual; y por tanto, es necesario estudiar

cómo se produce en el individuo, y consecuentemente en la sociedad, esta evolucion funcional de la conducta que la adopta al nuevo estado social.

Hai en esta modificacion de la conducta o del carácter del hombre asociado en el réjimen de la libertad, algo semejante a lo que pasa en la modificacion de las maneras del hombre culto con relacion al hombre inculto.

En este último predomina una actividad impulsiva; siente un deseo y lo realiza; siente una necesidad, la satisface, sin cuidarse de los demás; mientras que en el primero, predomina una actividad coercitiva, qué lo lleva a reprimir los impulsos y necesidades, cuando su cumplimiento puede molestar a sus semejantes. Las maneras impulsivas se tornan coercitivas.

Como no hai efecto sin causa, es, pues, necesario estudiar en la organizacion humana cómo se produce esta modificacion

funcional de la conducta, que, de impulsiva en el tipo del hombre primitivo, se torna en coercitiva en el hombre adoptado a las necesidades de la vida social del réjimen liberal.

Desde luego, las modificaciones que sufre el sistema nervioso en el individuo, que es el sistema que preside toda actividad, nos dará la clave de la modificacion.

Si consideramos el sistema nervioso en los seres inferiores de la escala animal, encontramos que se reduce a una pequeña masa de gánglios y de hilos nerviosos, que parten de ella y que abocan al órgano. Este esquema del sistema nervioso mas rudimentario, podría ser representado por un compás comun con sus dos piernas y su cabeza. Es lo que se llama *un arco nervioso.* La estremidad de una de las piernas recibe la impresion esterior y la trasmite a lo largo, por lo que se denomina *nervio aferente*, hasta la

cabeza central, que es el *gánglio (de sustancia gris)*. Este la recibe, la transforma en movimiento y la trasmite a su vez, por la otra pierna, que se llama *nervio eferente*, y que se termina en los tejidos de un órgano, o en las fibras de un músculo, por ejemplo, que hace contraer o mover.

En estos seres inferiores, que poseen tan simple sistema nervioso, su actividad se reduce a recibir la impresion por el nervio aferente, y a reflejarla en onda móvil por el nervio eferente. Su actividad es lo que se llama *refleja*, automática.

Ejemplo de ello, y bien conocido, es el de la rana decapitada de Galvani, a la que se le aplica en uno de sus miembros una corriente eléctrica, y que en seguida ajita sus piernas.

Pero, a medida que ascendemos en la escala animal; a medida que los órganos se complican, el sistema de la vida nerviosa se complica tambien.

Los arcos nerviosos se multiplican y de sus gánglios respectivos se desprenden fibras nerviosas, que van a abocar a otros gánglios superiores de nueva formacion. Estos nuevos gánglios, por sus conexiones con los anteriores, reciben tambien la impresion esterna, pero tienen el poder de retenerla como verdaderos condensadores de la corriente.

En la integracion progresiva del sistema nervioso, que se opera en la escala de los seres, estos gánglios con facultad retentiva de la impresion o sensacion, son el orijen de ese gran centro de coordinacion superior, que se llama el cerebro del hombre.

Los órganos de los sentidos: ojos, oidos, etc., no son mas que diferenciaciones o perfeccionamientos de la estremidad esterna de los nervios aferentes, encargados de llevar la impresion a los centros superiores de coordinacion. El ojo, uno de estos órganos

de los sentidos, siguiéndolo en su desarrollo sucesivo en la escala animal nos muestra de un modo patente cómo, en el fondo, no es mas que una modificacion de la piel y del estremo esterno de los nervios aferentes que abocan a ella. En los animales mui simples, apenas si el ojo se reduce a una pequeña mancha de pigmento, cubierta de una epidermis lijeramente convexa y un poco mas transparente que el resto. Luego en la integracion creciente que sufre en la escala zoolójica, las dos capas de la piel se desdoblan, se forma como una ampolla, que es el oríjen rudimentario del cristalino y de la cámara anterior del ojo. La capa interna de la piel se modifica a su vez, dando lugar á la formacion de la cámara posterior, mientras que la papila nerviosa y el nervio que aboca a ella, se transforman a su turno y dan nacimiento a la retina y al nervio óptico.

La idea que hemos dado del principio je-

neral de composicion de los centros nerviosos en la integracion ascendente de la escala animal, nos muestra cómo este sistema, que en los seres inferiores es puramente de actividad refleja o automática, se convierte en un sistema de actividad refrenada, a medida que la evolucion de la especie se completa. Estos órganos superiores de retension, nulos en el tipo inferior de la escala zoolójica, en los cuales predomina esclusivamente la actividad automática; rudimentarios en el tipo que ocupa un lugar mas elevado, vienen a ser mas poderosos en el hombre que está colocado en el primer plano de la especie.

En la esfera del hombre mismo la integracion se continúa, y es natural entónces que, mientras mayor sea el desarrollo del órgano central de coordinacion, mucho mayor será en él esta facultad superior de reprimir la escitacion impulsiva.

En el tipo humano primitivo, en el hombre

predator, se observa, en consecuencia, cómo la escitacion, el deseo o la necesidad, son inmediatamente seguidas de la accion. Como se ha dicho, en el hombre predator, la lei de su actividad es la represalia. Por eso es que los antropolojistas modernos, Lombroso a la cabeza de ellos, consideran al criminal de nuestros diás como un tipo atávico; es decir: como un individuo en quien aparecen, en medio de la civilizacion actual, los caracteres primitivos del salvaje; de la misma manera que, segun Darwin, suelen surjir en los caballos refinados de hoi los caractéres de la cebra, de sus remotos antepasados.

Desde el tipo primitivo salvaje, que procede jeneralmente por movimientos automáticos, hasta el hombre civilizado, que antepone lo porvenir a lo presente, y los deseos ajenos a los propios, el camino recorrido por la facultad retentiva superior, es inmenso. Entre el cacique, por ejemplo, que

no vive sino de la actividad impulsiva hácia el robo y la matanza, y el ciudadano culto de nuestros dias, a quien se le propone asumir los destinos de un pueblo, y que contesta que no los acepta por medios ilejítimos, la evolucion psicolójica que se ha operado dentro del dominio humano mismo, es incomensurable.

La evolucion psicolójica del hombre social, que se traduce por la mayor preponderancia de la facultad superior de coordinacion sobre la facultad primitiva de impulsion, se traduce tambien, por aquella lei de que todo aumento de funcion va seguido de un aumento de estructura, de un aumento mayor de los órganos de coordinacion. Es decir: la evolucion funcional vá acompañada de la evolucion anatómica, como sucede con el músculo, cuyo aumento de funcion vá seguido de un aumento de estructura y de volúmen.

Si bien es cierto que hasta hoi la ciencia

no da luces bastantes para seguir por el estudio de las modificaciones físicas o craneanas las modificaciones psiquicas de los órganos cerebrales que presiden dichas funciones, no por eso los resultados obtenidos dejan de ser dignos de mencion, y de llegar a conclusiones de alguna consideracion.

Desde luego, el hecho incontrovertible del mayor peso del cerebro del hombre civilizado con relacion al del salvaje, es una prueba irrecusable de que el aumento de actividades psiquicas en el primero, ha traido un mayor aumento de sustancia del órgano en que residen esas actividades. El peso medio del cerebro del negro no escede de 1255 gramos, miéntras que el del europeo es de 1390 gramos. Aun en la misma raza europea, comparando diversos tiempos, se encuentra una diferencia. Entre el peso del cerebro de los parisienses del siglo XII, y los del siglo XIX, hai una diferencia de 36 centímetros

cúbicos de sustancia cerebral en favor de los contemporáneos. En siete siglos la evolucion psicolójica ha ganado esa cantidad de sustancia cerebral.

La frenolojía, à pesar de habernos defraudado en las ilimitadas esperanzas que nos hizo concebir, nos ha dejado, sin embargo, luces innegables sobre esta materia.

Por lo menos, nos lanzó en el camino fructuoso de las localizaciones de las funciones cerebrales. « Ningun hombre que considere con calma la cuestion, podrá resistir largo tiempo a la conviccion de que las diferentes partes del cerebro sirven de *una manera u otra* a diferentes especies de acciones mentales. La localizacion de las funciones es la lei de todo organismo, cualquiera que sea, y sería maravilla que hubiera escepcion a esa lei. Si se admite que los hemisferios cerebrales son el asiento de las mas altas actividades psíquicas; si se admite que, entre estas acti-

vidades psiquicas superiores hai distinciones de naturaleza que son, aunque no bien definidas, reconocibles por lo menos en la práctica, no se puede negar, sin ir contra los principios fisiolójicos mejor establecidos, que estas especies poco mas ó menos distintas de actividades psíquicas deben referirse a partes mas o menos distintas de los hemisferios cerebrales. Poner esta verdad en discusion, es ignorar las proposiciones fundamentales de la fisiolojía de los nervios, lo mismo que las de la fisiolojía en jeneral. Sí se ha reconocido por la esperiencia, que cada haz de fibras nerviosas y cada gánglio tiene un rol especial, y tambien cada parte de estos haces y de estos gánglios tiene un rol mas especial aún. ¿Puede acaso suceder que solamente en los grandes gánglios hemisféricos no se realice la especializacion de funciones?... En cualquier rejion que se trate del cerebro, cada fibra puede ser mirada co-

mo teniendo un oficio particular, que, con el oficio particular de muchas fibras vecinas, se encuentra confundido en algun oficio jeneral, que llena esta rejion del cerebro.» (H. Spencer).

Una de las adquisiciones preciosas de la fisiolojía contemporánea es la localizacion de la facultad de la palabra en una de las circunvoluciones de los lóbulos anteriores del cerebro.

Pero, estas localizaciones, que a medida que la funcion acrece, se acompañan de un aumento de volúmen del órgano sometido a mayor actividad, es difícil en muchos casos que puedan ser apreciadas por la contemplacion esterior de los huesos del cráneo. Esta dificultad ha sido y es uno de los principales escollos de la frenolojía. Aunque el continente, es decir, la bóveda craneana, se adapta ordinariamente al contenido, es decir, sigue la forma y volúmen de las diversas por-

ciones del cerebro, muchas veces las cosas no marchan así, y sucede que no hai una verdadera relacion entre el volúmen del órgano y la capacidad craneana. Hai, como se dice, cabezas grandes, pero huecas, ya sea por la interposicion de una cantidad considerable de aguas en las meninjes, o por el engrosamiento de los mismos huesos de la cabeza.

Otras veces, el aumento de actividad de una porcion cerebral, no va necesariamente seguido de un aumento de volúmen. En estos casos, no se opera en el órgano un aumento en cantidad, sino en calidad; así como suele acontecer en los músculos de individuos dotados de gran vigor físico, en los cuales no es el volúmen de estos órganos lo que predomina, sino su mayor poder contráctil.

Pero, a pesar de estas escepciones, se conserva la regla jeneral de que un aumento de actividad en los órganos cerebrales va segui-

do de un aumento de volúmen. Así, con un criterio mas o menos seguro, podemos seguir en la especie humana el estudio de los cambios físicos esteriores del cráneo, que se operan en el hombre al transformarse, y pasar del tipo predator al tipo civilizado; y darnos cuenta de esta manera, cómo la actividad coercitiva de estos ha tomado un desarrollo preponderante sobre la actividad impulsiva de aquellos.

De paso, mencionaremos un rasgo que. aún cuando no sea de los craneanos, no por eso deja de ser un indicio precioso de esta transformacion psicolójica del hombre impulsivo en el hombre coercitivo. Quiero hablar de la disminucion de las mandíbulas, que se observa en las razas civilizadas, comparadas con las razas inferiores. « Las mandíbulas inferiores de los australianos y de negros (coleccion del museo del Colejio de Cirujanos de Lóndres) colocadas al lado de

las mandíbulas de los ingleses, son visiblemente mas grandes, no solo de un modo relativo sino absoluto. Las mandíbulas inferiores de las razas inferiores (conteniendo dientes mas grandes que los nuestros) son *absolutamente* mas macizas que las nuestras; las sobrepasan a menudo en todas las direcciones; y *relativamente* a los esqueletos mas pequeños de estas razas inferiores, son todavía mas voluminosas. Agregaremos que las mandíbulas de los australianos y de los negros ofrecen un gran contraste, no con todas las mandíbulas inglesas, sino únicamente con las de los ingleses civilizados. Un antiguo cráneo inglés de la coleccion, tiene una mandíbula casi tan maciza como la de los cráneos australianos. Lo que es conforme a la relacion que subsiste entre el mas gran volúmen de las mandíbulas y el mayor ejercicio de estos órganos como parte del hábito de los salvajes.» (H. Spencer).

Esta disminucion del ejercicio de las mandíbulas, por el uso de alimentos triturados, ha traído el atrofiamiento de ese órgano en la vida civilizada; así que, cuando se vé aparecer esta particularidad de una mandíbula voluminosa en uno de los hombres de nuestras sociedades actuales, hai que pensar que se ha realizado en él un fenómeno de atavismo, es decir, hai que creer que reaparece en él un rasgo de sus primitivos antecesores salvajes, y que, por tanto, a la par de ese, existirán en él otros que denoten esa condicion primera. Así se ve cómo a la mandíbula voluminosa acompaña ordinariamente un desarrollo intelectual mui rudimentario, en que predomina la actividad psíquica automática, que corresponde al hombre predator. En corroboracion de este modo de ver, Lombroso nos dice que en el hombre delincuente, en el hombre de actividad impulsiva, se presenta el mayor número de los caracteres del salvaje.

Es indudable que en el hombre delincuente (que no es mas ni ménos que el criminal politico actuando en otro medio) se efectúa un aparecimiento de la modalidad automática de actividad, que es la del tipo humano primitivo. « La raza humana, aunque es una raza que vive en grupos *(gregarius)*, ha sido siempre y es una raza pedatriz. Desde su comienzo, la conservacion de cada sociedad, ha dependido de dos grupos de condiciones, que, consideradas en jeneral, son antagónicas. De un lado, por actividades destructivas, ofensivas y defensivas, cada sociedad ha tenido que mantenerse enfrente de intervenciones enemigas esteriores, en parte animales, pero sobretodo humanas; y esto ha exijido que la naturaleza de sus miembros permanezca tal que las actividades destructivas no sean dolorosas. »

En cuanto al otro grupo de condiciones diferentes, es indudable que en él las activi-

dades simpáticas en favor de los hijos, de la familia y de la patria, en virtud de las cuales las sociedades se han conservado y desarrollado, es indudable que ocupan un segundo plano, cuya evolucion completa es todavía un desideratum para las sociedades modernas.

La misma evolucion que han sufrido las mandíbulas en el hombre civilizado (de actividad coercitiva), se ha operado en el rasgo fisionómico, que Lombroso enumera como uno de los signos de criminalidad. Me refiero al rasgo del ceño, al desarrollo exajerado de los arcos superciliares. Allí reside indudablemente, en el hombre, el centro nervioso de la impulsion automática. Ese rasgo fisionómico es el que entra en juego, cuando el individuo se apresta a la lucha o a la agresion, que es el estado pleno de la actividad automática.

Nadie, que haya observado la máscara

de Napoleon I (el tipo mas destructivo de estos tiempos, como que destruyó 2 millones de sus semejantes) habrá dejado de notar la marcada protuberancia superciliar, que corresponde a un gran desarrollo de la actividad psiquica impulsiva; y Stendalh nos cuenta algo que muestra la psiquica constitucion destructora del Emperador. Refiere que, en sus campañas de Italia, deseando, por pasatiempo, mostrar a una dama lo que era la guerra, hizo sencillamente desplegar guerrillas contra el enemigo; de la que resultó una docena de muertos! Es conocida, además, la version de aquella persona que conoció al Emperador en sus primeros tiempos de oscuridad, y que decia que era tal la cara de bandido que presentaba y lo fuerte de su mirada, que no hubiera deseado encontrarse a solas con él.

En los bustos que corren de Neron, el prototipo de los hombres predatores, es no-

table la exajeracion de los arcos superciliares.

El Dr. Francia, el mas jenuino de los tiranos, verdadero retoño del tipo pre-humano predator en plena civilizacion, nos ofrece un caso notable del desarrollo de los arcos superciliares abultados, y de *la frente en fuga,* de que hablaremos luego. La espresion que resultaba en él de ese rasgo fisionómico, conjuntamente con su mirada intensa, fué sin duda la causa que dió motivo a que se le llamara con el nombre de los mas conocidos felinos: *el gato negro.*

En los retratos que el doctor Luis M. Drago nos da de Castro Rodriguez, el clérigo asesino, en su obra *Los hombres de presa*; se observa tambien la peculiaridad de los arcos superciliares prominentes, y de la frente en fuga, de este hombre que no sentía, despues de perpetrado su crímen, sino que la atropina no hubiera producido su efecto!

Y, por último, si sacudimos nuestros recuerdos e impresiones, no dejaremos de encontrar que entre los hombres públicos que mas han descollado en los últimos acontecimientos políticos por su autoritarismo y por su reconocida facultad de herir con mano pesada, se destaca algun tipo de notables prominencias orbitarias.

A veces, este rasgo puede encontrarse encubierto. Los senos nerviosos superciliares, en lugar de desarrollarse hácia delante, empujando la pared ósea en esa direccion, parece que se desorrollan mas bien en rumbo inferior, y que empujan la pared superior de la cavidad del ojo, desalojando este órgano, y produciendo lo que se llama vulgarmente *ojos saltados*: ojos de Robespierre.

Otras veces, este rasgo puede ofrecer un relieve engañoso, debido únicamente al desarrollo esterior de los pelos de las cejas.

Si el aumento de volúmen de las mandí-

bulas y el relieve de los arcos superciliares en los hombres de nuestra sociedad, son signos físicos esteriores de un retroceso a la actividad social pedatriz, su disminucion es un indicio de su evolucion en el sentido de la actividad coercitiva de la civilizacion.

Por otra parte, el signo fisionómico de la frente estrecha, de *la frente en fuga,* tan notable en el retrato de Castro Rodriguez, acerca del cual ha llamado tan justamente la atencion el Dr. José María Ramos Mejía en su informe médico-legal; y que tambien se observa en el busto de Neron y en el retrato del Dr. Francia, es un signo de la mas alta significacion psicolójica. Él corresponde a la falta de desarrollo de los centros nerviosos superiores de coordinacion, en donde reside la facultad coercitiva del hombre culto. Este signo, que diferencia tanto a los animales (cuya actividad es esencialmente impulsiva) del hombre, cuya actividad es refrenada, y a

estos entre sí, es el indicio que marca el progreso recorrido por la especie humana en el camino de la evolucion hácia el tipo superior del hombre intelectual.

Este signo no ha escapado a la intuicion comun de las jentes, en cuyo concepto, una frente alta, cortada segun un plano vertical, con sus lóbulos superiores dilatados, es jeneralmente la espresion de un carácter noble y abnegado.

Esa es la frente que, por intuicion quizá, la escultura cristiana, ha dado a la fisonomía del Cristo, del hombre-dios, de la mas alta encarnacion de la actividad moral coercitiva, que recibe una bofetada; y que, en lugar de ser seguida del acto reflejo de la respuesta, se traduce en el acto mas típico de la actividad coercitiva: tiende el otro carrillo!

La escena de nuestra vida pública nos presenta ejemplos curiosos entre nuestros hombres políticos, que concuerdan con estas

apreciaciones sobre la relacion que existe entre ciertos signos físicos y la modalidad de una u otra actividad.

Para no hablar, sino de los muertos, citaremos el ejemplo del Dr. Rawson, de « frente elevada y ámplia, donde parece que campea con entera libertad el pensamiento », como dice el Dr. Jacob Larrain en su *Ensayo crítico y biográfico* sobre este eminente ciudadano; cuya vida pública fué la mas alta encarnacion de la mansedumbre y de la virtud cívica que se ha contemplado en estos tiempos. « Examínense los actos de la vida pública de este distinguido hombre de Estado, estúdiese su actitud en las emerjencias de la vida política, aquilátese su criterio en las cuestiones de derecho público, economía política, derecho constitucional, estadística, inmigracion, hijiene, etc., etc., que se ha visto en el caso de tratar en los elevados puestos que ocupó, y se descubrirá siempre

al filósofo profundo, al investigador sagaz, que procura darse cuenta de los intereses del presente, proyectando sus elevadas vistas al porvenir y *subordinándolo* todo al triunfo de la verdad y a la gloria de su pais... El prestijioso caudillo autonomista Adolfo Alsina, propuso, efectivamente, a Rawson levantar su candidatura a la Presidencia, contando con el apoyo seguro de algunos Gobernadores de Provincia; pero este último declinó el ofrecimiento, protestando no querer subir al poder por los medios oficiales.» (Dr. Jacob Larrain, obra citada).

Y como si este caso del Dr. Rawson, además de probarnos la relacion que existe entre ciertos rasgos físicos con una forma elevada y coercitiva de conducta, quisiera dar una confirmacion mas lata a las nociones que esponemos, él nos ofrece en sus antecedentes de orígen (hijo del Dr. Don Aman Rawson, ciudadano Norte-Americano) algo mas, que

viene a recordarnos que ya, al nacer, recibió por herencia los elementos evolucionados de la alta actividad coercitiva de que dan pruebas los hijos de aquel pueblo.

Compárese la actividad coercitiva del Dr. Rawson, rechazando la Presidencia que se le brindaba, por escrúpulos de alta y estóica moralidad; compárese con la del último Presidente que la arrebató por medio de las mayores violencias; y no podrá dejar de reconocerse el progreso inmenso que la actividad psíquica refrenada ha realizado en uno de ellos! ¡Compárense sus frentes: la del uno, «elevada y amplia», y la del otro, con el ángulo agudo de cierto cuadrúpedo, con que sus enemigos políticos lo asimilaban, y no podrá negarse que la evolucion física de los órganos cerebrales sigue en todo su evolucion psíquica!

El Dr. Rawson, por otra parte, nos presenta el caso típico, en que los dos rasgos

principales de la evolucion psicolójica se modifican a la vez, concurriendo al mismo resultado. Por una parte, el arco superciliar, el centro de la actividad impulsiva, disminuye en su relieve sobre el plano de la cara, hasta no ofrecer prominencia alguna; y por otra, la frente, en su parte superior correspondiente a los senos de la actividad refrenada, se dilata en altura y latitud. Se observa en él, a la vez que una disminucion en los centros impulsivos, un acrescentamiento en los centros de la actividad coercitiva superior: un mayor vigor en estos centros del sistema nervioso, que dan el goce de una facultad de reflexion considerable, que nos permite pesar las probabilidades de los motivos mas variados y numerosos de la conducta, así como sus medios y consecuencias mas remotas; y, sobre todo, que dan el poder de contener las acciones y modificarlas; en oposicion a los centros impulsivos, cuyo

imperio hace al hombre víctima de sus prontas determinaciones. Allí, en esos centros superiores, es donde indudablemente se elaboran los grandes sentimientos del hombre adaptado al réjimen social de la libertad: el sentimiento del respeto a la lei y a la autoridad, sin los cuales no hay vida social posible; el sentimiento altruista del respeto al derecho ajeno; el sentimiento de la necesidad del trabajo, sin el que es imposible establecer el estado liberal; y sobre todo, la conviccion profunda de que la honradez y la bondad son la mejor política.

Este caso de la doble evolucion emanando concurrentemente de los dos signos impulsivo y coercitivo, no se vé realizado de ordinario. Muchas veces, uno de ellos se encuentra retardado, miéntras que el otro ha alcanzado ya un desarrollo considerable. Así, se encuentran tipos con un arco superficial prominente, en los cuales a la vez se

notan lóbulos frontales mas o menos latos. En este caso, dentro del mismo individuo, se produce una dualidad psiquica funcional : tan pronto son los centros superciliares impulsivos los que deciden de la conducta, que en este caso será pedatríz o abusiva; como son los centros superiores coercitivos; en cuyo caso será abnegada, o altruista. Hemos visto ejemplos de eminencias políticas, que han procedido sucesivamente de estos dos modos, de acuerdo con sus caractéres fisionómicos; pues han arrebatado primero, por ejemplo, Presidencias, que luego han cedido desprendidamente.

Estos individuos pueden, por tanto, ser capaces de hacer el mayor bien a sus semejantes, como de acarrearles el mayor mal, segun predomine uno u otro modo de actividad. En tésis jeneral, no son estos los hombres clasificados como *dignos de confianza;* pues, no guardando un órden fijo en

su conducta, no puede preveerse cuál será su conducta ulterior.

Es posible que se hagan objeciones a estas conclusiones anátomo-psicolójicas, y que se aduzcan tambien escepciones a la regla.

Ellas no representan mas que verdades jenerales, dentro de las cuales caben verdades particulares o escepciones, que, por el hecho mismo las confirmarían. En ciencias concretas como la sociolojía, de la cual la psicolojía solamente forma una parte, las verdades jenerales no espresan mas que la relacion de cierto número de fenómenos; a diferencia de las ciencias abstractas, en que las relaciones de las cosas se consideran independientemente de las cosas mismas, y en que las verdades universales continúan incólumes, a pesar de los casos particulares en contrario.

Tambien hai que tener en cuenta que no se trata de una ciencia, que se ocupe del ser

bajo formas vacías de relaciones, como no se manifiesta en la realidad. Trátase de una ciencia, cuyo objeto no es idealizar y jeneralizar los elementos de los fenómenos; sino esplicar cada fenómeno como el producto de los elementos combinados que le son propios. Así es que, cuando se agreguen nuevos elementos, o se modifiquen los factores establecidos, los resultados tendrán necesariamente que cambiar.

Hoi, por ejemplo, no se puede dudar que el mayor peso del cerebro corresponde a los hombres de una gran intelijencia y de un estenso saber; sin embargo, «el cerebro humano mas pesado, que se ha señalado hasta aquí, parece haber sido el de una persona de clase inferior» (un fabricante de ladrillos). Pero esta escepcion, no mata la regla de relacion establecida entre el mayor peso del cerebro y la mayor intelijencia; pues, en el caso citado, el aumento de peso puede haber

sido producido por un nuevo factor escepcional tambien, cuya naturaleza nos escapa, ya sea una dejeneracion del tejido conectivo del cerebro, o un aumento de masa sin aumento de calidad, o, en fin, la falta de instruccion o de ejercicio, que dejó aletargado el órgano del espíritu.

Habiendo dibujado hasta aquí, bien que a grandes rasgos, como lo permiten los datos de las ciencias ausiliares, el oríjen y el modo cómo se ha producido la evolucion de las actividades humanas, que, de predatoras en su oríjen, se han tornado coercitivas, en razon de la necesidad de su adaptacion al estado social, hemos de buscar ahora los factores esternos que han impulsado esta evolucion.

El conocimiento de estos factores, que han influido en la evolucion humana hasta hacerla llegar al punto en que se encuentra en los paises mas civilizados, nos dará las indicaciones de los medios que hemos de poner en

juego en nuestro pais, si se desea que la modificacion evolutiva, no tan retardada como se cree, alcance el grado de adelanto a que han llegado otras naciones.

Uno de los factores que han intervenido en la modificacion de la actividad humana, orijinariamente pedatriz, han sido las necesidades creadas por el mismo estado social.

El estado social, ha sido un bien que ha traido necesariamente aparejadas obligaciones, sin las cuales su existencia no tendría lugar. No siendo posible la vida de las sociedades sin que sus miembros se presten una ayuda mútua, ha sido necesario un cierto grado de sentimiento de benevolencia que llevara a los unos a preocuparse del bien de los otros.

Este sentimiento emanado de ese orijen, se ha dilatado a su vez por la accion de dos factores mas. Por un lado, el estímulo de la aprobacion jeneral que compele a los indivi-

duos a persistir en los modos de conducta que sirven al bien de la sociedad, suscitando en ellos esperiencias de utilidad, y por otro, la coercion natural, que la reprobacion de los demás, ejerce sobre los actos que no tienden a ese fin, y que despierta en ellos ideas de perjuicios.

Así, impulsado por el estímulo de un lado, y por la coercion del otro, el sentimiento de benevolencia o de simpatía hácia los demás, ha tomado cada dia un desarrollo mayor, creciendo siempre en la direccion en que el bien público lo hacía necesario, y reprimiéndose en aquellas en que no servía a los fines de la sociedad.

Este sintimiento de simpatía hácia el bien de los demás (nacido de consideraciones que reconocen en su oríjen representaciones internas de utilidad o de temor, que, al fin, no es mas que una manifestacion de la utilidad), ha sido, puede decirse, la primera se-

milla de que ha jerminado la vida de réjimen liberal, con la libertad individual refrenada ante el derecho del prójimo. Su emocion debió ser la que, por primera vez, detuvo en los gánglios superiores de coordinacion del hombre, la natural corriente nerviosa impulsiva, que, habiendo subido por el nervio aferente, amenazaba precipitarse por el nervio eferente en accion destructiva sobre el bien del semejante.

Esta primera corriente coercitiva abrió el camino a las segundas, por aquella lei de que: « cuando una onda de transformacion molecular pasa a traves de un aparato nervioso, se opera en este aparato una modificacion tal, que una onda semejante subsiguiente pasa con mayor facilidad que la que ha precedido ».

La repeticion ha asegurado luego en el individuo esta nueva modalidad de conducta, trayendo consecuentemente una modifi-

cacion y aumento de estructura en los órganos nerviosos que la desempeñan, y con el aumento de estructura, el aumento de volúmen de los centros cerebrales, que, como lo hemos hecho notar, se observa en el hombre de conducta coercitiva, inspeccionando su configuracion craneana, mas desarrollada en la parte alta de la frente, en que parece tener asiento el centro nervioso de esta modalidad funcional.

Por la repeticion misma, estos actos de benevolencia hácia los demás, aislados al principio y provocados por representaciones internas de utilidad, habrán concluido por volverse automáticos, y crear en el individuo un estado habitual, en que esos actos, impuestos en su comienzo por los deberes sociales, encontrarán, al fin, una satisfaccion en su mismo cumplimiento. Llegada a este punto, la modificacion de la conducta, por el mismo procedimiento que suele observar-

se en ciertos individuos, en quienes los actos de trabajo, coercitivos en un principio y realizados con la instintiva contrariedad de un deber, se tornan al fin, por la persistencia en ejecutarlos, en un hábito agradable, en que ya no existe la nocion de la coercion, y que continúan cumpliendo, a pesar de no verse obligados a hacerlo; llegada a este punto, puede decirse que la modificacion de la conducta ha alcanzado el máximun de la evolucion coercitiva del hombre adaptado a las necesidades del estado social. « Serán, entónces, tan frecuentes y fáciles las acciones de órden elevado, necesarias al desenvolvimiento armonioso de la vida, como los actos inferiores a que nos impulsan las simples deseos. Con oportunidad debida, los sentimientos morales guiarán a los hombres de una manera tan espontánea y exacta, como lo verifican ahora las sensaciones. La naturaleza humana, al transformarse para aco-

modarse a las exijencias de la vida social, ha de volver fatalmente agradables todas las acciones necesarias para ello, y por el contrario, desagradables todas las acciones opuestas a esas exijencias. » (H. Spencer).

Pero, esta evolucion de la conducta del hombre que, de completamente impulsiva que era en las primeras edades del hombre, se transforma en completamente coercitiva en su creciente adaptacion al estado social, está lejos de haberse realizado del todo en la especie humana, y sobre esto hai que llamar principalmente la atencion: esa modificacion que hemos apuntado, no se verifica de un golpe, como lo desearían las impaciencias de nuestros intransijentes. Es la obra de las edades de las razas: edades que, en la vida de la especie, no se cuentan por años, como en la vida de los individuos. Todo marcha a compás en el mundo de la evolucion universal. Así como un siglo de evolucion sobre

la tierra, no produce mas que un lijero desgaste en su corteza o un apartamiento insignificante de su órbita, así tambien en la evolucion de la conducta humana cada jeneracion no produce mas que una línea de diferencia sobre la anterior.

La naturaleza humana no se modifica sino de una manera mui lenta; así que todas las tentativas de mejorar el estado social de un modo rápido, sin que antes se hayan modificado sus unidades, carecerán seguramente de base, pues, como se ha dicho, de instintos de plomo no se puede obtener una conducta de oro.

De cada línea de progreso en la modificacion de la conducta social, se apoderan las jeneraciones siguientes en virtud de la lei de la herencia funcional, que, a no dudarlo, es tan efectiva como la herencia civil; y la amasan con el capital que ellas han podido crear en el curso de su existencia. *La heren-*

cia de costumbres que el pueblo norte-americano lleva en sí, constituye su gran ventaja sobre los pueblos hispano-americanos.

No cabe duda de que esta trasmision hereditaria de las modificaciones funcionales se realiza, no solo en el hombre, sino tambien en los animales. Cualquier particularidad adquirida se trasmite a los descendientes. Respecto de estos últimos, es curioso el caso contado por Lewes: Cuenta que poseía un perrito, que se había quitado a la madre, cuando no tenia sino seis semanas: este perrito no había aprendido nunca a *pedir* (lo que se había enseñado a la madre); y se puso a hacerlo espontáneamente con motivo de todo lo que deseaba, cuando tuvo próximamente ocho meses: pedía que se le diera de comer, que se le dejase salir; y un dia se le vió enfrente de una madriguera de conejos, pidiendo los conejos.

Sin buscar ejemplos estraños, nosotros

¿no es acaso debido a ese convencimiento de la herencia funcional, que pagamos precios fabulosos por los hijos del caballo Ormonde, que creemos han de sacar la lijereza del padre?

En cuanto al hombre, no hai tampoco duda de que se verifica en su órden la herencia funcional. Zola, en sus novelas sobre los Rougon-Macquart, no ha hecho mas que desarrollar este principio científico. Los ejemplos abundan, por otra parte, de las peculiaridades hereditarias, producidas por modificaciones de funcion. Spencer nos dice cómo hai facultades que la especie humana ha adquirido en el curso de la civilizacion, y que, no podrán esplicarse sin la hipótesis de la trasmision hereditaria de las modificaciones adquiridas. «La facultad musical es una de ellas. ¿Cómo podremos esplicar ejemplos como los de Bach, Mozart, Beethoven, que eran todos hijos de hombres dotados de ta-

lentos musicales escepcionales? ¿Qué decir, cuando se ve que Hayden era hijo de un organista, Hummel de un maestro de música, y que el padre de Weber era un violonista distinguido? No se podría atribuirlo a otra causa que al desarrollo de estructura producido por el aumento esperimentado de funcion, y trasmitido por herencia».

Así es cómo la actividad ilimitada del hombre primitivo se transforma, por medio de las modificaciones de estructura y de la trasmision de estas por herencia a sus descendientes, en la actividad refrenada del hombre civilizado. Así es cómo el funcionamiento sin freno, el acto reflejo puro, queda supeditado por el movimiento coercitivo.

Cuando estas modificaciones individuales se jeneralizan e imponen como medio social, este a su turno, se convierte en una fuerza incidente, que actúa directamente en igual sentido sobre las unidades; estableciéndose

entre las actividades individuales y las condiciones esternas del medio social, un juego de acciones y reacciones, que las hace marchar paralelamente hácia la adaptacion del estado social libre.

El medio social, por el juego de esas acciones y reacciones, tiene una influencia preponderante sobre las unidades, favorable o desfavorable, segun sea bueno o malo.

Asi, en virtud de esta accion bien manifiesta del medio sobre el individuo, se observa cómo «en las soledades de la Australia, la raza anglo-sajona, en quien la civilizacion ha desarrollado a un alto grado los sentimientos elevados, decae rápidamente hácia una barbarie relativa: adopta el código moral y algunas veces hasta los hábitos de los salvajes». Los periódicos han contado que, en las últimas espediciones al centro del Africa, los oficiales se entretenían con el espectáculo de escenas de canibalismo, pre-

paradas por ellos mismos entre los salvajes. Esta influencia del medio sobre los sentimientos, se nota sobretodo durante el período de las revoluciones, como se ha visto en Chile últimamente, en donde llegó a suprimirse todo sentimiento de simpatía entre los mismos chilenos.

Entre estas acciones y reacciones del medio social sobre el individuo y del individuo sobre el medio social, es digno de notarse aquella condicion humana que nos hace susceptibles de compartir las emociones de los demás, y, por tanto, de aumentar o disminuir por ello el sentimiento altruista acumulado.

Esta propiedad de sentir emociones simpáticas, no es esclusiva de la especie humana, sino que se estiende tambien a la especie animal. Y si fuéramos a tomar de ella lo que le es esencial, es decir: la aptitud a acomodarse en condiciones análogas a lo homólogo,

podríamos decir que esta propiedad se estiende a la materia misma en jeneral, sea que se presente bajo su forma inorgánica, orgánica o super-orgánica.

En el mundo inorgánico, por ejemplo, la química nos enseña cómo un cristal. sumerjido en una solucion salina, tiende a hacer desarrollar otros cristales semejantes.

En el mundo orgánico de las plantas, notamos tambien esta fuerza, desconocida todavía, que se ha dado en llamar la *polaridad*. Por ejemplo: un fragmento de begonia, plantado en el suelo, y conservado a una temperatura apropiada, dará nacimiento a una nueva begonia; pudiéndose dividir en pedazos tan pequeños, que una sola hoja podría dar cerca de cien plantas.

Como un ejemplo de esta tendencia nativa de las cosas a arreglarse a estados semejantes, tenemos en el mundo animal el caso del pólipo, en el cual cada uno de los pedazos en

que se divide el animal, se vuelve un animal completo; y que, si se siguen dividiendo estos, se obtiene el mismo resultado, hasta producir no ménos de cincuenta pólipos de uno solo. Tenemos tambien el caso de las resecciones quirúrjicas en que se reproduce el hueso estraído; o el de la langosta, en que, esa fuerza, hace nacer en el mismo sitio en que había perdido una pinza, una masa celular que aumenta de volúmen, y toma la forma y estructura de la pinza primitiva.

A cualquiera se le ocurre la observacion de que esta lei falla o se interrumpe en los seres superiores; pues un animal desarrollado, o un hombre dividido en pedazos, no da nacimiento a otros tantos hombres, ni a uno solo siquiera. Pero, si se reflexiona que esta tendencia a la polaridad no pertenece a los organismos completos especializados; sino a las unidades fisiolójicas (las células, que los componen) se tendrá que la lei no se inte-

rrumpe realmente en la escala zoolójica; pues, si bien se piensa, su misma jeneracion, que parte de una célula desprendida del conjunto y que nos da un ser homólogo al de su oríjen, sería una verdadera confirmacion de la regla.

En el mundo psicolójico de los sentimientos y de las acciones, se ven a cada paso ejemplos de esta propension a adoptar estados similares a los de los seres circunvecinos. Cuando un hombre bosteza, y hace bostezar a los demás, estos proceden en virtud de esa lei de la simpatía o de la polaridad de las emociones. Asímismo es cuando uno tiene miedo y lo *pega* a los demás, como sucede en las reuniones, en que, si alguien dispara, disparan todos: fenómeno conocido por el adajio vulgar de que un flojo hace cientos.

El secreto de la oratoria, en el fondo, no es otra cosa que el don de poder desarrollar en los oyentes los estados de ánimo del orador.

Esta aptitud del hombre al desarrollo de

las emociones similares, es la razon por qué las revoluciones, que traen aparejado el ejercicio de las actividades sociales destructoras, son un paso atrás dado en el camino de la evolucion del tipo social pacífico, por el mayor desarrollo y estension que traen de las emociones pedatrices. Por esa razon se observa que, durante esas convulsiones sociales, desaparece el carácter sagrado de la propiedad, de la libertad y aún el de la vida.

En este órden de ideas, y reconociendo la regla del desarrollo de las emociones similares o simpáticas, se ha condenado y suprimido el espectáculo sangriento de la plaza de toros; bien que infinitamente ménos estimulante que las revoluciones, por su menor analojía.

Y esta no es la única consecuencia que tales conflictos sociales acarrean. No se limitan a desarrollar aquellas emociones tan contrarias al bien individual, sino que las vuelven habituales, haciéndolas perder, por la

repeticion, todo lo que tenian de repugnantes. Es sabido cuánto influye la repeticion de un acto o emocion, aunque al principio haya sido enojosa, para tornarla natural. El cirujano, en quien los ayes del paciente no hacen impresion, es uno de estos ejemplos, en que la repeticion de una emocion concluye por disminuir poco a poco la sensibilidad hasta embotarla. Partiendo de esta nocion, en otros tiempos y paises, se estableció que, cuando faltara un verdugo, debía suplirlo el carnicero mas viejo, cuyo hábito de sangre debía tenerlo acostumbrado a la horrorosa operacion.

Si los actos predatores de toda revolucion tienden a desarrollar y hacer aceptables las emociones pedatrices, y a jeneralizar mas las acciones destructivas; a la inversa, los actos benévolos producen la jeneralizacion de actividades benévolas. Por esta razon, la paz constante, que trae el ejercicio de estas últi-

mas, ha sido y será un factor indispensable para la evolucion social hácia el tipo liberal, en que predomina el mayor respeto a la vida, a la libertad y a los intereses de los asociados.

Esta misma propiedad humana que nos hace susceptibles de esperimentar las emociones simpáticas o polares, diré así, es el orijen del sentimiento de la justicia, que puede considerarse como el cimiento de la evolucion social hácia el tipo pacífico. Así como cuando un bostezo produce otro bostezo simpático; cuando la vista de un pasajero mareado aumenta la tendencia al mareo en los que son testigos; cuando se sienten temblar las piernas al ver alguien al borde de un precipicio; o cuando durante una operacion los asistentes se sienten desfallecer; así, se suscita en nosotros la representacion de emociones dolorosas, al contemplar o pensar en las emociones del mismo jénero, de que son víctimas los demás por actos de injusticia; y

surje en nosotros, en virtud de estas emociones simpáticas de dolor, el deseo o sentimiento de evitarlas.

Igual filiacion psicolójica reconocen todos los sentimientos llamados ego-altruistas, como el de la piedad entre los hombres, o el de la benevolencia para con los animales. Son representaciones egoistas, asociadas con nociones de placer y de dolor, que despiertan en nosotros las emociones de los demás. Al estender la mano para evitar el dolor ajeno, es nuestro propio dolor, suscitado por la contemplacion, el que nos mueve.

El sentimiento elevado del amor a la libertad, no reconoce otro oríjen. Este sentimiento, egoista en cuanto nos lleva a desear que la esfera de nuestras actividades propias no sea comprometida, se convierte en altruista, cuando es despertado simpáticamente en nosotros por el atropello a la esfera de accion de los demás. Naturalmente,

miéntras mas vivo sea este sentimiento en el individuo, mas viva será en él la representacion simpática de la libertad de los otros; y por tanto, mas imperiosa la necesidad, no solo de defender su propio derecho, sino tambien el de sus semejantes. En el caso contrario, cuando el sentimiento de la libertad sea nulo en su forma egoista, será tambien nulo en su representacion altruista. Por esta razon, los individuos que suelen ser tiránicos con los inferiores, son jeneralmente serviles con los superiores; pues, no existiendo en ellos el sentimiento de su propia libertad, no les despierta una emocion simpática el atentado a la libertad ajena.

Se comprende que el desarrollo de este sentimiento elevado de simpatía por los derechos ajenos, pueda llegar a tal punto de escitabilidad que, hasta los males causados al Erario Público, entidad impersonal y, por tanto, inadecuada a despertar en nosotros

los representaciones simpáticas que nos causan los avances a nuestros semejantes, como se ha visto en los últimos despilfarros sufridos, susciten en nosotros un sentimiento tan vivo como el que esperimentamos actualmente ante el mal causado a las personas.

Pero para que esta evolucion de los sentimientos y de la conducta social pueda desarrollarse y llegar a un máximun de desenvolvimiento, se necesita la cooperacion de otro factor indispensable: el trabajo!

En el conflicto entre el ejercicio del derecho propio y del derecho ajeno: en este conflicto que se llama la lucha por la existencia, es natural que el sentimiento egoista o la conducta que resulta de él, prime sobre el sentimiento altruista, en su menoscabo, si no encuentra los medios de su propia satisfaccion. *Primero hai que vivir, antes de servir.* Por tanto, se hace necesario, para la evolucion progresiva de la conducta altruista,

que el hombre tenga los medios de llenar la primera premisa de su existencia, que el hombre trabaje.

Corrobora esta conclusion, la observacion vulgar que nos enseña cómo en los paises que han alcanzado una forma mas o mènos elevada del réjimen liberal, este va acompañado del réjimen social industrial. La sociolojía misma, que, en resumidas cuentas, no tiene otro objeto que el de estudiar las formas propias de la conducta social a fin de que la vida de cada uno y la de todos sea lo mas completa posible, llega a las mismas conclusiones que la observacion comun.

Para esta ciencia, la paz, a cuyo favor se desarrolla la actividad altruista coercitiva, y el trabajo, que da los medios de realizarla, forman el yunque en que la evolucion, a golpes lentos, forja las formas superiores de la conducta social.

La misma relijion cristiana, que parece

haber tenido la intuicion de las grandes verdades de la civilizacion moderna, diríase que confirma estas conclusiones en sus dos mandamientos: «amaos los unos a los otros», y «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Pero (fuerza es decirlo) las actividades arjentinas nunca se inclinaron hácia el rumbo del trabajo; ni, naturalmente, podrian haber presentado tal inclinacion. Por un lado, nosotros hemos recibido la herencia de las actividades nómades e indolentes de la raza indijena; y, por otro la herencia de las actividades burocráticas de la España *. Además, el medio orgánico e inorgánico en que se ha desarrollado el producto de estas tendencias paralelas, el pais, riquísimo, como es sabido, y donde, segun la frase corriente, nadie se muere de hambre, no podía com-

* Se dice jeneralmente que en España hai dos empleados por una persona que trabaja; y alguien me contaba que basta allí haber sido Ministro por 24 horas para gozar de una pension vitalicia.

pelernos en el sentido de una necesidad que no esperimentábamos. Ni los factores orijinarios del carácter, ni las condiciones del medio, exijían tal adaptacion.

Si nos remontamos a los tiempos del caudillaje, encontraremos quizá que la guerra, unida al pillaje, constituía toda nuestra economía social.

Despues, en tiempos que hemos recordado en este estudio, encontramos a las actividades arjentinas entregadas a una sobreescitacion al rededor de la funcion política electoral, detrás de la cual puede decirse que todos esperaban hallar realizado el desideratum de su economía particular: los unos en el empleo pingüemente remunerado; los otros, en el golpe de hombros que recibian en sus negocios del favoritismo oficial.

Por otra parte, las profesiones liberales de médico o abogado, a las cuales todo el mundo se abocaba, es sabido que, aunque útiles a

la sociedad, no aumentan en un adarme la riqueza de un pais.

Luego, en los últimos tiempos, hemos visto cómo nuestra viciosa economía, por el abuso del crédito, que es el alcohol de los organismos sociales, nos lanzó en el delirio económico de la especulacion.

El pais era inmensamente rico, y brindaba riqueza para eso y para mas.

Pero las cosas han cambiado radicalmente.

Las prodigalidades anteriores han encarecido, por un lado, los medios de vida en este pais, donde, poco antes, nadie se moría de hambre; y, por otro, el aumento repentino de la poblacion, gracias a una inmigracion estraordinaria, la mas improductiva a veces, nos han lanzado de lleno en lo que se llama la presion de la poblacion: bajo ese aguijon que instiga y precipita los progresos sociales; que ha convertido al hombre nómade en improvisado agricultor; que le ha obligado

a modificar sus sentimientos y sus hábitos, y desarrollar su intelijencia, para adaptarse a los sucesivos cambios que le imponía la vida social.

Han cambiado de tal modo las condiciones de la sociedad arjentina, que, si alguna indicacion clara e imperiosa para el porvenir se desprende de ellas, es la de la necesidad que se presenta, en esta lucha pacífica por la existencia, cuyos caracteres se acentúan de un modo tan formal, de someterse a la dura lei del trabajo, sin el cual no puede existir la verdadera libertad relacionada del hombre social, que requiere como una base indispensable, que el hombre sea el propio factor de su sostenimiento, a fin de que no atente al patrimonio de los demás.

En esta nueva era, que la necesidad impone a las actividades arjentinas, corresponde a los gobiernos abandonar del todo la influencia con que las impelieron hácia el fu-

nesto delirio de las ambiciones y las especulaciones; y, en vez de eso, reaccionar de todos modos para volverlas a su camino regular: los elementos sociales, obedeciendo a sus instintos sanos, harán lo demás.

¡Cuánto no puede el impulso que viene de lo alto!

Pero, si unos u otros, no realizan la reaccion, para salvarse a sí mismos y salvar al pais, unos y otros no se librarán del castigo natural de la lei de seleccion que, con la implacabilidad de las leyes naturales que están fuera de la torsion del hombre, levanta, en la lucha pacífica por la vida y en la purificacion espontánea de la especie, a los aptos que se acomodan a las exijencias del medio, y deja perecer y estinguirse a los inaptos que no se adaptan a ellas.

3 2044 072 007 784

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DEC NOV 6 31

WIDENER
WIDENER
DEC 0 8 2003
DEC 1 2 2003
CANCELLED
NON-DUE